

JOSE J. BERRUTTI

Dupl.
21223

46

LECTURAS MORALES E INSTRUCTIVAS

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION
DISTRIBUCION GRATUITA
A LOS MINISTROS

ORDENADA POR EL CONSEJO
NACIONAL DE EDUCACION



TRABAJO

ESTUDIO

CIVISMO

EDITORES
ANGEL ESTRADAY CIA
BOLIVAR 406
BUENOS AIRES

LL
1925
BERR

Precio \$ 1.50 m/n.



00025721

LECTURAS
MORALES E INSTRUCTIVAS

Régimen Legal de la Propiedad
Intelectual. Ley 11.723.

*Derpl. del
Nº 21223*

JOSÉ J. BERRUTTI
EX INSPECTOR TÉCNICO GENERAL DE ESCUELAS

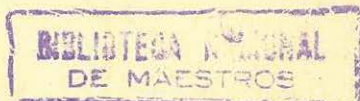
*O.R.
C N de 8
Exp 2410-B 935*

LECTURAS MORALES E INSTRUCTIVAS

Coleccionadas y dispuestas para el uso de las escuelas comunes
de la República.

Obra aprobada por el Consejo Nacional de Educación

CUADRAGÉSIMA SEXTA EDICIÓN



BUENOS AIRES
ÁNGEL ESTRADA Y CIA - EDITORES
466 - CALLE BOLÍVAR - 466

INDICE

	<u>Página</u>
Consejos al lector.....	Domingo F. Sarmiento..... 6
La lectura.....	Jaime Balmes..... 7
El alfabeto.....	Martín García Mérou..... 10
Colón y sus descubrimientos.....	Drionx..... 11
Fábulas.....	Juan Eugenio Hartzenbusch.. 21
Los dos hermanos.....	Marcos Sastre..... 23
América.....	Juan Cruz Varela..... 26
Primera fundación de Buenos Aires...	Luis L. Domínguez..... 27
Quien debe, paga.....	G. Núñez de Arce..... 32
El cuerpo y el alma.....	Esteban Echeverría..... 33
El cuadro del burro.....	Juan Eugenio Hartzenbusch.. 36
Fábulas en prosa.....	José Fernández Bremón..... 37
La escuela.....	Ricardo Domínguez..... 41
25 de Mayo de 1810.....	Luis L. Domínguez..... 43
A la patria.....	Estanislao del Campo..... 48
Mariano Moreno.....	Juan María Gutiérrez..... 49
25 de Mayo.....	Martín Coronado..... 54
El delta del Paraná.....	Vicente G. Quesada..... 56
La rana y la gallina.....	Tomás de Iriarte..... 60
Un héroe.....	Miguel Cané..... 61
La carambola.....	Ramón de Campoamor..... 65
El general Belgrano.....	Bartolomé Mitre..... 66
El tambor de Tacuarí.....	Rafael Obligado..... 72
Tucumán.....	Domingo F. Sarmiento..... 75
Modestia y belleza.....	Guillermo Matta..... 79
El nido de horneros.....	José J. Berrutti..... 80
Plegaria del alba.....	Ricardo Gutiérrez..... 85
La esclavitud en Buenos Aires.....	José Antonio Wilde..... 87
El amanecer.....	G. Núñez de Arce..... 95
El niño contento con su suerte.....	Th. H. Barrau..... 96
¡Cómo estudia Pedro!.....	Luis de Val..... 101

	Página
San Lorenzo.....	<i>Bartolomé Mitre</i> 104
El soldado argentino.....	<i>Leopoldo Díaz</i> 111
Un consejo siempre útil.....	<i>Benjamín Franklin</i> 112
Lecciones amargas.....	<i>Ramón de Campoamor</i> 114
El Himno.....	<i>Carlos M. Urien</i> 115
Himno nacional argentino.....	<i>Vicente López y Planes</i> 119
Medio para hacer progresos en la virtud	<i>Benjamín Franklin</i> 122
Lección infantil.....	<i>Carlos Ossorio y Gallardo</i> 125
Una anécdota de la vida de Miguel	
Angel.....	<i>Alejandro Dumas</i> 127
La caridad.....	<i>Juan de Dios Peza</i> 132
Acta de la emancipación de las Provin-	
cias Unidas del Rfo de la Plata.....	 134
La independencia.....	<i>Carlos Guido y Spano</i> 139
Dos patricias argentinas.....	<i>Adolfo P. Carranza</i> 140
Lo que vale en la vida.....	<i>Rodolfo Menéndez</i> 146
San Martín y un arriero.....	<i>M. F. Mantilla</i> 148
Consejo maternal.....	<i>Olegario V. Andrade</i> 155
Presencia de Dios.....	<i>Schiller</i> 157
El águila y la bala.....	<i>Juan Martínez Villergas</i> 159
Originalidad y caracteres argentinos...	<i>Domingo F. Sarmiento</i> 161
A Sarmiento.....	<i>Gervasio Méndez</i> 167
Güemes.....	<i>Bartolomé Mitre</i> 168
Chancay.....	<i>Carlos Guido y Spano</i> 174
La hermana de la caridad.....	<i>Severo Catalina</i> 176
La necesidad.....	<i>Antonio de Trueba</i> 183
Oración de la bandera.....	<i>Joaquín V. González</i> 185
A mi bandera.....	<i>Juan Chassaing</i> 186
La última lección del maestro.....	<i>José F. Berrutti</i> 187
El primer paso.....	<i>Ricardo Sepúlveda</i> 193
Leónidas en las Termópilas.....	<i>Barthélemy</i> 196
El negro Falucho.....	<i>Rafael Obligado</i> 199
San Martín y Alvear.....	<i>Mariano A. Pelliza</i> 203
Reconciliación.....	<i>Juan Lussich</i> 212
Facundo Quiroga acosado por un tigre.	<i>Domingo F. Sarmiento</i> 213
El padre y sus tres hijos.....	<i>Fermín de la Puente</i> 218
Los libros.....	<i>Leopoldo Lugones</i> 220
El tesoro.....	<i>M. Ossorio y Bernard</i> 223
La quena.....	<i>Santiago Estrada</i> 225
Patriotismo.....	<i>Carlos Guido y Spano</i> 230
San Martín en la expatriación.....	<i>Benjamín Vicuña Mackenna</i> 234
La modestia.....	<i>José Selgas</i> 240

	<u>Página</u>
La muerte del general San Martín.....X	<i>Félix Frías</i> 243
Ofrenda a la patria.....	<i>C. O. Bunge</i> 246
La mesa de Concordia.....	<i>Bartolomé Mitre</i> 247
El bien supremo.....	<i>Rodolfo Menéndez</i> 251
La pirámide de Mayo.....	<i>Pastor S. Obligado</i> 253
La libertad.....	<i>Juan Cruz Varela</i> 257
Nochebuena.....	<i>José J. Berrutti</i> 258
Junto a la cuna.....	<i>Antonio Arnao</i> 265
Retrato de San Martín.....X	<i>Benjamín Vicuña Mackenna</i> .. 267
Tucumán.....	<i>Esteban Echeverría</i> 270
Bendición de la bandera del regimiento 1.º de caballería de línea.....	<i>Nicolás Avellaneda</i> 273
El hierro y el alambre.....	<i>Claudio Pinilla</i> 279
Navidad.....	<i>Joaquín V. González</i> 283
A Dios.....	<i>Abigail Lozano</i> 289
La nacionalidad argentina.....	<i>Belisario Roldán</i> 290
Excelsior.....	<i>Isaías Gamboa</i> 296

CONSEJOS AL LECTOR

1.º Nunca tomes libros con las manos sucias.

2.º Nunca mojes el dedo para volver una hoja.

3.º Nunca pongas el libro en la boca.

4.º Nunca ajes las esquinas.

5.º Nunca dobles una página para señal.

6.º Nunca dejes el libro abierto.

7.º Nunca lo dejes sino en lugar seguro.

Domingo F. Sarmiento.

LA LECTURA

I

En la lectura debe cuidarse de dos cosas : escoger bien los libros y leerlos bien.

Nunca deben leerse libros que extravíen el entendimiento o corrompan el corazón.

Las lecturas irreligiosas e inmorales no conducen a la ciencia ; por el contrario, son una fuente de frivola superficialidad. Conviene leer los autores cuyo nombre es ya generalmente conocido y respetado : así se ahorra mucho tiempo y se adelanta más. Estos escritores eminentes enseñan, no sólo por lo que dicen, sino también por lo que hacen pensar. El espíritu se nutre con la doctrina que le comunican, y se despierta y desarrolla por las reflexiones que le inspiran. Entre dos hombres, uno mediano, otro eminente, ¿quién preferiría consultar al mediano?

Ningún arte ni ciencia debe estudiarse por diccionarios ni enciclopedias ; es preciso sujetarse primero al estudio de una obra elemental, para dedicarse en seguida, con fruto, a la lectura de las magistrales. Los diccionarios y enciclopedias sirven para consultar en casos dados y refrescar especies, mas no para aprender las cosas a fondo.

Se ha de leer mucho, pero no muchos libros ; esta

es una regla excelente. La lectura es como el alimento: el provecho no está en proporción de lo que se come, sino de lo que se digiere.

II

La lectura debe ser pausada, atenta, reflexiva; conviene suspenderla con frecuencia para meditar sobre lo que se lee; así se va convirtiendo en substancia propia la substancia del autor, y se ejecuta en el entendimiento un acto semejante al de las funciones nutritivas del cuerpo.

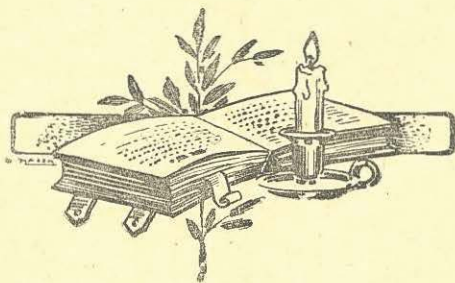
Suele decirse que es más útil leer con la pluma en la mano, apuntando lo más importante que ocurre; esta regla es, en efecto, muy provechosa; mas para guardarse de algunos inconvenientes, será bueno recordar lo que sigue: 1.º, se corre peligro de escribir muchas cosas inútiles y de gastar, haciendo extractos, un tiempo que se emplearía mejor en la repetición de la lectura; 2.º, encomendándolo todo al papel, se cultiva menos la memoria: el mejor libro de apuntes es la cabeza; ésta no se traspapela ni embaraza; 3.º, cuando se trata de nombres propios y de fechas, conviene no fiarse de la memoria.

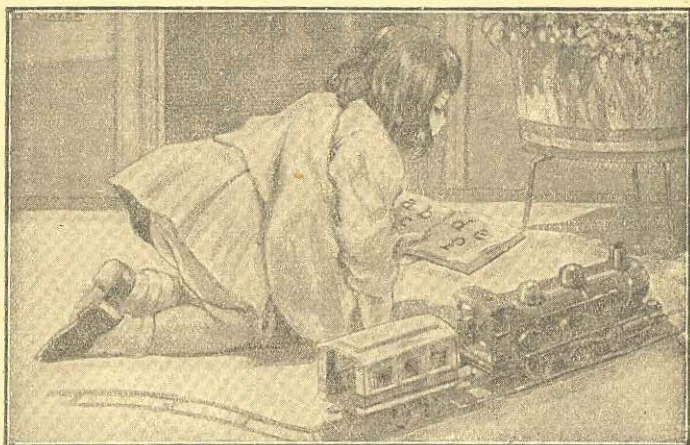
El inmoderado deseo de la universalidad es una fuente de ignorancia. Queriendo saberlo todo, se llega a no saber nada. Son pocos los hombres que han nacido con talento bastante para abarcar todas las ciencias, Así, es muy importante el poseer a fondo una de ellas; y luego no hacer incursiones en el campo de las otras sino con la debida consideración de las propias fuerzas, del tiempo de que se

dispone y de la profesión que se ha de ejercer. ¿De qué le sirve a un militar ser botánico, si ignora el arte de la guerra? ¿De qué a un abogado el ser un buen geómetra, si se olvida de la jurisprudencia?

JAIME BALMES.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Queridos niños: si reserváis cada día algunos ratos de lectura, sin que la distraiga otra diversión o negocio, os admiraréis de los progresos que habréis hecho al cabo del año.





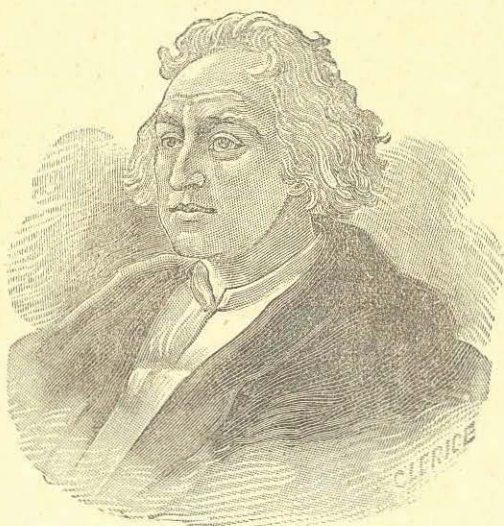
EL ALFABETO

«¿Quieres ser libre? Aprende el alfabeto.»
Cantó un poeta de armoniosa lira.
¡Se halla en el libro la verdad que inspira,
La voz del bien, el ideal secreto!

¡Niño! más grande que el extenso llano,
Más altivo que el mar, y más profundo,
Surge en el alma del que estudia un mundo,
¡En donde reina el pensamiento humano!

MARTÍN GARCÍA MEROU.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Un sabio a quien preguntaron cómo había aprendido tantas cosas, contestó: — Imitad a la arena del desierto, que recoge todas las gotas de agua sin perder una sola.



COLON Y SUS DESCUBRIMIENTOS

Cristóbal Colón (1441-1492)

El reinado de Fernando y de Isabel, tan notable ya por los grandes acontecimientos que lo ilustraron en el interior de España, no lo fué menos por los descubrimientos que le dieron posesiones inmensas en un mundo desconocido. En 1441¹ nació en Génova el niño que había de revelar a la Europa aquel Nuevo Mundo. Se llamó Cristóbal Colón, y desde su más tierna infancia abrazó con

¹ 1436, según otros autores.

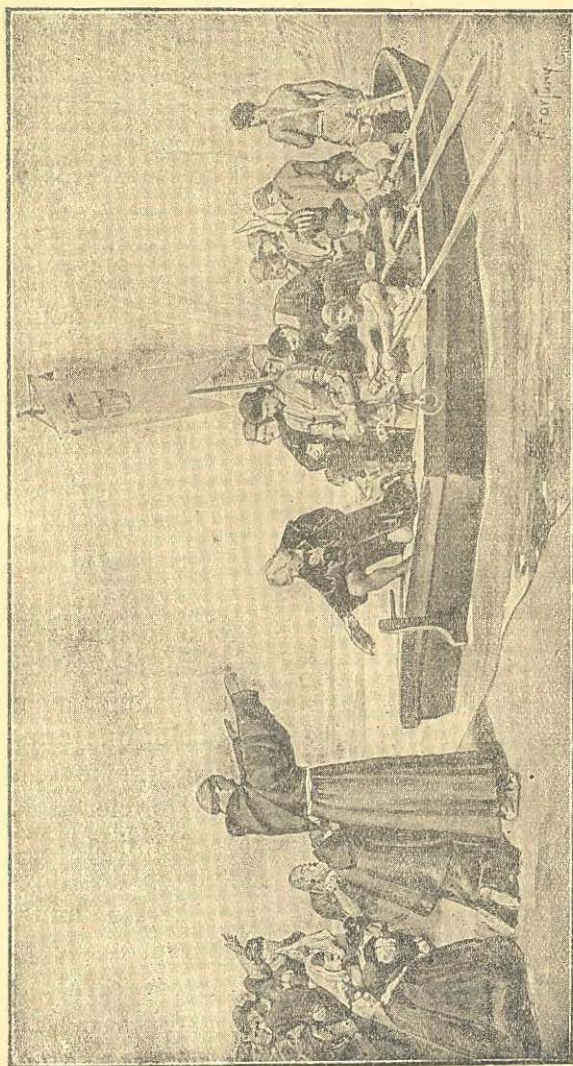
ardor la carrera que había de inmortalizarle. Abandonó su patria para establecerse en Lisboa, bajo el glorioso reinado de Juan II. Sus brillantes disposiciones para la marina le merecieron la mano de la hija de Bartolomé Perestrello, uno de los navegantes más célebres.

Trabajando sobre los planos y dibujos de su padre, sospechó que la Tierra no era enteramente conocida. Imaginó que todo cuanto se conocía no comprendía más que un hemisferio del globo, y que no era posible que el otro estuviese cubierto únicamente de agua. Estas conjeturas y otros datos, también, le llevaron a deducir la posibilidad de un camino que se dirigía por el Oeste hasta las Indias. Esperaba que este camino sería más corto y más fácil que el que preocupaba a los portugueses, y, prosiguiendo esta quimera, fué como descubrió la América.

Comunicó su proyecto a su patria y la ofreció explotarlo en utilidad suya, pero los genoveses le trataron de visionario. No fué mejor recibido en Portugal, en Francia, ni en Inglaterra. Al fin, un religioso, el P. Juan Pérez, interesó a Isabel en su empresa.

Salida de Colón (1492-1493)

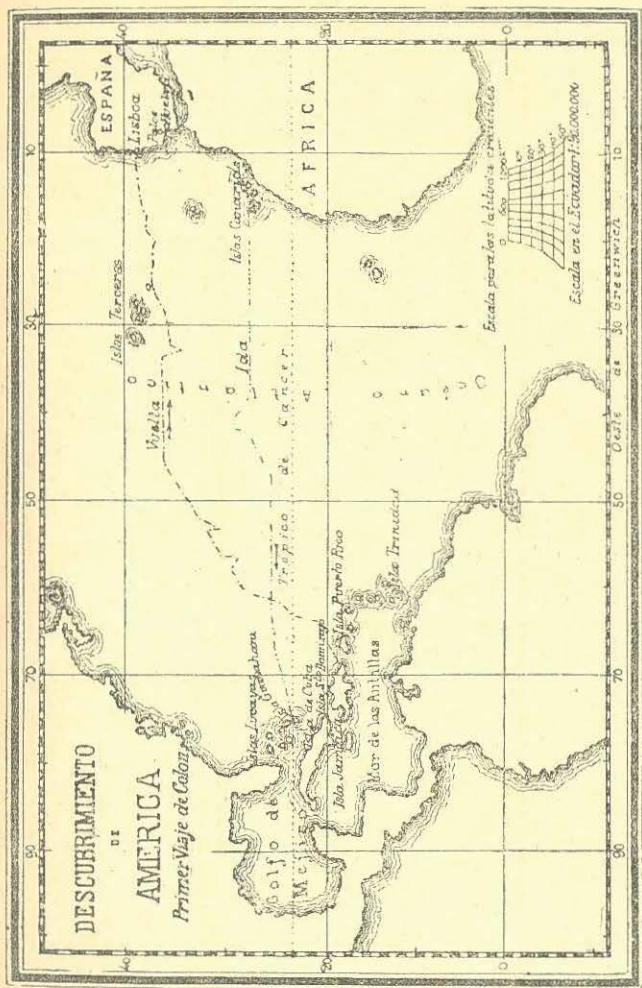
Fernando e Isabel estaban todavía entregados a los regocijos y a las fiestas, con motivo de la toma de Granada, cuando dieron a Colón una escuadrilla, con el título de grande Almirante de todos los mares, islas y continentes que iba a descubrir,



Salida de Colón de Puertos de Palos.

y se comprometieron a hacer esta dignidad hereditaria en su familia, si lograba su intento.

El valiente genovés no tenía más que tres pequeños buques, tripulados por unos 90 a 120 hombres. Antes de su partida, puso bajo la protección del Cielo su expedición, llena de peligros y de riesgos. Recibió la comunión, con todo su séquito, de manos del P. Pérez, y se embarcó el 3 de Agosto de 1492 en Palos, Andalucía. La tripulación no tardó mucho en atemorizarse. Cuando llegó a la altura de los vientos alisios, viendo los marineros que sus barcos corrían hacia el Oeste con la mayor rapidez, creyeron que todo estaba perdido y que no volverían ya a ver su patria. Murmuraban y manifestaban con sus quejas sus intenciones de rebelión; pero Colón, lleno de grandeza y magnanimidad, les contuvo por medio de la firmeza de sus discursos y con la energía de su valor. Sacaba partido de todo lo que se presentaba para reanimar sus esperanzas. La tripulación se estremeció un día al ver algunos pájaros; pero desgraciadamente se reconoció que eran de aquellos que se alejan de tierra a muchos centenares de leguas. Después encontraron ciertas hierbas, que hicieron creer en la proximidad de algunas tierras; más lejos, el viento les llevó el perfume de algunas flores, que pareció anunciar una isla poco distante. Sin embargo, los compañeros de Colón le amenazaban con arrojarle al mar, y pedían a grandes voces el regreso. Él les pidió tres días de término, ofreciéndose a entre-



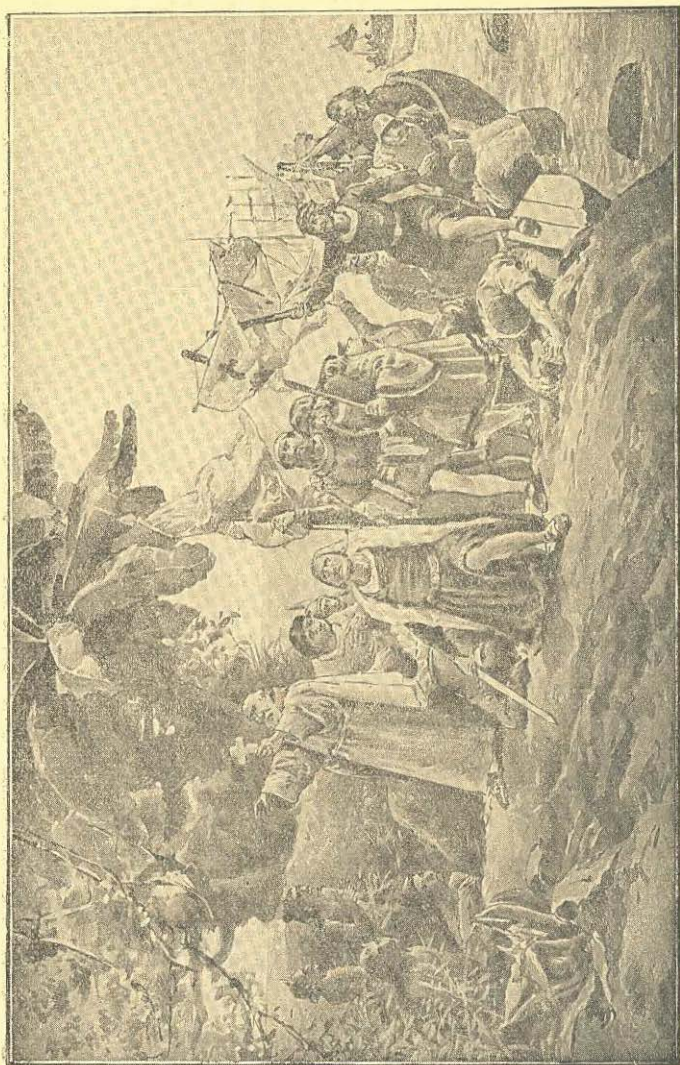
garse en sus manos, si antes no se descubría ninguna tierra.

Por fin, el 11 de Octubre, de uno de los buques que iban más adelante, gritaron: ¡Tierra! ¡tierra!

Entonces, todos lloraron, colmaron de elogios a Colón y se felicitaron de haber sabido perseverar. El 12 desembarcaron en la playa que habían divisado, la cual era una isla que los indígenas llamaban *Guanahani*, y que Colón llamó *San Salvador*, para perpetuar el recuerdo de su glorioso triunfo. Los habitantes de las islas vecinas se llamaban lucayos, y se dejó este nombre a todo el grupo de dichas islas. Colón descubrió también a Haití o Santo Domingo, y en seguida se volvió desde allí para anunciar a la España sus grandes descubrimientos.

Regreso glorioso de Colón (1493-1495)

Uno de los navegantes que se habían asociado a Colón, el pérfido Pinzón, había pretendido usurparle la gloria del importante éxito de la expedición, tratando de ser el primero que lo anunciase en Europa. Pero Colón le alcanzó, le perdonó su falta y prosiguió su camino. Ya habían recorrido más de 500 leguas de navegación muy feliz, cuando el 15 de Enero se levantó una tempestad horrorosa. Asustado Colón, creyó por un momento no tener la dicha de gozar de su gloria, anunciando a los europeos su descubrimiento. En este extremo escribió en un pergamino la relación de su viaje, la envolvió con hule y la encerró en una barrica, que confió a las olas, con la esperanza de



Descubrimiento de América.

que tal vez llevarían este precioso mensaje a algunas playas habitadas. Pero la calma se restableció por la tarde, y el 14 de Marzo llegaban a la desembocadura del Tajo. Entonces no pudo menos de visitar al rey de Portugal, para hacerle conocer su fortuna. Diez días después, su navío entraba en el puerto de Palos. Desembarcó allí, atravesó toda la España triunfalmente, y se presentó a Fernando e Isabel, quienes le colmaron de honores. Diéronle diez y siete navíos y volvió a marcharse para aumentar sus descubrimientos y asegurar sus conquistas.

Colón acusado (1495-1498)

Al volver, se dirigió más al Sur que la primera vez y llegó a las islas de los Caribes. Después bajó a Haití para visitar a los españoles que había dejado allí y para examinar sus trabajos. Lo encontró todo en el mayor desorden, porque aquellos desgraciados habían abusado de los indígenas, y éstos se habían insurreccionado. Colón trató de remediar los abusos, y descontentó a algunos de sus conciudadanos. Hubo varios de ellos tan cobardes, que fueron a España para acusarle ante Fernando e Isabel. Cuando el valiente genovés conoció las sospechas que pesaban sobre él, volvió a la Península para justificarse por sí mismo. Su sola presencia llenó de tal modo los espíritus, de la grandeza de su nombre, que se avergonzaron de haber dado crédito a las delaciones de sus enemigos.

Tercer viaje de Colón (1498-1502)

Colón se trasladó por tercera vez a los países descubiertos. Llegó a la desembocadura del Orinoco, siguió las costas y no dudó ya de la existencia de un nuevo continente. Sin embargo, no pudo penetrar en aquellas nuevas comarcas, y pasó a Santo Domingo, donde encontró a los españoles rebelados contra su hermano Bartolomé. Habiendo sabido la corte de España todas estas discordias, envió al comandante Francisco de Bobadilla, con orden de reemplazar a Colón, en caso de que fuese culpable. No fué preciso más para impedir que este oficial le creyese inocente. Le hizo cargar de cadenas, se apoderó de su dignidad y le despidió a España.

Desgracias de Colón (1502-1506)

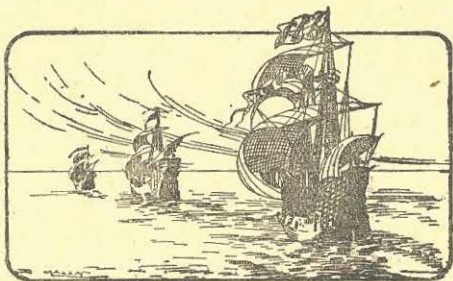
En toda la Península hubo un sordo murmullo. Las cadenas de Colón cayeron ante el grito de la conciencia pública; pero desde entonces la Corte, que desconocía sus servicios, no le inspiró ya más que desprecio (1502). El descanso le impacientaba, y por lo mismo empleó todavía sus últimos años en hacer nuevos descubrimientos. La Martinica y la Jamaica fueron las últimas tierras que legó a los españoles (1503).

De vuelta a España, el 9 de Noviembre de 1504, encontró a la reina Isabel moribunda. Fernando se negó siempre a concederle lo que le había pro-

metido, y aquel grande hombre murió de disgusto y miseria, en Valladolid, el 20 de Mayo de 1506.

DRIoux.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — El camino que conduce a la virtud no siempre es el más ancho, pero sí el más seguro.



FÁBULAS

EL PLANTADOR

Yo esta higuera planté y aquel manzano,
Y ambos me rinden hoy copioso fruto,
Hijos, igual tributo
Debéis pagar a vuestro padre anciano.

LA FUENTE MANSA

Mira esa fuente plácida, Florencio,
Que fluye sin rumor y baña el prado.
Con su ejemplo enseñado,
Haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.

LAS ESPIGAS

La espiga rica en fruto,
Se inclina a tierra;
La que no tiene grano,
Se empina tiesa.
Es en su porte
Modesto el hombre sabio,
Y altivo el zote.

EL PERAL

A un peral una piedra
Tiró un muchacho.

Y una pera exquisita
Soltóle el árbol.
*Las almas nobles
Por el mal que les hacen
Vuelven favores.*

EL PESCADOR

Un pobre pescador, volviendo al puerto,
Sacó en la red un muerto;
Sin mirar si era fiel o si era moro,
Sepultura le dió, y halló un tesoro.
*Premio de su virtud sencilla y pura,
La caridad le trajo la ventura.*

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—El trabajo es una fuente constante
• beneficios para el hombre.





LOS DOS HERMANOS

Palabras de una madre

Adela, madre de dos amables niños, les decía una vez:

“Sentémonos, amigos míos, debajo de estos viejos limoneros, y respiremos los perfumes de los

azahares que un fuerte viento esparce sobre nuestra cabeza como una dulce lluvia. Desde vuestro nacimiento, vosotros sois mi alegría y mi felicidad. ¡Cuánto me agrada veros retozar sobre la grama, y regocijaros bajo un mismo enramado! ¡Cuántas veces vuestras amorosas palabras, vuestras ingenuas caricias han inundado mi corazón de un gozo inexplicable! Y cuando contemplo las recíprocas manifestaciones de vuestro amor, de ese tierno y mutuo afecto que une vuestras almas, ¡ah! entonces mi dicha llega a su colmo. ¡Oh, hijos míos, con cuánto alborozo veo cómo se abren vuestros corazones, cada vez más, a los santos transportes del amor fraternal!

“Amaos, hijos míos; amaos y andad siempre unidos, como dos flores que se unen en un mismo tallo; ellas se presentan el doble más bellas, el aroma que exhalan es más fragante y las mariposas del prado, volando a su alrededor, parece que aplauden los besos que se prodigan al impulso de los vientos.

“Amaos y estrechaos como las floridas ramas de la madre selva, que se elevan abrazadas, como para darse ayuda y embalsamarse recíprocamente con su aliento.

“Amaos como dos tórtolas que se crían en un mismo nido; como dos corderitos que brincan en un mismo prado, que jamás se ofenden en sus juegos, y si los fatiga el calor se ponen a la sombra bajo una misma zarza.

“Amaos como dos amigos que viajan juntos por regiones extrañas. Entre ellos son comunes los desasosiegos y las esperanzas, las gratas impresiones

“ y las penas; caminan por unos mismos senderos, y descansan en una misma gruta.”

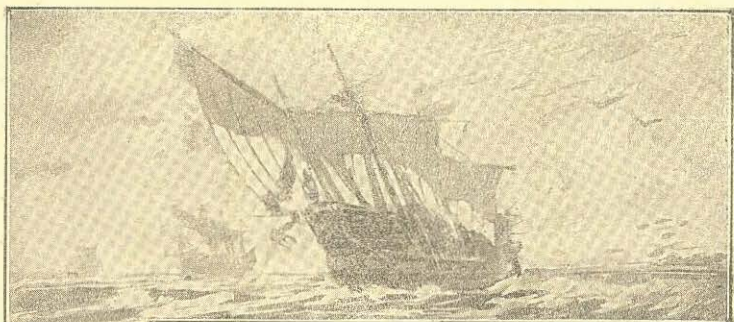
Conmovido con estas palabras el mayorcito de los niños, se arroja en brazos de su hermanito y le dice:

“¡Oh hermano mío! amémonos y vivamos unidos como dos hermanos, como dos flores que crecen en un mismo tallo; como las ramas de la madre selva que se entrelazan; como dos tortolitas criadas en un mismo nido; como dos corderitos que juegan en un mismo prado, y como dos amigos que viajan juntos.”

MARCOS SASTRE.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Un hermano es un amigo que nos da la naturaleza, y un amigo es un hermano que nos da la sociedad.





AMÉRICA

Tendida sobre sábanas de rosas,
A la sombra de amor de sus palmeras,
Bajo un cielo de eternas primaveras
Guardada por los ángeles de Dios.
Una encantada tierra de deleites.
Maravilloso mundo de colores,
Dormía entre sus aves y sus flores
Arrullada por músicas de amor.

Y es fama que, cual hada peregrina
Que del seno del mar surgiera un día
Orlada de joyante pedrería,
Hiriendo con su luz la luz del sol,
Así la hermosa madre de los Incas
Surgió del suelo de joyantes mares,
Y presentóla al mundo sobre altares
El genio audaz del inmortal Colón!

JUAN CRUZ VARELA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — El éxito no está reservado para quien ha empezado una empresa, sino para quien ha perseverado en ella hasta el fin.

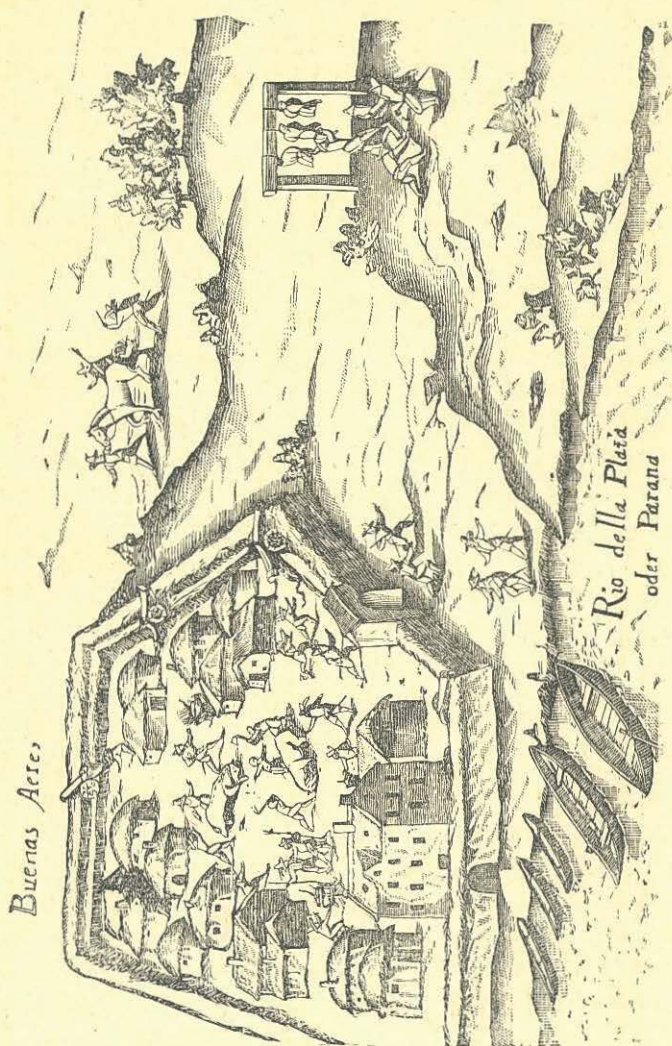
PRIMERA FUNDACIÓN DE BUENOS AIRES



Don Pedro de Mendoza, natural de Guadix, gentil-hombre de cámara del emperador, acababa de regresar de Italia, donde, a las órdenes del condestable de Borbón, había tomado parte en el asalto y el saqueo de la ciudad de Roma. Mendoza volvió rico a España con su parte de botín; pero no por eso su avaricia y su amor a empresas arriesgadas estaban satisfechos; y cuando supo que el gobierno, por escasez de fondos, no se resolvía a enviar una expedición al Río de la Plata, para tomar por retaguardia el imperio de los Incas, él se ofreció a prepararla a su costa y a conducirla a su destino.

Para este fin, se preparó la más brillante expedición que había salido de puertos españoles para la América. Componíase de veintidós naves y más de 2.000 soldados aguerridos, entre ellos 150 alemanes, a cuyo número pertenecía Ulderico Schmidel, uno de los historiadores de la conquista. Entre los oficiales venían muchas personas de distinción.

En las capitulaciones otorgadas por el emperador, había una que obligaba al adelantado a traer cien caballos y cien yeguas, origen de los que después han cubierto nuestras fértiles llanuras.



La armada salió de Sanlúcar el 1.º de Septiembre de 1534; se detuvo en el Janeiro algún tiempo, y habiéndose enfermado gravemente D. Pedro, delegó el mando en D. Juan Osorio, a quien poco después hizo apuñalar por sospechas de infidencia.

A principios de 1535 entró la expedición al Río de la Plata, y fondeó en la isla de San Gabriel. El adelantado mandó en seguida a su hermano D. Diego, jefe de la flota, a reconocer la costa meridional, y se trasladó allí con toda ella, abriendo el 2 de Febrero de 1535 el cimiento de una trinchera de tapia, en cuyo recinto se construyeron los alojamientos de los españoles. Aquel mismo día puso el adelantado en posesión de sus cargos a los capitulares que habían venido nombrados desde España. A esta población se le dió el nombre de Puerto de Santa María de Buenos Aires, con motivo de haber exclamado el capitán Sancho García, al poner el pie en tierra: *¡Qué buenos aires son los de este suelo!*

Ocupaban el país donde se había fundado la nueva ciudad, los *querandies*, raza belicosa y cazadora, cuyas armas eran una especie de dardo de madera fuerte que les servía para combatir de cerca, las bolas arrojadizas y la formidable bola perdida. De éstos descenden los actuales *pampas*, que conservan las mismas armas, excepto el dardo, que han convertido en chuzo, desde que tomaron posesión del caballo, introducido por los conquistadores.

La embocadura del Paraná y las islas de su delta estaban ocupadas por los *guaraníes*, que se

extendían hacia el Norte por ambos lados del río, bajo diferentes denominaciones: *timbús*, *calchaquies*, *tapes* y otros, hasta tocarse con los *mbayás* y los robustos *guaicurús*, que vivían en el Chaco.

En la banda septentrional del Río de la Plata estaban las tribus feroces de los *charríos* y *yaros*, y en las islas del Uruguay los inofensivos *chanás*.

En el Entre Ríos, desde la margen del Uruguay hasta poco más allá del río Ibicuí, vivían los *minuanes*; y desde allí por el Norte todo el país estaba habitado por las diferentes tribus de los guaraníes.

Todos ellos se encontraban en un estado verdaderamente salvaje: vivían de la pesca o de la caza, no tenían ninguna idea de Dios, ni noción alguna de moral, y los lazos de familia eran apenas algo más fuertes que en los animales gregarios. Todos se pintaban el cuerpo, a excepción de los pampas; y todos vivían desnudos o cubiertos de pieles de nutria, de guanaco y otros animales. Los que vivían a orillas de los ríos navegaban en canoas hechas de troncos de árboles. Sin agricultura, sin industria, sin cambios, estas tribus eran completamente pobres.

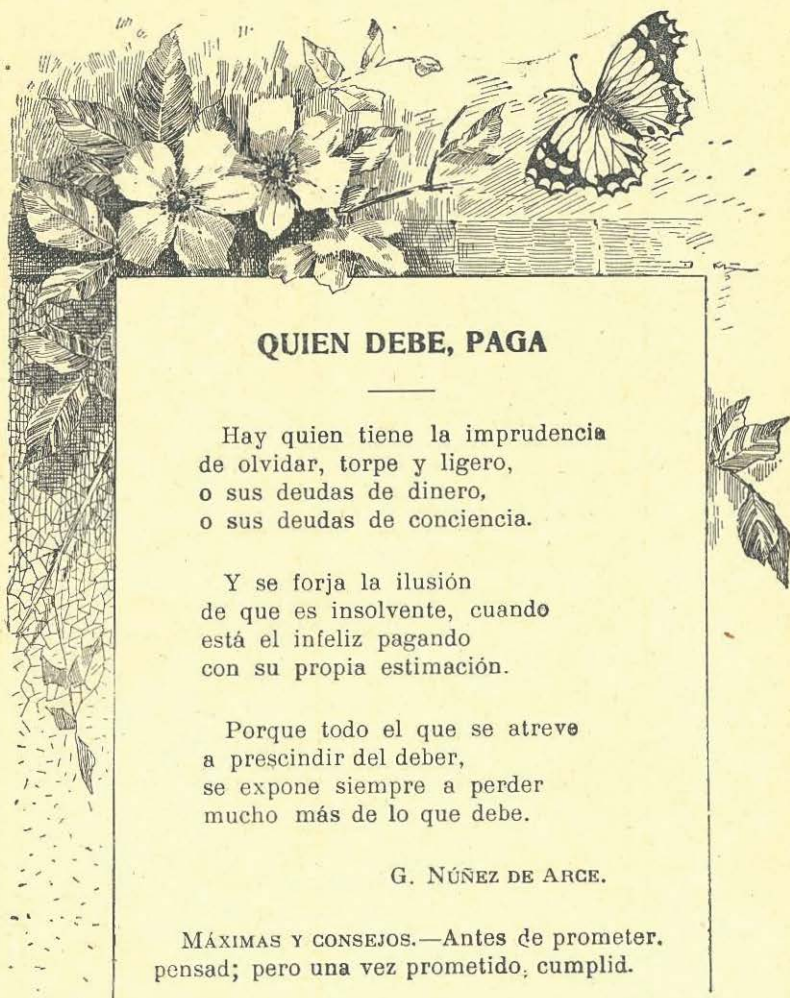
Los querandíes se pusieron muy pronto en guerra con los recién venidos; los víveres escasearon; la humedad del clima y la falta de habitaciones originaron enfermedades entre los pobladores. Para escarmentar a los indios, fué enviada una partida de doce capitanes a caballo y ciento treinta infantes, a las órdenes de D. Diego de Mendoza. Los querandíes les hicieron frente, y se batieron con

una valentía que los conquistadores no habían encontrado hasta entonces en América. D. Diego fué muerto con una bola perdida, e igual suerte tuvieron diez de a caballo y veinte de a pie. A fines de Junio la población misma fué vigorosamente embestida; los indios ataban manojos de paja encendida a las bolas arrojadizas, y tirándolas sobre las casas lograron quemarlas casi todas. La misma hostilidad dirigieron sobre los barcos fondeados en el Riachuelo, a cuyas inmediaciones estaba la nueva población.

LUIS L. DOMÍNGUEZ.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. -- Las riquezas sirven al sabio y gobiernan al necio.





QUIEN DEBE, PAGA

Hay quien tiene la imprudencia
de olvidar, torpe y ligero,
o sus deudas de dinero,
o sus deudas de conciencia.

Y se forja la ilusión
de que es insolvente, cuando
está el infeliz pagando
con su propia estimación.

Porque todo el que se atreve
a prescindir del deber,
se expone siempre a perder
mucho más de lo que debe.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Antes de prometer,
pensad; pero una vez prometido, cumplid.

EL CUERPO Y EL ALMA

I

El cuerpo se conserva por medio de la templanza y de la sobriedad.

Evitando todo lo que puede dañar la salud y turbar la regularidad de las funciones orgánicas, como la gula o los excesos en la comida y bebida.

No tomando, en materia de alimentos, sino lo necesario a la nutrición.

Y, por último, ejercitando los miembros, de modo que el ejercicio no produzca fatiga ni postración.

El ejercicio da robustez y agilidad al cuerpo, desarrolla y embellece sus formas, y estampa en ellas rasgos de energía y varonil fortaleza.

Un cuerpo robusto y ágil sobrelleva sin dolor las fatigas y la rigidez de las estaciones, y está siempre dispuesto para el trabajo y la acción.

¶ Pero el cuerpo, además, tiene órganos y sentidos destinados a recibir las impresiones objetivas, y que son otros tantos vehículos de comunicación entre el alma y el mundo externo.

Ahora bien: esos sentidos se educan y perfeccionan por medio del ejercicio.

El oído se hace hábil en distinguir los sonidos más lejanos, y gozarse en la belleza del ritmo musical y poético.

La vista se adiestra a percibir las formas y colores, y a medir el espacio.

El olfato, a distinguir los olores.

El gusto, a paladear los sabores.

El tacto, al manejo de los útiles de labor y a todos los actos mecánicos a que puede aplicarse.

En suma, los sentidos, para obrar como facultades activas, requieren ejercicio y educación progresiva.

Debéis, pues, evitar todo lo que altere las funciones orgánicas del cuerpo y pueda dañar vuestra salud, y hacer todo lo que tienda a robustecerlo y conservarlo.

Debéis preservar vuestro cuerpo de las impurezas del vicio; porque el cuerpo es el santuario del alma, y el alma la centella divina, el móvil espiritual y siempre activo de las facultades humanas.

II

El alma es el principio de la vida intelectual y moral.

Ahora bien: el alma se perfecciona por medio de la educación y del estudio incesante.

Vinisteis al mundo sin idea ni conocimiento alguno. Poco a poco habéis ido adquiriendo nociones prácticas, hoy de una, mañana de otra cosa, y toda vuestra vida, hasta aquí, ha sido un aprendizaje costoso.

Vuestra educación sistemada y regular ha empezado.

Tenéis, en primer lugar, que nutrir vuestra inteligencia.

Con ese fin se os manda a la escuela y vuestros padres y maestros os recomiendan tanto la aplicación al estudio; porque sin ella no podréis ilustraros, ni abriros paso a ninguna posición distinguida en la sociedad.

Pero no debéis limitaros a aprender de memoria lo que leáis u os enseñen.

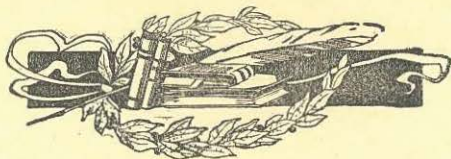
Necesitáis, para adquirir instrucción sólida, elaborar lo aprendido, asimilarlo, por decirlo así, a vuestro entendimiento con el trabajo de vuestra propia reflexión.

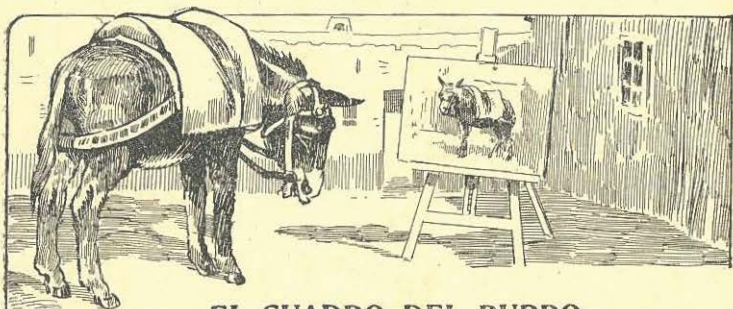
Debéis también en vuestros estudios tener siempre en mira lo práctico y aplicable a vuestro país, a fin de que puedan servirlos como instrumento de lucro y de bienestar.

Pero si el estudio encamina el alma a su perfección, hay pasiones en el hombre que turban el ejercicio armónico de sus facultades y lo desvían del buen sendero.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Los mejores amigos son los buenos libros: leedlos y siempre aprenderéis algo más.





EL CUADRO DEL BURRO

Pintó el insigne don Francisco Goya
Un burro de la casa en que vivía,
Con tan rara verdad y valentía,
Que el cuadro borricual era una joya.

Míster *qué sé yo quién*, inglés muy rico,
Veinte mil reales por el lienzo daba:
Goya, que a la sazón necesitaba
Un estudio bien hecho del borrico,
Tenaz a enajenarlo se negaba.

Oyendo cierto día
El asno vivo, discutir el trato,
Exclamó sollozando de alegría:
—¡Mil duros da el inglés por mi retrato!
Por el original, ¿qué no daría?

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Nunca alabéis vuestras obras;
dejad que otros lo hagan por vosotros.

FÁBULAS EN PROSA



LOS QUE SUBEN Y BAJAN

Una gota de agua, que había estado millares de años confundida con las demás en un lago, sintió de pronto que se transformaba y adquiriría una ligereza extraordinaria. Estaba evaporándose.

—¡Tengo alas! — dijo flotando sobre el lago. — ¡Adiós, amigas! Ya había presentido muchas veces que mi naturaleza era distinta de la vuestra. Voy a las alturas, al país de las nubes y de las águilas. Ya no nos veremos más.

—No te enorgullezcas,—le dijo otra gota que había viajado mucho,—yo he estado en esas altas regiones, y sé que no se permanece en ellas mucho tiempo. Pide a Dios que cuando caigas, quizás hoy mismo, te deje volver a este lago tranquilo. Eres como todas nosotras; un poco de calor te eleva, un pequeño enfriamiento te hace descender.

—Aunque eso sea,—repuso la soberbia partícula de vapor,—ha llegado mi época feliz.

—¿Quién sabe? Acaso estás destinada a hundirte en el terreno y encerrarte para siempre en una cueva oscura.

Algunos días después, la gota condensada caía

sobre una hoja, y resbalando por ella temblaba, resistiéndose a desprenderse.

Venía de los cielos: iba fatalmente a rodar sobre la tierra.

LA FUERZA Y LA INTELIGENCIA

—Eres un tirano,—decía el vapor de agua al maquinista;—habiendo fuera tanto espacio, me oprimas y sujetas dentro de la caldera: vuélveme la libertad; deja que yo emplee mi fuerza según mi voluntad.

—¿Tu fuerza y tu voluntad?—respondió el maquinista sonriendo.—Si yo te dejo libre no podrás alzar del suelo ni un átomo de polvo.

Los pueblos son como el vapor de agua: su fuerza se aniquila, cuando no hay un maquinista que la encierre en la caldera y la utilice.

PLACERES GRATUITOS

Cayó de un árbol una oruga sobre la espalda de un galápago, y al notar el cómodo y suave movimiento del testáceo, la oruga dió gracias a la suerte porque le había puesto carruaje.

—Ya no tendré que arrastrarme por el suelo,—decía entre sí,—ni fatigarme. ¡Cuánto voy a viajar sobre la concha de este bruto!

A todo esto el galápago avanzaba lentamente hacia un estanque, con gran regocijo de la oruga, que sólo había visto el agua desde lejos. Ya en la orilla, el galápago entró en el agua con suavidad, nadando con soltura.

—¡Calle!—siguió diciendo la oruga.—No sólo tengo carruaje, sino barco: esto es un yate de recreo. ¡Qué hermoso es navegar en barco propio!

—¡Hija mía!—exclamó el galápago con sorna.—¿Creías que ibas a viajar gratis en mí? Todo se paga en este mundo. Estás rodeada de agua y no puedes huir. Cuando bendecías a tu suerte por haberte puesto coche, yo bendije a la mía que me había puesto el almuerzo en las espaldas.

Se hundió el galápago, quiso nadar la oruga y el testáceo la devoró con apetito.

LA TORMENTA

El trueno, el rayo y el huracán se habían apoderado de la atmósfera.

—¡Temblad!—decía el trueno a los hombres, con voz terrible y poderosa.—La tormenta ha vencido; se acabó la tranquilidad para vosotros.

—¿Qué son esas torres que habéis levantado a fuerza de paciencia?—añadió el rayo, lanzando llamaradas por los ojos.—Yo las traspaso y las incendio.

Y el huracán decía, bramando de coraje:

—¡Ay del que navega! ¡Ay de las chozas débiles, y de los árboles que no tengan raíces muy hondas! Arrasaré todo lo que envuelva dentro de mis círculos.

Y los trenos, los rayos y los bramidos del viento parecían anunciar la ruina del planeta.

—¡El mundo se acaba! decían todos los animales, refugiándose espantados en las cavernas o huyendo despavoridos.

—Anda más de prisa, decía una ardilla impaciente, que se creía en salvo, a un cachazudo caracol que se arrastraba con pereza: ¡el mundo se acaba!

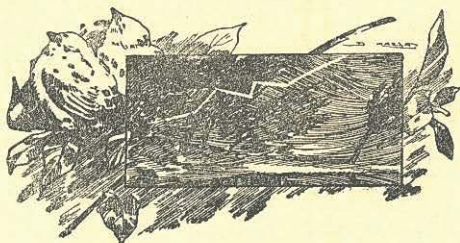
—Pierde cuidado, respondió el caracol. Los que alborotan y se agitan, como el trueno, el rayo y el huracán, se cansan pronto. Más miedo tengo al frío, al calor o al hambre que llegan sin ruido y sin cansancio. Todo lo violento es pasajero.

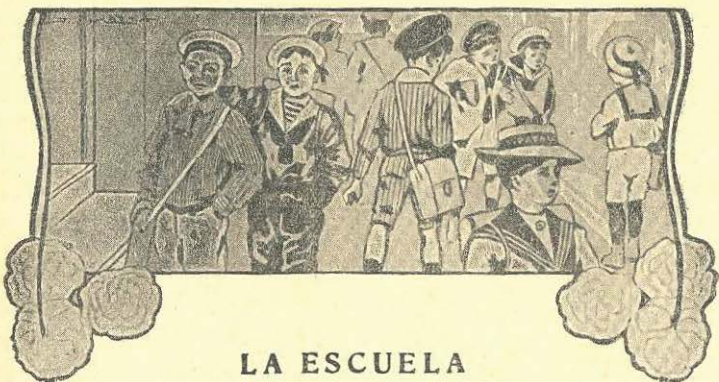
En efecto, un cuarto de hora después, el trueno estaba ronco, el huracán se había detenido y el rayo sólo producía relámpagos inofensivos.

Un airecillo templado y juguetón, pero sostenido y constante, deshizo los nubarrones, y los pájaros, sacudiendo las mojadas plumas, volvieron a piar alegremente.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Cuando os encontréis solos, pensad en vuestros defectos; cuando estéis en compañía de otros, olvidad los defectos de los demás.





LA ESCUELA

Segundo hogar yo le llamo,
Niño querido, a la escuela;
El maestro es otro padre
Que nos transmite su ciencia,
Que su afecto nos consagra,
Que por nuestras almas vela.

Del sueño de la ignorancia,
Capullo que nos encierra,
Él, con el libro en la mano,
A otra vida nos despierta:
A la vida esplendorosa
Que a lo ignorado nos lleva;
Él, con cariño profundo,
A ser buenos nos enseña,
Pues la moral es el libro
Que nunca falla en la escuela.

La escuela, mansión sagrada,
Hoy como nunca más buena,
Regocijo de la infancia,

De la juventud palestra,
En ella, ¡qué de alegrías
Nuestro corazón encuentra!
Los cariños del maestro,
Sus palabras, sus promesas,
Todo la hace a nuestras almas
Grata y dulce, santa y bella.

Este siglo que ya toca
A su fin, en la carrera
Presurosa de los tiempos,
Es el siglo de la escuela.
De sus aulas han salido
Los artistas, los poetas,
Los guerreros, los filósofos,
Cuanto brillan en la escena
De la vida, cuantos forman
Las legiones de la idea,
Los heraldos del progreso
Que lo empujan y lo alientan.

Niño que ves estas páginas,
No desertes de la escuela,
No abandones imprudente
Los dinteles de sus puertas.
Si es que en tu alma, como en nido
Que ave pródiga calienta,
Dios ha puesto la esperanza;
Si es que aspiras, si es que anhelas
Algo grande, nombre y gloria,
Los tendrás yendo a la escuela.

RICARDO DOMÍNGUEZ.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Si anheláis el aprecio de vuestros profesores, no dejéis de amarles y obedecerles.

25 DE MAYO DE 1810

La noche había pasado en grande agitación. Los cuerpos cívicos, reunidos en sus cuarteles, habían querido muchas veces salir a pedir con las armas



Cisneros.

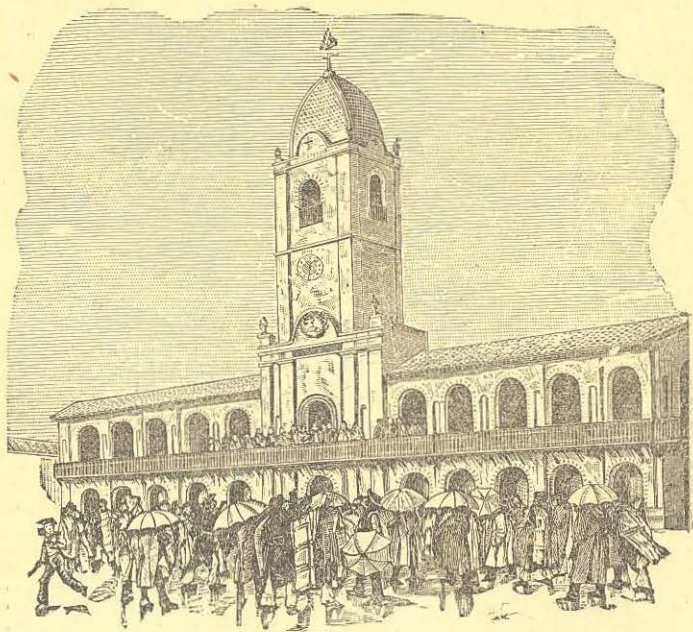
la deposición de Cisneros y la formación de una Junta de su entera confianza, logrando sus jefes contenerlos con dificultad. En vista de esta agitación, Castelli y Saavedra habían ido a imponer a sus colegas de la Junta de lo que pasaba y a proponer la renuncia colectiva que acabamos de mencionar.

El 22 muy temprano se reunió el Cabildo para tomar en consideración esta renuncia, y contestó en el acto que no la aceptaba, y que la Junta hiciera uso de la fuerza para hacerse respetar.

Este fué el momento de la Revolución.

“En estas circunstancias, dice el acta de aquel día, ocurrió multitud de gente a los corredores de las Casas Capitulares, y algunos individuos en clase

de diputados, se apersonaron en la Sala exponiendo que, el pueblo se hallaba en conmoción, y *que de ninguna manera se conformaba con la elección de Cisneros*; que el Cabildo se había excedido en sus facultades y que para evitar desastres que ya se preparaban, era necesario variar la resolución comunicada al pueblo."



El Cabildo, alarmado ya con el peligro imprudentemente provocado, citó nuevamente a los comandantes de los cuerpos para averiguar si estaban prontos a apoyar sus resoluciones.

Eran las nueve y media de la mañana, cuando aquéllos se presentaron en la Sala Capitular. In-

terrogados por el sindico Leiva, "si se podía contar con las armas de su cargo para sostener el gobierno establecido", contestaron "que el disgusto era general en el pueblo y en las tropas; y que no sólo no podían sostener al gobierno estable-



Don Martín Rodríguez.

cido, sino que ni aun de sí mismos estaban seguros, porque los tenían por sospechosos; que la fermentación era terrible y era necesario atajar el mal con tiempo."

En este estado de la conferencia, el pueblo invade las galerías y golpea las puertas de la Sala Capítular, gritando que quiere saber de lo que se trata. El Cabildo, amedrentado, manda al comandante de húsares don Martín Rodríguez para aquietarlo y comisiona a los cabildantes Mansilla y Anchorena, para que vayan a comunicar al virrey que quedaba desde entonces separado de la autoridad.

El virrey, que sentía rugir el volcán bajo sus pies, oyó con resignación aquella orden, quedando de hecho terminada la soberanía de los reyes de España en Buenos Aires, a las doce de la mañana del día 25 de Mayo de 1810.

El pueblo no se contenta con esta primera victoria. Invade por segunda vez la Sala Capítular, y por medio de sus diputados declara: que ha reasumido la autoridad que había depositado en el Cabildo;

que no quería que existiese la Junta nombrada, sino que se procediese a constituir otra que debía componerse así: presidente, vocal y comandante general de armas, el señor don Cornelio Saavedra; vocales, los señores doctor don Juan J. Castelli; licenciado don Manuel Belgrano; don Miguel Azcuénaga; doctor don Manuel Alberti; don Domingo Matheu y don Juan Larrea; y para secretarios a los señores don Juan J. Paso y don Mariano Moreno; con la condición de que, en el término de quince días, prepararía una expedición de 500 hombres para las provincias del interior, costeadas por los sueldos del virrey, oidores y otros funcionarios públicos.

El Cabildo, no pudiendo resistir, pidió que esta petición se hiciera por escrito; y comunicó al mismo tiempo a la Junta del día anterior, que no había más autoridad que la que estaba deliberando en la plaza pública.

La petición escrita, que desde la noche anterior circulaba ya por todas partes recogiendo firmas, se presentó entonces al Cabildo. La tarde estaba lluviosa, y los grupos del pueblo habían quedado muy reducidos, cuando el síndico se presentó en el balcón del Cabildo a pedir la ratificación verbal de lo escrito. Notando la escasez del concurso, preguntó: — *¿dónde está el pueblo?* — a lo que contestaron que se le llamara con la campana y se vería.

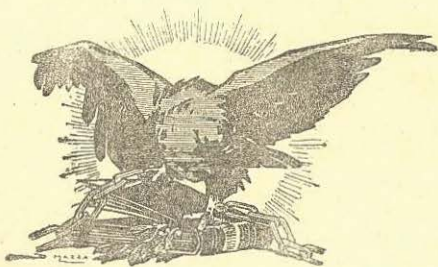
Entonces, abriendo una conferencia el Cabildo con el grupo de ciudadanos reunidos debajo de sus balcones, fueron dictadas en la plaza pública las bases de la primera Constitución política que ha tenido Buenos Aires.

Esta ley, concebida en pocos artículos, determinaba que el poder ejecutivo sería ejercido por la Junta; que el Cabildo vigilaría sobre su conducta; que la Junta llenaría por sí misma sus vacantes; que el poder judicial sería independiente; que se daría publicidad al movimiento del tesoro público; y finalmente, "que la Junta no podría imponer pechos, gravámenes ni contribuciones al vecindario, sin consulta y consentimiento del Cabildo."

Sin perder momento, se procedió en la tarde misma a tomar juramento al nuevo gobierno; el presidente exhortó al pueblo desde el balcón a mantener el *orden*, la *unión* y la *fraternidad*, y en seguida pasó a la *Fortaleza*, por entre un inmenso concurso que había acudido apenas se divulgó la noticia del nuevo nombramiento, saludando las campanas y las salvas de artillería la instalación del primer gobierno nacional y la inauguración de la era republicana.

LUIS L. DOMÍNGUEZ.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Imitad a los grandes hombres de la Independencia, para que la patria esté satisfecha de vosotros.





A LA PATRIA

¡República Argentina! ¡Patria amada,
 Tu espléndida corona matizada
 De gayas flores, las naciones ven:
 La cariñosa mano de tus bardos
 Puso rosas, jazmines, violas, nardos,
 Entre los verdes lauros de tu sien.

Yo no vengo a mezclar con esas flores,
 De olímpicos perfumes y colores,
 Las silvestres y humildes que aquí ves.
 Vengo, patria gloriosa, solamente
 A doblar la rodilla, reverente,
 Y a deshojar las mías a tus pies.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Amad a vuestra patria, pero
 con amor puro y desinteresado.



MARIANO MORENO

El nombre de D. Mariano Moreno estará para siempre ligado a los orígenes de nuestra Independencia, como lo está, en las concepciones humanas, la idea a la forma, el hecho a las intenciones. Y cuando en las solemnidades patrias miramos brillar la imagen del sol en una de las fases de la bandera, colocamos con el pensamiento, en la

opuesta, la imagen de aquel ciudadano, porque él fué la luz de la Revolución.

Él concentró los instintos del pueblo en su cabeza, y depurándolos en tan vasto crisol, presentólos ante el mismo pueblo y ante el mundo, como su propósito grande y generoso.

Nuestra Revolución nació serena como la aurora de un día hermoso, y dió sus primeros pasos conducida por la razón y el desprendimiento. Nuestros padres discutieron antes de obrar, y no omitieron el sacrificio de la sangre en el altar de la libertad que fundaban. En Mayo de 1810, el resentimiento y la venganza se transformaron en heroísmo; en acción vigorosa, la apatía colonial; en patriotismo, la antigua fidelidad; los vasallos, en señores de sus destinos; y brotaron como por encanto ejércitos, instituciones liberales, sentimientos de nacionalidad y todos los elementos que constituyen la patria.

Si un pueblo sacude su yugo antiguo con tanta dignidad, es porque se siente fuerte en la justicia de su resolución, porque la virtud, que es la fuerza por excelencia, le preside en sus actos.

Esa fuerza y esa virtud tuvieron por fortuna su representante en don Mariano Moreno, miembro del primer gobierno revolucionario.

Comenzó a desempeñar sus delicadas funciones a la edad de treinta años, con toda la precoz madurez de sus aventajadas facultades. Brioso de carácter, elocuente, avezado a la lucha de la lógica y del derecho en las discusiones forenses, reunía en su persona otras cualidades que le hacían simpático y popular.

Brillaba en su abierta fisonomía la iluminación

del genio, y la rica sangre de la juventud circulaba en su rostro, bajo una tez blanca y transparente, como la savia de una planta lozana.

Este atleta bajó a la arena en toda la plenitud de sus fuerzas, acendradas en la austeridad del hogar y de los estudios serios. Hijo excelente, padre afectuoso, agradecido discípulo, unía a una virginidad de sentimientos á la antigua, el atrevimiento y la audacia que inspiran las ideas que son la gloria de los tiempos modernos.

Su personalidad se eclipsa dentro de su idea, como el núcleo de un cometa en su atmósfera luminosa. La posteridad y la historia, no él, le colocan entre los primeros hombres de la Independencia, y le conceden su papel principal de revelación y de iniciativa en el drama de la Revolución. No aspira a mandar, sino a dirigir. Piensa recta y generosamente, para que el pueblo pueda gobernarse por sí propio con acierto. Quiere como borrar hasta los nombres propios de los mandatarios, para que la autoridad que preside los nuevos destinos de la patria se sienta como influencia benéfica, y no se palpe como cosa natural, aspirando a dotarla, en su noble exaltación democrática, con los atributos de una entidad sobrehumana.

Moreno no tenía confianza sino en las fuerzas morales, y quiso traerlas al gobierno y darlas al pueblo como palanca, para remover los obstáculos que la marcha de la Revolución iba a encontrar en su camino.

Y como, entre aquellas fuerzas, la más poderosa es la prensa (instrumento hasta entonces vedado a los hijos de la colonia, para ventilar las cuestiones poli-

ticas y los intereses sociales), el secretario de la Junta se constituyó voluntariamente en redactor de *La Gaceta*, colocando al frente de sus escritos uno de aquellos magníficos arranques de amor a la libertad, que son tan frecuentes en las inmortales páginas de Tácito. Este periódico nació con el nuevo régimen, proclamando los tiempos "en que era dado pensar y manifestar sin trabas el pensamiento."

La prensa se hizo desde entonces militante y popular. Los anteriores ensayos periodísticos se arrastraban tímidos por la senda de la erudición, y apenas si una que otra chispa se derramaba a favor de los intereses públicos. Los talentos y el patriotismo de Vieytes y de Belgrano, no habían conseguido interesar al pueblo en la contemplación de su propio destino, y los tipos de nuestra única imprenta aparecían yertos sobre el papel, como el metal de que estaban fundidos.

La Gaceta demolía y creaba a un mismo tiempo. Fue el ariete asestado contra las murallas de la tiranía retrógrada del virreinato, y la fuerza que levantaba sobre el cimiento de la libertad al pueblo que surgía del seno de los Cabildos abiertos. ¡Qué hermosa era la patria que pintaba la pluma del ilustre redactor! ¡Cuán orgulloso se sentía todo argentino al reconocerse hijo de esa patria y árbitro de fraguarse su propia felicidad, ejerciendo derechos que antes no había comprendido!

La ciencia de la política amaneció entre nosotros y se popularizaron sus aplicaciones. Súpose entonces lo que era una sociedad entregada a sí misma y libre del freno pesado y de las riendas

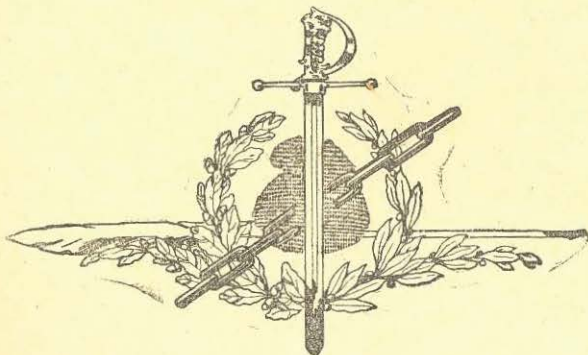
mezquinas, manejadas por un elegido de la casualidad, desde las remotas orillas del Manzanares. Discutiéronse las diversas formas de gobierno a que pueden someterse los hombres en sociedad; y las provincias, convocadas por la primera vez a un congreso, vieron con sorpresa que los habitantes podían dignificarse, hasta el punto de dar fuerza de ley a aquellas aspiraciones más en consonancia con sus intereses y bienestar.

Bajo el influjo de tan hábil piloto, la Revolución no podía naufragar. El rumbo estaba dado a la mejor estrella, y por muchos desvíos que hubiera de experimentar la nave de la República, tenía forzosamente que llegar a la democracia.

Esta fué la obra de D. Mariano Moreno. El pueblo había conseguido su independencía; pero aquel gran patriota le preparó el porvenir americano, que es hoy su modo de ser definitivo.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Estudiad y haced progresos, que la patria necesita de vosotros.





25 DE MAYO

Hijos de Mayo somos:
Saludemos con él nuestro Evangelio,
Mayo es una grandeza inmaculada,
Gloria sin ambición, gloria del pueblo.

La libertad fué siempre,
En todas partes explosión de incendio,
Algo como el volcán cuando desgarra
De la montaña el inflamado seno.

Las razas oprimidas
La han sentido en sus almas como el vértigo
Y su paso al través de las edades
Con roja luz ha iluminado el cielo.

Sólo en el Plata tuvo
Del sol que nace el esplendor sereno;
Sólo en el Plata derribó el pasado
Con la tranquila majestad del tiempo.

Mayo surgió en la historia
Y abrió a la luz los horizontes nuevos,
Como el caudal de los fecundos ríos
Cuando desbordan sobre el cauce estrecho.

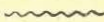
Saludemos a Mayo
Que es de la libertad, gloria y ejemplo,
Sin olvidar jamás que a nuestros padres,
Para ser libres, les bastó quererlo.

MARTÍN CORONADO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Querer a la patria es servirla.
Y no hay más que un medio de servirla: el trabajo.



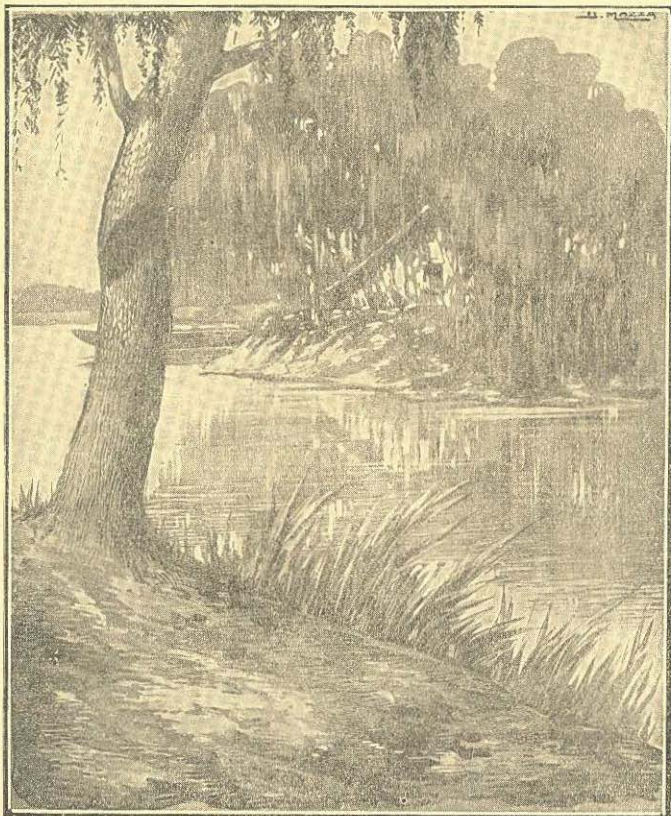
EL DELTA DEL PARANÁ



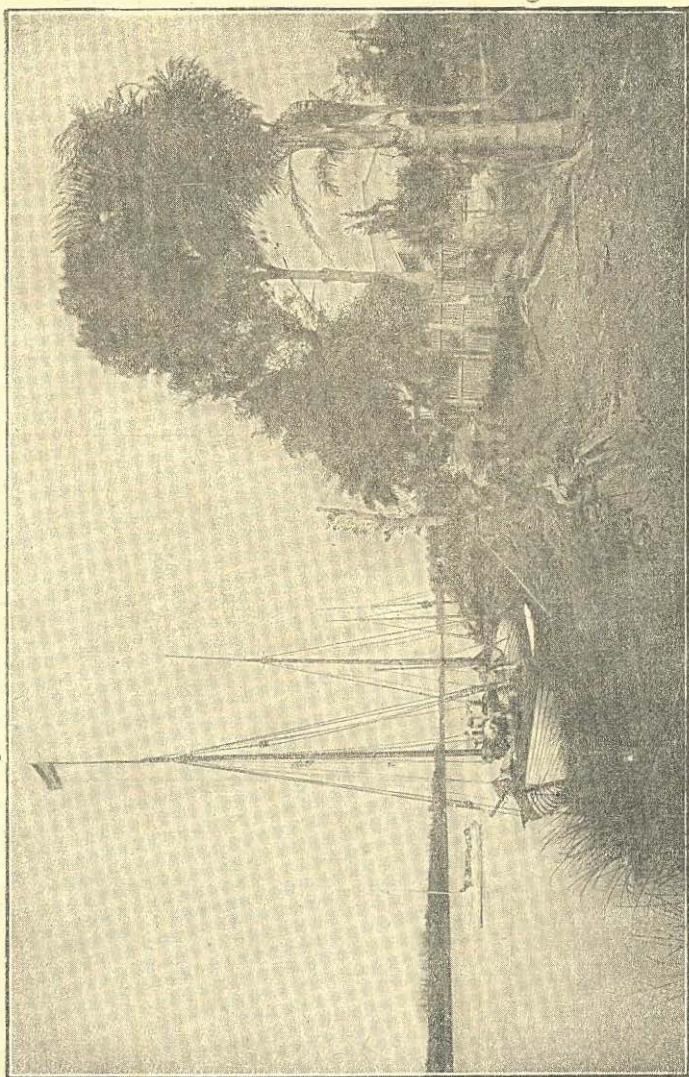
Figuraos un laberinto de canales, cuyas orillas están pobladas de sauces, de ceibos, de enredaderas y flores silvestres, surcados de vez en cuando por las canoas de los isleños moradores de este archipiélago y por los buquecillos de cabotaje que transportan las naranjas y los duraznos, — y tendréis una idea del Delta. Tierras feraces colocadas a la puerta de un gran mercado consumidor, con canales para el fácil transporte de los productos, clima saludable y templado, tiene un porvenir halagüeño.

Allí existen ya agricultores inteligentes que cultivan el mimbre, el cáñamo, la hortaliza, las flores y las frutas; también habitan esas islas los leñadores, cuya hacha destructora las va despojando de sus árboles frondosos; entre esos isleños están igualmente los carboneros, que sin piedad queman los grandes árboles, muchas veces en pie, para convertirlos en carbón. Varias veces hemos viajado por entre ese jardín natural, tocando las ramas de los sauces de las orillas, y siempre hemos encontrado fascinador el espectáculo, poéticos los cuadros, bella la calma, interrumpida por el mur-

murio de las aguas, por el céfiro que pasa quejumbroso por entre las ramas de los árboles, trayendo al oído los cánticos de los pájaros en sus amores. La mañana, cuando el sol derrama su luz



sobre aquellos parajes, la tarde con sus melancolicos crepúsculos, la noche con sus sombras y sus misterios, todas las horas, en una palabra, tienen en aquellos lugares encantos arrobadores.



En el Paraná

Subiendo el Paraná hasta su origen, esas islas cambian de forma, el río se ensancha, las barrancas de la tierra firme comienzan a mostrarse. Las barrancas de la costa de Buenos Aires, el Rosario y San Lorenzo, se ven despojadas de los árboles y de la lozana vegetación de las islas; sólo en Entre Ríos y Corrientes cambian de aspecto: los bosques las adornan, las quebradas las hermean, y el Chaco, en la ribera opuesta, ostenta una vegetación más potente y más lujosa; el aire va sintiéndose más tibio a medida que se aproxima el viajero al trópico.

Pero no todo es poesía en esas islas: la prosa de la vida está representada en su espíritu especulativo por los leñadores y los carboneros.

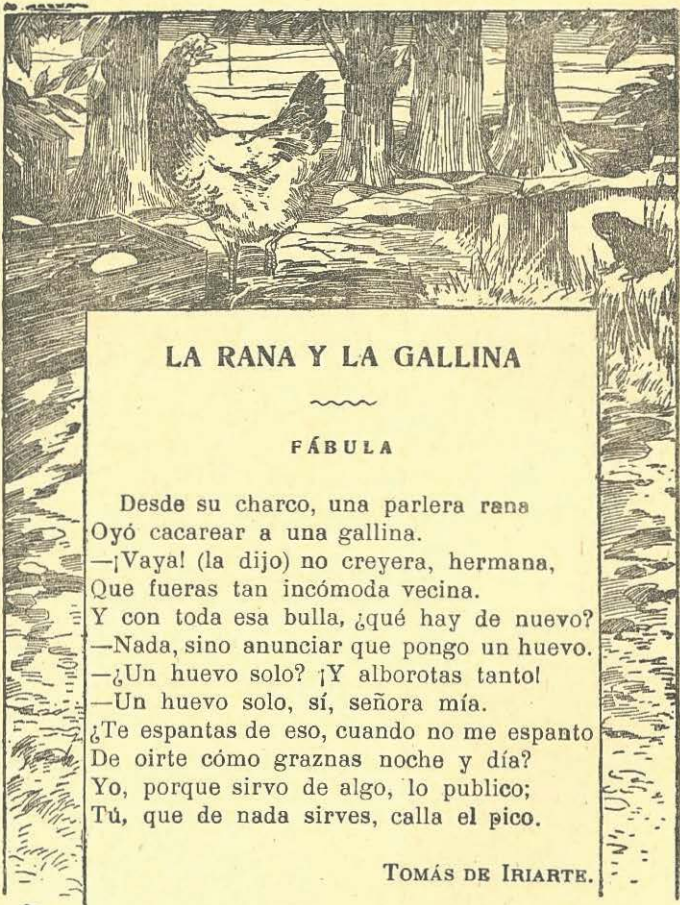
Los montes de sauces y otros árboles son derribados por los leñadores, ya para alimentar el fuego de los hornos de cal en Entre Ríos, o bien para ser expendidos al comercio en postes y para otros usos de la vida rural.

Al morador del Delta se le designa con el nombre de *carapachay*, y vive en la isla con la familia y nunca le falta una canoa.

Cuando las islas del Delta se inundan en las grandes crecientes, los ranchos, generalmente mal contruidos y sin las precauciones y elevación necesarias, son abandonados por la familia del *carapachay*, que se refugia en tierra firme; pero en el Paraná hay islas que no se inundan.

VICENTE G. QUESADA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — El que más trabaja es el que menos siente el peso del trabajo.



LA RANA Y LA GALLINA

FÁBULA

Desde su charco, una parlera rana
Oyó cacarear a una gallina.

—¡Vaya! (la dijo) no creyera, hermana,
Que fueras tan incómoda vecina.

Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?

—Nada, sino anunciar que pongo un huevo.

—¿Un huevo solo? ¡Y alborotas tantol

—Un huevo solo, sí, señora mía.

¿Te espantas de eso, cuando no me espanto

De oírte cómo graznas noche y día?

Yo, porque sirvo de algo, lo publico;

Tú, que de nada sirves, calla el pico.

TOMÁS DE IRIARTE.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Al que trabaja algo, puede disimularse que lo pregone: el que nada hace, debe callar.

UN HÉROE

El edificio, uno de esos enormes cuadrados en los que se aglomeran multitud de familias de obreros, ardía como un brasero inmenso. Los esfuerzos para sofocar el incendio habían sido vanos, y la lucha continuaba ante la muchedumbre que contemplaba estremecida el horrible cuadro. La mayor parte de los habitantes habían conseguido salvarse, pero se pensaba con angustia en los infelices que el fuego hubiera sorprendido. De pronto se oyó un grito, la voz de un niño, que desde una de las ventanas del cuarto piso, lamida por momentos por las llamas, lanzaba aterrado un nombre, "mi madre", que partía las entrañas. Era el pequeño George; su padre se había retardado en la taberna, y la madre, después de larga espera, temiendo las angustias de la semana, si su hombre volvía sin su paga, se había resuelto a ir en su busca, después de acostar a George y dejarlo dormido en la celeste quietud de sus siete años.

El ruido del incendio despertó al niño, que abrió sus grandes ojos sorprendido. Mucho tardó en darse cuenta; corrió trémulo a la puerta, la encontró cerrada, volvió a la ventana que consiguió abrir y el cuadro de horror que se le ofreció, le arrancó el grito de auxilio, el llamado supremo a la madre,

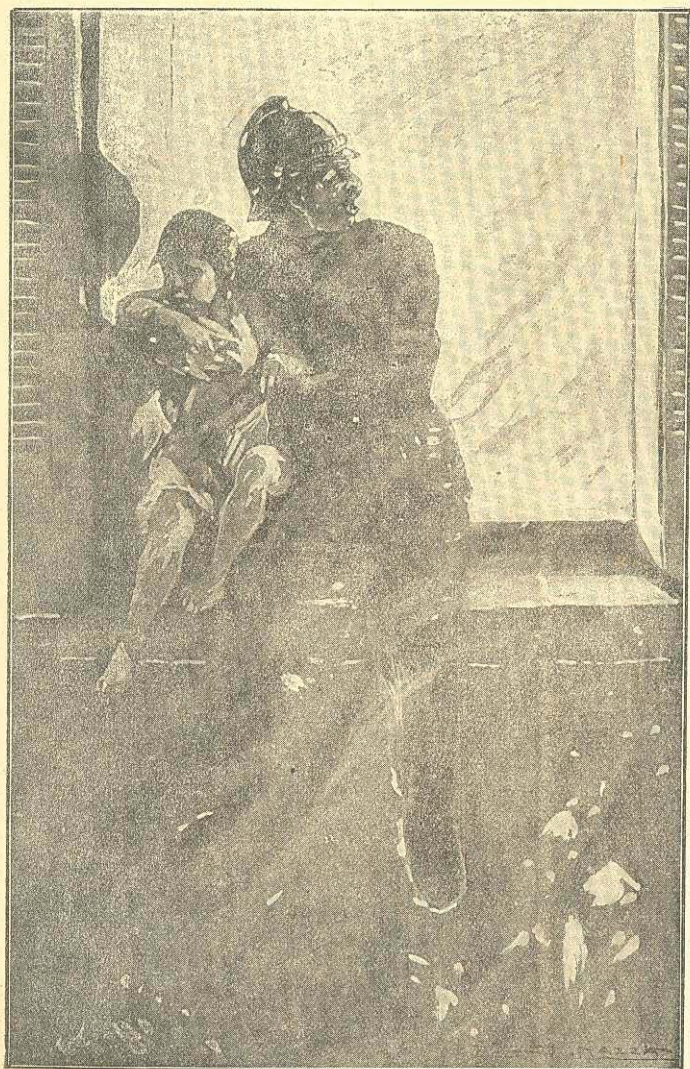
que había sacudido el corazón de centenares de hombres.

Le veían, ¿pero cómo salvarle? Las llamas salían ya por muchas ventanas y por momentos grandes trozos de cornisa caían con estruendo... Un hombre avanzó: era un bombero que hasta entonces había manejado con energía la manga de una bomba. Tomó una escalera articulada y a riesgo de quemarse vivo, la aplicó contra el muro y empezó su peligrosa ascensión. Entretanto, una mujer, enloquecida por el dolor, se había abierto camino entre el gentío, y en primera fila, retorciéndose los brazos, clamaba por su hijo. Era la madre de George.

El bombero continuaba subiendo lentamente, encorvado bajo el chorro de agua con que constantemente, desde abajo, envolvían su cuerpo los compañeros. Por instantes, las llamas le cubrían; se detenía un segundo, aspiraba largamente el aire y emprendía de nuevo su marcha heroica.

Así llegó hasta la ventana, saltó dentro del cuarto y tomó a George entre sus brazos. El niño se apretaba a él, convulso y pegaba su carita, temblorosa en su palidez, contra la ruda faz del bombero. En el momento en que éste, con George en brazos, se encontraba a horcajadas sobre la ventana, se oyó un estrépito; era una enorme sección de la cornisa, que desprendiéndose, tronchó la escala en dos, y la derribó. Un grito de horror se oyó entonces y millares de ojos quedaron clavados en el bombero que se había puesto de pie en el alféizar de la ventana, oprimiendo siempre al niño contra su pecho.

¿Que pasó entonces en el alma del hombre? ¿Qué



El bombero tomó a George entre sus brazos.

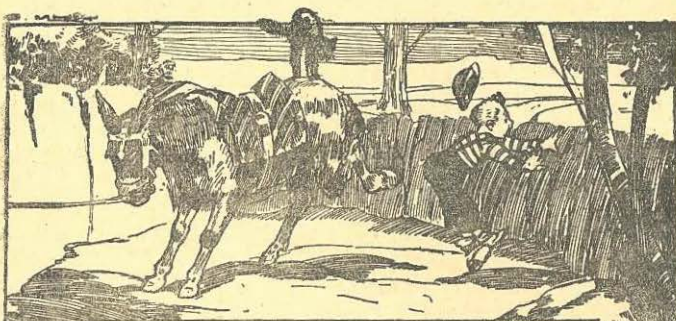
sentimiento gigante intuyó ese rudo corazón y le dió la fuerza soberana del sacrificio? La muerte era inevitable; con su mano libre hizo la señal de la cruz, levantó al niño en sus brazos, arriba de su cabeza y dando una voz de alerta, se dejó caer de una altura de treinta metros. Su cuerpo se deshizo contra las piedras y el niño, sin una contusión, cayó en brazos de la madre.

El pueblo de Nueva York levantó una tumba a ese héroe de la caridad, y ante ella en el cementerio de Brooklyn, me he inclinado con mayor reverencia que delante de los mausoleos de los grandes triunfadores de este mundo, orgulloso de ser hombre y de poder llamar hermano al ser humilde que alentó tal corazón.

MIGUEL CANÉ.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Cuando oímos referir algún rasgo de abnegación, nos sentimos conmovidos profundamente, disfrutamos un placer puro y nos sentimos mejores. Si imitásemos lo que hemos admirado, haciendo obras semejantes a aquellas cuyo relato nos ha conmovido tanto, ¿no es indudable que nuestro placer sería mucho más vivo, nuestra emoción más fuerte, mayor nuestra dicha?





LA CARAMBOLA

Pasando por un pueblo un maragato
Llevaba sobre un mulo atado un gato,
Al que un chico, con todo disimulo,
Le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
Pególe al macho un arañazo horrible;
Y herido entonces el sensible macho,
Pegó una coz y derribó al muchachó.

*Es el mundo, a mi ver, una cadena,
Do rodando la bola,
El mal que hacemos en cabeza ajena,
Refluye en nuestro mal, por carambola.*

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

MAXIMAS Y CONSEJOS.— No hagáis a otros lo que no quisierais que os hiciesen a vosotros.



EL GENERAL BELGRANO

Belgrano es una de las más simpáticas ilustraciones argentinas, y una de las glorias más puras de la América, no sólo por sus memorables servicios a la causa de la Independencia y de la libertad, sino también, y muy principalmente, por la elevación moral de su carácter, y por la austeridad de sus principios democráticos.

Su gloria es un patrimonio nacional, y pretender arrancar a su corona cívica una sola de sus hojas, sin justificar el derecho con que tal despojo se

haga, sería defraudar al pueblo de su propiedad legítima.

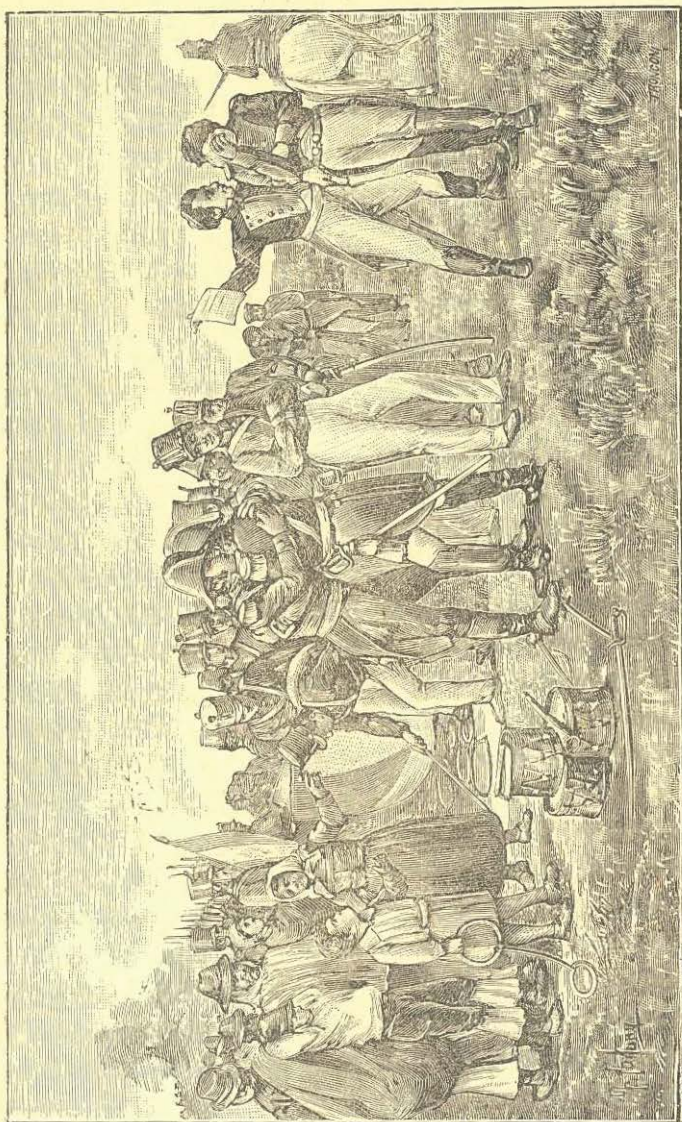
Belgrano no ha sido un genio político del vuelo atrevido de Moreno, ni un genio militar de la altura de San Martín, con quienes comparte la gloria de haber sido, a la par del primero, uno de los fundadores de la democracia argentina, y con el segundo, el héroe y fundador de la Independencia.

Fué un gran ciudadano y un verdadero héroe republicano, y esa es su gloria.

El general Belgrano ha ejercido dos clases de autoridad en el mando: exigía de sus subordinados una obediencia religiosa al cumplimiento del deber, y una exactitud casi igual a la que se exige a una orden monástica, siendo inflexible en el castigo de los delincuentes.

Estas cualidades de mando han formado escuela. El general Paz, que lo criticó por ellas, mandaba sin embargo sus ejércitos a la manera de Belgrano, y no por eso ha sido calificado de déspota.

El mando militar tiene en sí mismo algo de despótico, porque es personal, y sólo tiene por límite la responsabilidad moral del que lo ejerce, y el sentimiento de la justicia y de la dignidad humana. Si el carácter de Belgrano hubiera sido despótico, se habría manifestado en el ejercicio de ese mando casi absoluto, que las exigencias de la Revolución y el peligro común hacían que fuese más tirante que en las condiciones de la vida ordinaria; y sin embargo, es sabido que Belgrano fué siempre justo, a la vez que severo, en el ejercicio tranquilo de su autoridad; que jamás abusó



Rendición de Salla.

de ella, ni fué cruel, ni voluntarioso, y todos cuantos militaron bajo sus órdenes le guardaron, por toda la vida, estimación, respeto y amor.

Como autoridad política, en los territorios donde hizo la guerra, responde en su favor el amor, el respeto, la confianza que supò inspirar a los pueblos, y que se conserva aún hasta hoy en los hijos de los indios, a quienes trató justiciera y paternalmente en Misiones y en las montañas del Alto Perú.

Belgrano no era ciertamente un demócrata a la manera de Artigas y Güemes, expresiones exageradas de la democracia de una época de revolución: era un demócrata de la escuela de Wáshington y de Franklin, cuyos principios profesó y confesó toda su vida.

Lo prueba su anhelo por la instrucción de las masas, atestiguada por los establecimientos de educación que fundó antes y después de la Revolución; su respeto a la igualdad humana, manifestado hasta en su conducta con los indios de Misiones y Alto Perú; su amor a la libertad del pueblo, a que consagró su vida y sus afanes; su empeño constante por que la Revolución se constituyera sobre la base de un poder deliberante emanado directamente del pueblo, como lo demuestra su correspondencia con Rivadavia; su respeto a la ley y a las autoridades constituidas, y, más que todo, su abnegación, su desinterés y su modestia, en presencia de los altos intereses públicos.

Por eso el general Belgrano es el ideal del demócrata. Ningún argentino ha merecido mejor que

él este nombre, y negárselo, sería querer privar a su patria de uno de los más hermosos y acabados modelos que en tal sentido se pueden presentar como ejemplo digno de admirarse y de imitarse.

Belgrano y San Martín, los dos verdaderos grandes hombres de la historia revolucionaria argentina, pueden llamarse padres y autores de la independencia de su país, teniendo de común que los dos fueron hombres de orden, ajenos a los partidos secundarios de la Revolución, que nunca pertenecieron sino al gran partido de la patria, ni tuvieron más pasión que la de la Independencia, la de la libertad americana, cuyo sentimiento inocularon profundamente en el corazón de los pueblos y ejércitos que dirigieron.

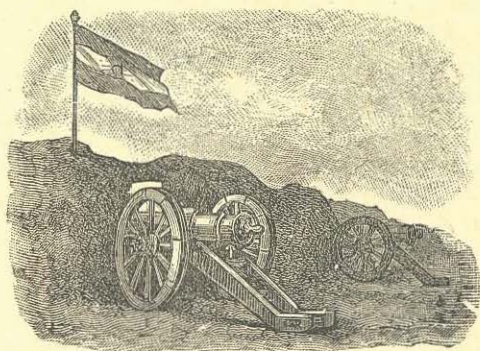
San Martín en las provincias de Cuyo, y Belgrano en las del Norte, levantando el espíritu público en ellas, conquistando el amor y la confianza de las poblaciones, consiguiendo que los ciudadanos acudiesen voluntariamente y con entusiasmo a sus banderas, dispuestos a la lucha y al sacrificio, haciendo concurrir hasta a las mujeres a la defensa de la causa común, prueban que tanto el uno como el otro eran verdaderos hombres de revolución, que si bien no se cuidaban de *encabezar partidos*, sabían cómo se mueve a las democracias *encabezando una causa popular*.

El general Belgrano, recibiendo el mando de un ejército desorganizado después de dos derrotas, haciendo la guerra en medio de pueblos decaídos o descontentos en parte, como lo hemos probado ya, obteniendo una victoria en una retirada desigual,

haciendo, por último, pie firme en Tucumán y llevando a su población al campo de batalla, y predisponiendo a la provincia de Salta a hacer los sacrificios más sublimes de que es capaz el patriotismo, nos enseña cómo los verdaderos demócratas encabezan, no los partidos, sino los grandes movimientos de la opinión que deciden del destino de los pueblos.

BARTOLOMÉ MITRE.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Combatir contra la propia patria es obrar contra la naturaleza.



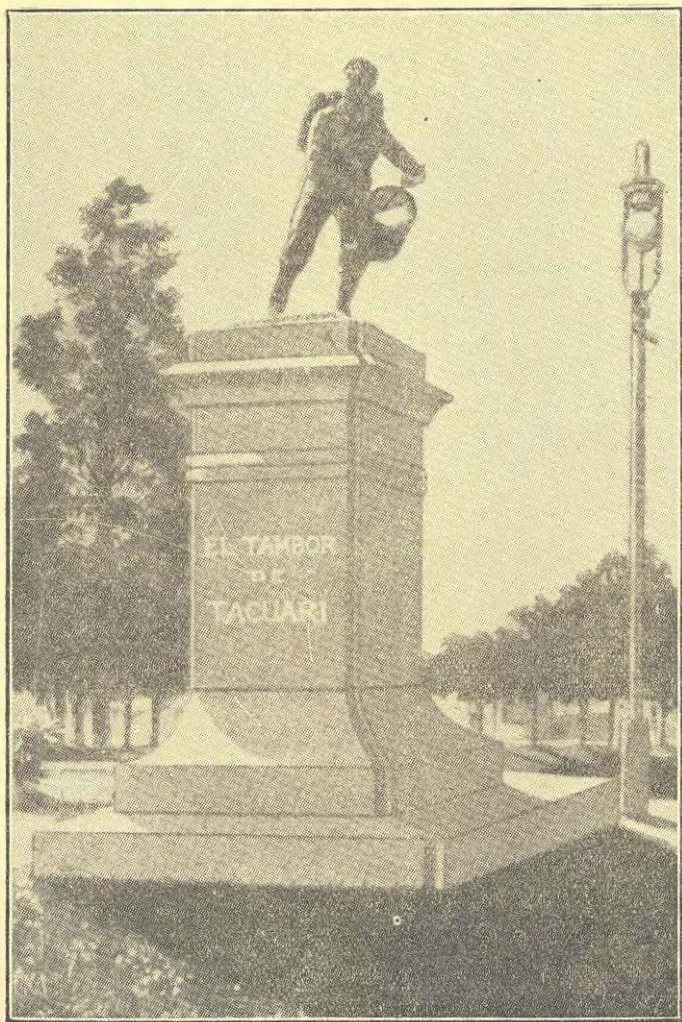
EL TAMBOR DE TACUARÍ



Es un grupo de argentinos
el que marcha a combatir;
es la patria quien los mueve
y es Belgrano su adalid.
Con la bala y con la idea
traen de Mayo el boletín;
y las selvas paraguayas
van abriendo al porvenir
mientras juega con sus chismes
el Tambor de Tacuarí.

Rompe el aire una descarga,
el cañón entra a crujir,
y un vibrante son de ataque
los empuja hacia la lid.
Bate el parche un pequeñuelo
que da saltos de Arlequín,
que se ríe a carcajadas
si revienta algún fusil,
porque es niño como todos
el Tambor de Tacuarí.

Es horrible aquel encuentro:
cien luchando contra mil;
un pujante remolino
de humo y llamas truena allí;



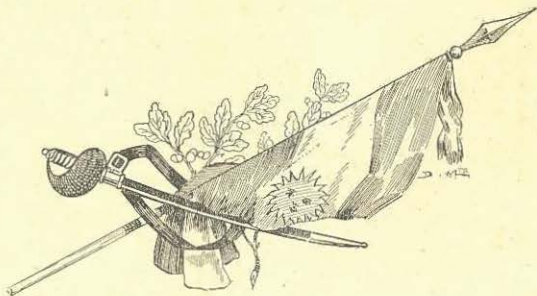
Monumento al Tambor de Tacuari.

ya no ríe el pequeñuelo,
suelta un terno varonil,
echa su alma sobre el parche
y en redobles lo hace hervir,
que es muñeca la muñeca
del Tambor de Tacuarí.

¡Libertad! ¡Independencia!
parecía repetir
a los héroes de dos pueblos,
que entendiéndole por fin,
se abrazaron como hermanos;
y se cuenta que de ahí
por América cundieron
hasta en Maipo, hasta en Junín,
los redobles inmortales
del Tambor de Tacuarí.

RAFAEL OBLIGADO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — La grandeza de la patria es para el individuo la más pura y fecunda fuente de goces; su derrota, principio de inagotables penas y hasta de físicas penurias.

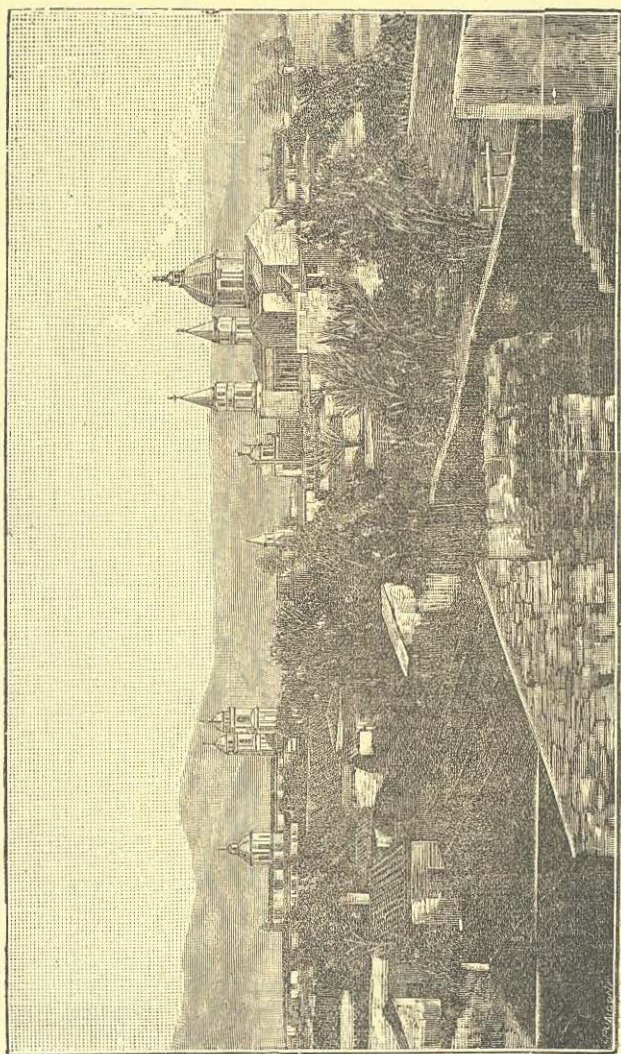


TUCUMAN



Es Tucumán un país tropical en donde la naturaleza ha hecho ostentación de sus más pomposas galas, es el Edén de América, sin rival en toda la redondez de la tierra. Imaginaos los Andes cubiertos de un manto verdinegro de vegetación colosal, dejando escapar por la orla de este vestido, doce ríos que corren a distancias iguales en dirección paralela, hasta que empiezan a inclinarse todos hacia un rumbo y forman reunidos un canal navegable que se aventura en el corazón de América. El país comprendido entre los afluentes y el canal tiene a lo más cincuenta leguas. Los bosques que encubren la superficie del país son primitivos; pero en ellos las pompas de la India están revestidas de las gracias de la Grecia.

El nogal entreteje su anchuroso ramaje con la caoba y el ébano, el cedro deja crecer a su lado el clásico laurel, que a su vez resguarda bajo su follaje el mirto consagrado a Venus, dejando todavía espacio para que alcen sus varas el nardo balsámico y la azucena de los campos.



Vista de la ciudad de Tucumán,

El odorífero cedro se ha apoderado ahí de una cenefa de terreno que interrumpe el bosque, y el rosál cierra el paso en otra con sus tupidos y espinosos mimbres.

Los troncos añosos sirven de terreno a diversas especies de musgos florecientes, y las lianas y moreras festonan, enredan y confunden esas diversas generaciones de plantas.

Sobre toda esa vegetación, que agotaría la paleta fantástica en combinaciones y riqueza de colorido, revolotean enjambres de mariposas doradas, de esmaltados picaflres, millones de loros color de esmeralda, urracas azules y tucanes anaranjados. El estrépito de esas aves vocingleras os aturde todo el día, cual si fuera el ruido de una canora catarata.

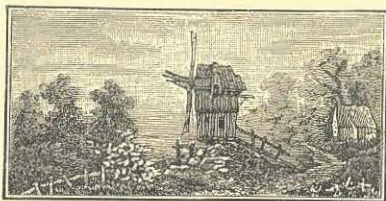
El mayor Andrews, viajero inglés que ha dedicado muchas páginas a la descripción de tantas maravillas, cuenta que salía por la mañana a extasiarse en la contemplación de aquella soberbia y brillante vegetación; que penetraba en los bosques aromáticos, y delirante, arrebatado por la enajenación que lo dominaba, se internaba en donde veía que había obscuridad, espesura, hasta que al fin regresaba a su casa, donde le hacían notar que se había desgarrado los vestidos, rasguñado y herido la cara, de la que venía a veces destilando sangre, sin que él lo hubiese sentido.

La ciudad está cercada por un bosque de muchas leguas, formado exclusivamente de naranjos dulces, acopados a determinada altura, de manera a formar una bóveda sin límites, sostenida por un millón de columnas lisas y torneadas. Los rayos de

aquel sol tórrido no han podido mirar nunca las escenas que tienen lugar sobre la alfombra de verdura que cubre la tierra bajo aquel toldo inmenso.

D. F. SARMIENTO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—El fastidio entra en el mundo por la puerta de la pereza. Los triunfos en la vida sólo pertenecen a los que estudian, trabajan y perseveran.



MODESTIA Y BELLEZA

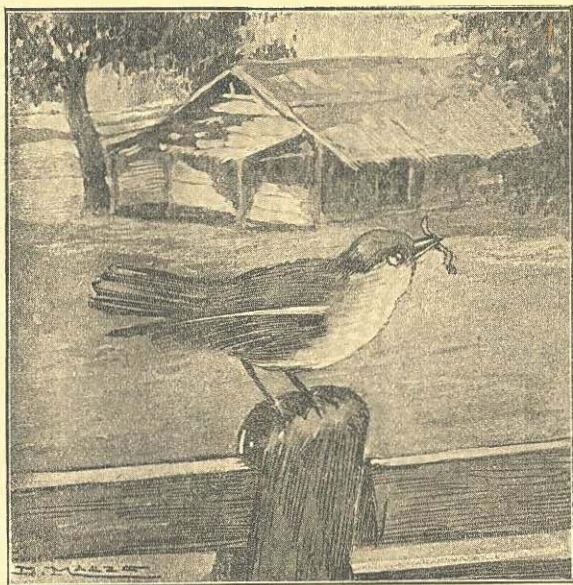
A MI HIJA

Ni perlas ni diamantes enojen tu cabeza:
Su más precioso adorno sea una linda flor.
¿Qué perla, qué diamante se iguala a la belleza?
Divina es la inocencia, divino su esplendor.
Si el mundo, hijita mía, aplaude lo que brilla,
Con sus aplausos lanza las flechas del dolor.
¡Vive en hogar tranquilo, con la virtud sencilla,
Teniendo por aureola, gracia, modestia, honor!

Aguarda y vendrá tiempo en que dirás tú misma:
Ésa era la ventura, ésa era la verdad.
¡Las ansias del orgullo, vapores de marisma,
Dan fiebre, nos enferman de insana vanidad!
Allí, junto a tu libro, allí, junto a tu piano,
Estudia el arte santo que es siempre caridad;
¡Y tú verás cuál vibra tu corazón humano,
Hijita, si allí hospedas la gracia y la bondad!

GUILLERMO MATTA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS — La modestia es el adorno que da
fuerza al mérito y lo realza.



EL NIDO DE HORNEROS

—¿Te acuerdas, Raúl, de aquel niño travieso que se entretenía en tirar piedras al nido de horneros construido en el alero del rancho? ¿Te acuerdas que una vez, en ausencia de nuestra madre, volteó el nido, del que cayeron tres polluelos casi cubiertos de plumas? ¡Pobres avecillas! ¡Cuánto debieron sufrir viendo destruido su hogar, destrozado el corazón de sus padres, muertas sus esperanzas!

¿Te acuerdas que cuando acudimos en socorro de los tiernos pajarillos, uno estaba muerto, abierta

su cabeza de una pedrada feroz?... Tenía los ojos saltados y su piquito entreabierto, como si le hubiera sorprendido la muerte llamando a su madre.

De los otros dos, uno quería volar y en su impotencia daba voces de auxilio que más parecían gritos de maldición para el verdugo que lo perseguía. El otro, asustado y aturdido, estaba en el suelo, casi inerte, sin exhalar una queja, como si esperara resignado, velada ya su pupila, la hora fatal del misterio profundo...

¿Te acuerdas que, con emoción infinita, te inclinaste y lo recogiste, dándole un beso brotado al calor de tus piadosos afectos? ¡Pobrecito! Reposando en el hueco de tu mano cerró los ojos, tal vez temiendo ver morir de pena a sus padres. ¿Recuerdas que estaban allí, revoloteando del alero al aroma, siempre en torno nuestro, rozándonos a veces con sus alas y exhalando quejas que partían el corazón?

¡Oh, sí! Sin duda todo lo recuerdas, porque eres bueno y sufriste mucho con la travesura del niño cruel.

—Muchos años han pasado desde entonces, mi querida Laura; pero el recuerdo que has evocado vive y vivirá eternamente en mi corazón. ¡Y tanto como quería nuestra madre conservar aquel nido construido en el alero de su rancho, y que ella, en su encantadora sencillez, miraba como una bendición de Dios!

—¡Pobre madre! ¡Cuánto sufrió al ver deshecho el hogar de las tiernas avecillas! ¡Con cuánto amor

acariciaba al hornerito muerto, como si hubiera querido volverlo a la existencia! Tú le alcanzaste después el otro polluelo, y ella ¿recuerdas? lo colocó en el nido, que rehizo como pudo, diciéndonos cariñosamente: — “Dejadlo ahí. No aumentéis el dolor profundo de esos padres desgraciados.”

Y luego, ella misma, con sus manos, hizo un pequeño hoyo al pie de un cardo florido y dió piadosa sepultura al pajarillo muerto.

Mientras tanto, el niño rapaz huía llevándose un polluelo.

Todos estábamos tristes y hasta el cielo parecía asociarse a nuestro dolor: escondíase el sol entre nubes plomizas anunciando la tormenta vecina.

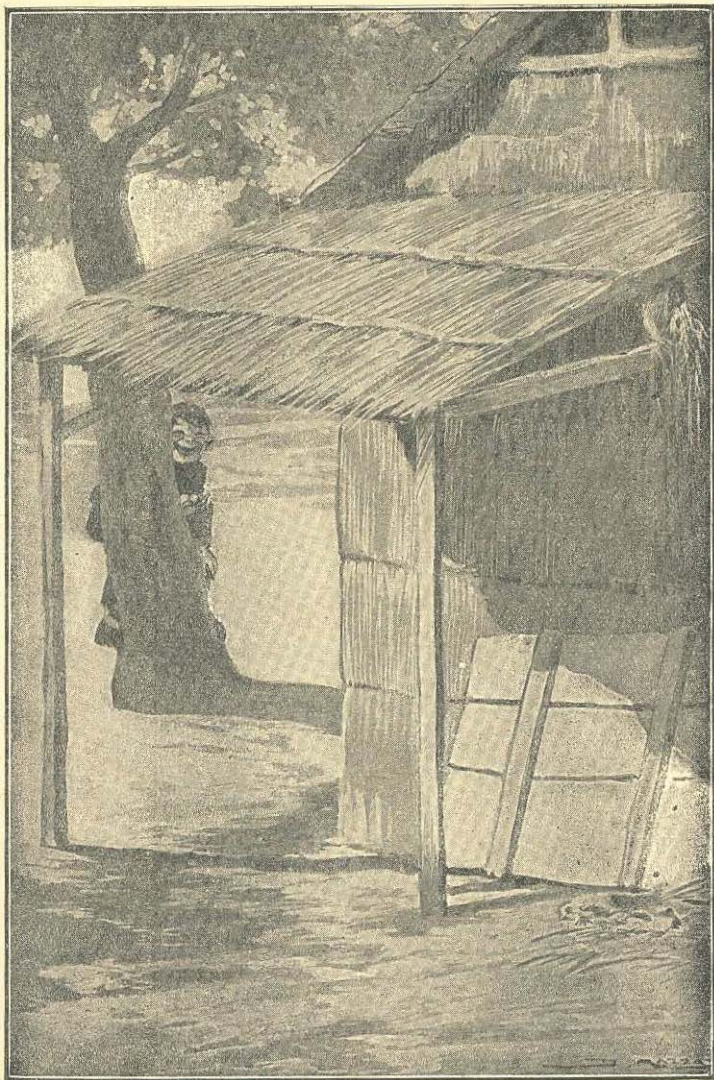
— ¡Triste noche aquélla, mi buena Laura!

— ¡Horrible! dijeras mejor. La lluvia caía copiosa, bramaba el trueno y rugía el pampero embravecido. ¡Casi deshecho quedó nuestro rancho y nuestra querida madre no pegó los ojos velando por nosotros y orando por nuestro padre ausente! ¡Hasta el nido de horneros ocupaba un lugarcito en su corazón sencillo y puro.

Pero pasó por fin la noche aciaga y con las primeras sonrisas de un sol de primavera se pobló de alegres rumores el espacio.

¿Recuerdas, Raúl, nuestra sorpresa al encontrar con vida al hornerito que había colocado en el nido nuestra madre, y junto a él, muy junto, a su hermanito, que el chico travieso se llevara?

— ¡Cómo no he de recordarlo, si aun resuena en mis oídos la risa juguetona del rapaz que, escondido tras del aroma, esperaba que fuéramos a ver el nido!



..Aun resuena en mis oídos la risa juguetona del rapaz...

—¡Y qué contenta estaba nuestra madre entonces! Aquel rasgo de un niño que, arrepentido de su falta, había restituido el polluelo a sus padres, la volvió amorosa con el verdugo de la vispera, y lo abrazó y lo besó como abrazan y besan las madres a sus propios hijos. ¿Recuerdas que el padre del niño, el buen chacarero Antonio, lloraba de emoción presenciando la escena?

—Sí, hermana mía: todo eso recuerdo, y también que el chico dejó de reír para dar salida a una lágrima, cuando al mirar el cardo florido



vió a uno de los horneros picotear las flores, como si hubiera querido alfombrar con ellas la sepultura de su hijito muerto...

J. J. B.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Los pájaros favorecen la agricultura y alegran nuestros jardines. Los niños que los aman y protegen, revelan nobles sentimientos.



PLEGARIA DEL ALBA



Soñé que allá, bajo el hogar paterno
Dormido en tu regazo, madre mía,
Sobre mi frente pálida sentía
El beso de tu amor, sublime y tierno.

Soñé que al despertar, tu dulce acento
Como un eco del cielo desprendido,
Anidaba su música en mi oído
Para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
Mis ojos ¡ay! acariciando abría;
Y al levantar los párpados, veía
El rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa
Rizó por mí tu venerable frente,
Como clara y purísima corriente
Besada por el soplo de la brisa.

¡Soñé!... más ¡ay! que al despertar del sueño
Me hallé muy lejos del hogar amado
Y tan sólo en mi espíritu grabado
¡Tu semblante purísimo y risueño!

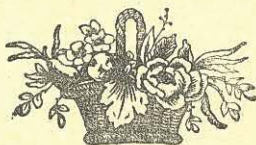
¡Ah! yo soñaba despertar contigo,
Madre de mis hermanos, madre mía,
Y me hallé, que en un páramo dormía
Bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entonces la mirada al cielo
Y besando tus flores perfumadas,
Acaso con tus lágrimas regadas,
Levanté mi plegaria de consuelo:

Feliz aquel que al despertar el día,
Aunque proscripto del hogar paterno,
Encuentra el corazón profundo y tierno
Que responda al llamarle: ¡madre mía!

RICARDO GUTIÉRREZ.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — El deber más sagrado de todos, el que con caracteres de fuego ha grabado la naturaleza en nuestra alma, es amar a los que nos dieron el ser. ¡Y cuán dulce es obedecer este precepto de amor!



LA ESCLAVITUD EN BUENOS AIRES

I

Grande era el número de negros que por aquellos años había en el país, esclavos todos¹.

Este estado entre nosotros, merece algunas observaciones.

“La esclavitud en Buenos Aires,—dice Vidal en sus *Observaciones sobre Buenos Aires y Montevideo*,—es verdadera libertad, comparada con la de otras naciones.”

Efectivamente, salvo algunas excepciones, algunos casos, raros felizmente, en que los amos (y lo que es aun peor), las amas, atormentaban más o menos a esta fracción desventurada del género humano, no han existido jamás ninguna de esas leyes atroces, ni castigos bárbaros, reputados necesarios para reprimir al esclavo.

Se les trataba, puede decirse, con verdadero cariño; siendo la excepción los casos raros que acabamos de mencionar. En fin, no hay punto de comparación entre el tratamiento nuestro y el que han recibido en muchas colonias americanas.

Antes de la época de que nosotros preferente-

¹ El autor se refiere a los primeros años de nuestra libertad.

mente nos ocupamos, Azara, en la relación que hace a este respecto, habla del trato dado a los esclavos, en términos que honran altamente el carácter español.

Estaban, sin embargo, entre nosotros, por lo general, muy mal vestidos, y un corto número cruelmente tratados. Los negros llevaban un chaquetón de bayetón, pantalón de lo mismo o *chiripá*. Andaban descalzos o con *tamangos*, especie de *ojotas* hechas de suela o de cuero crudo de animal vacuno o de carnero, envuelto antes el pie en bayeta, trapos o un pedazo de jerga.

Más adelante, solía verse (especialmente los domingos) algunos negros ataviados con los despojos de sus amos; presentando muchas veces, una figura muy ridícula; v. g.: con un sobretodo de largos falzones, una levita de talle corto cuando se usaba larga, un pantalón de un amo alto o gordo en un esclavo bajo o delgado, un sombrero de copa alta y bastón; porque eso sí, el bastón con puño de metal, jamás les faltaba en los días de gala. Algunos gastaban reloj de cobre con cadena y sellos de lo mismo. En fin, parecían monos vestidos.

Las mujeres vestían casi siempre, enaguas de bayeta, prefiriendo los colores verde, azul o punzó; rara vez usaban zapatos. Sin embargo, en casa de varias familias pudientes, se veían negras jóvenes muy bien vestidas y calzadas, sentadas en el suelo cosiendo inmediato a sus amas en el *estrado*.

II

Desde la declaración de la Independencia, la suerte de los esclavos mejoró todavía notablemente. Una de las primeras leyes que se promulgaron fué: no la abolición completa de la esclavitud, que eso, al fin, en aquella época y en la situación especial en que se encontraban los negros, más bien les habría sido perjudicial, sino estableciendo y protegiendo su seguridad individual.

Todo esclavo que no estuviese contento con su amo, podía, si encontraba comprador, ser transferido por el precio fijado por la ley, y que en realidad era módico.

Decretóse también por la *Asamblea Constituyente* en 1813, que todos los hijos de esclavos, nacidos en Buenos Aires, eran libres (libertad de vientre) y que todo esclavo de cualquiera otra parte del mundo que viniese, fuese emancipado llegando al territorio del Río de la Plata.

En 1792, la Convención francesa abolió la esclavitud, e Inglaterra a principios del pasado siglo prohibió el execrable tráfico de los negros, imponiendo severísimas penas. Con placer podemos decir que, las repúblicas sudamericanas se preocuparon mucho antes que la gran República del Norte, de la emancipación de los negros, pues que ésta recién abolió la esclavitud en 1864. El Brasil, en medio de su ilustración y cultura, por no sabemos qué aberración, la mantiene todavía¹.

¹ La esclavitud en el Brasil fué abolida recién en 1882.

Dícese que el virtuoso misionero Las Casas, con la santa intención de disminuir los sufrimientos de los indios, impuestos por la inaudita crueldad de sus conquistadores, propuso la introducción de negros en América, para reemplazar a aquéllos sometidos a la más tiránica esclavitud. Desde entonces, parece que data la esclavitud de los negros en América¹.

III

El gobierno, con la mira de secundar los propósitos de la ley que hemos citado, en cuanto fuese posible, estipuló que todo propietario de esclavos cediese de cada tres, uno, cuyo importe sería reconocido como deuda del Estado. Se resolvió que con éstos se formasen batallones, con oficialidad compuesta de hombres blancos.

En la guerra de la Independencia, en que sirvieron algunos miles de ellos, prestaron importantísimos servicios. Valientes, sufridos, obedientes, probaron ser soldados de primer orden, contándose entre la mejor tropa de los ejércitos de la patria.

Los "Libertos" decidieron más de un encuentro con los españoles.

Aquí hemos tenido varios batallones, y en Entre Ríos el general Urquiza tuvo dos, que se portaron bien en Caseros.



¹ DRIEUX. *Historia Moderna*.

Creemos que en aquella provincia existe en la actualidad, mayor número de negros que en la de Buenos Aires.

La libertad no sólo la obtenían por las medidas adoptadas por el gobierno; muchos la debieron a la generosidad de sus amos, que la concedieron en vida o dejándolos libres, al tiempo de morir. Infinidad de esclavos se *libertaban* por sus propios esfuerzos y sus amos les proporcionaban los medios de hacerlo. Por ejemplo, unos salían a trabajar a jornal que entregaban a sus amos, y éstos les adjudicaban una parte, con la cual, más o menos pronto, alcanzaban la suma requerida para obtener su libertad.

Otros tenían ciertas horas del día libres y casi toda la noche para dedicarse a trabajos en casa: lo más general era la construcción de escobas hechas de maíz de Guinea (otro ramo, hoy exclusivamente, en manos de los extranjeros) más toscamente fabricadas que las que se hacen en el día, siendo los cabos de rama de durazno, no muy bien pulidos; y de tripas de cuero y de junco. Salían a vender estos artículos en días señalados, o se les encomendaban a otros ya libres y que se dedicaban a esos negocios.

Entre los artículos de construcción contábase el *secador*, construido de arcos de madera de pipa o de varas de membrillo o durazno, semejante al *miriñaque* con que las señoras dieron en abultarse hace no muchos años. Estos *secadores*, como su nombre lo revela, servían para secar las ropas, especialmente de las criaturas, colocadas sobre un brasero.

IV

Transcribimos aquí documentos que por casualidad nos han venido a la mano, que darán una idea de los procedimientos para la venta o *traspaso* de los esclavos; están copiados *al pie de la letra*.

“Digo yo, N. N. abajo firmado, que en el año pasado de 1811 (en letras) vendí a don N. N. un mulato llamado Agustín, como de 10 a 11 años, en la cantidad de doscientos pesos que recibí, y de cuyo contrato le otorgué el documento necesario en debida forma: pero habiéndose perdido éste en las ocurrencias que sobrevinieron a la casa de aquél el año 20 próximo pasado; y siéndole de urgente necesidad a la señora viuda del expresado N. N., doña N. N., tener un papel o documento que exprese la propiedad o dominio que tiene de aquel esclavo, le doy éste en papel común, por no haber sellado, a siete de Marzo de mil ochocientos beynte y dos.

N. N.”

“Paso este documento que tengo de propiedad del mulato Agustín, a don N. N. por habérmelo comprado por noventa cabezas de ganado vacuno de año, que he recibido, y para su resguardo, como también para acreditar el contrato, le otorgo

éste a continuación en el Pergamino a 11 de Marzo de 1822.

N. N."

Pergamino, 12 de Marzo de 1822.

" Así lo otorgaron ante mí el juez de paz del partido y los testigos que suscriben.

N. N."

OTRO

" Por el presente documento declaro yo, el abajo firmado, haber vendido al señor don N. un criado, esclavo mío, llamado Mariano, con todos los vicios, nulidades y enfermedades que tuviere, en la cantidad de doscientos veynete y cinco pesos; en cuyo equitativo precio me he dispuesto a darlo por haberme asegurado, tanto el expresado don N., como el indicado criado, que el único motivo que hay para esta compra, es el que este mismo criado, dedicándose a trabajar en lo que más le acomode, y sea más conforme a su conservación, entregue mensualmente un salario de ocho pesos a dicho don N.; y lo más que pueda adquirir, será destinado para reunir un fondo con que pueda libertarse del estado de esclavitud; siendo precisa condición que desde el momento que el criado entregue al amo los doscientos veynete y cinco pesos en que ha sido vendido, dejará de contribuirle con los ocho pesos mensuales que debe exhibirle mientras sea su esclavo. Y por cuanto yo, el vendedor he sido íntegramente satisfecho de los

doscientos veynte y cinco pesos de esta venta, por tanto, cedo y traspaso al comprador todo dominio que hasta hoy me ha correspondido sobre el criado Mariano; habiendo sido testigos de este contrato los suscribientes que conmigo firman. En Buenos Ayres, hoy 5 de Julio de 1823¹.

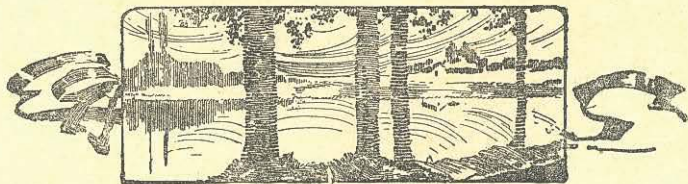
N."

Cuando los negros no estaban contentos con sus amos o se creían maltratados, solicitaban de éstos lo que llamaban *papel* de venta. Los amos, en estos casos, o cuando ellos mismos no estaban satisfechos de sus criados, les acordaban carta de venta, con la que salían a buscar nuevo amo.

JOSÉ ANTONIO WILDE.

¹ Este documento está en papel sellado.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—La justicia es el lazo sagrado de la sociedad humana.



EL AMANECER

Al través de la niebla matutina
Va apareciendo la rosada aurora,
Y con su tenue claridad colora
El mar, la vega, el bosque y la colina.

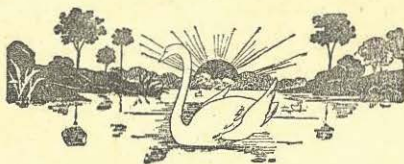
El sol, que lentamente se avecina,
Luchando con la sombra tentadora,
Aun permanece oculto, pero dora
Las cumbres y las nubes ilumina.

Canta la alondra, remontando el vuelo,
Dulces himnos de amor a la alborada;
Abre la flor su perfumado broche.

Y por la muda soledad del cielo,
Replegando su túnica estrellada,
En su negro corcel, huye la noche.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — El que tiene la conciencia tranquila halla cierto deleite en todo lo que le rodea; sólo para él es bella la naturaleza.



EL NIÑO CONTENTO CON SU SUERTE .



El joven pastorcito Marcelino conducía su rebaño por un monte, y habiéndose internado en las quebradas a buscar una de sus ovejas en un espeso bosque, encontró allí un hombre echado en los matorrales, que parecía agobiado de cansancio y que apenas podía respirar.

—Muchacho,—le dijo el desconocido,—me estoy muriendo de hambre y de sed. Ayer vine a cazar en este monte, me extravié, y he pasado aquí la noche.

Marcelino sacó de sus alforjas pan y queso fresco, y dándoselo, le dijo :

—Coma y venga conmigo ; yo le conduciré hasta una vieja encina, en cuyo tronco hay agua siempre.

Comió el cazador ; fué después con Marcelino y bebió el agua, que halló excelente ; después de lo cual, el pastorcillo le acompañó hasta la salida del monte.

—Eres un buen muchacho,—le dijo el cazador,—me has salvado la vida, pues si hubieras tardado una hora más, me hubieras encontrado muerto. Ahora deseo mostrarte mi agradecimiento: ven conmigo a la ciudad, soy rico y te trataré como si fueras mi hijo.

—No, señor,—respondió el muchacho,—no voy con usted a la ciudad, porque tengo padre y madre, que

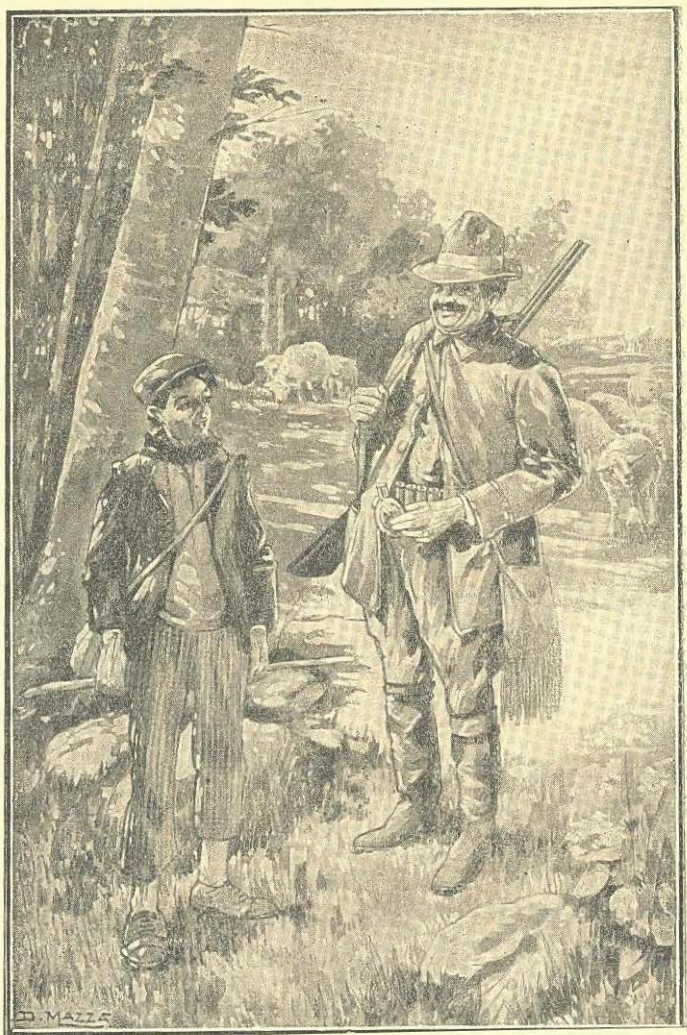
son pobres, y los quiero mucho; y ni aun por el rey mismo quisiera yo dejarlos.

—Pero tu casa es una triste choza cubierta de paja,—replicó el cazador,—y yo vivo en un palacio de mármol, rodeado de columnas magníficas. Beberás en copas de cristal, y comerás deliciosos manjares en vajillas de plata.

—Nuestra casita,—respondió el niño,—no es tan mísera como usted cree; si no está rodeada de columnas, lo está de árboles frutales y de parras. Bebemos un agua muy clara de la fuente que está al lado; nuestro trabajo nos proporciona el sencillo alimento que necesitamos, y si en nuestra casa no hay dinero, cristal ni mármoles, no nos faltan las flores.

—Ven conmigo, muchacho,—añadió el cazador,—también hay en la ciudad árboles y flores. Tengo allí un magnífico jardín, con frondosas alamedas rectas y parques llenos de plantas rarísimas; en medio del jardín hay un surtidor, del que brotan brillantes chorros de agua: tú no has visto jamás cosa parecida; el agua salta con fuerza por mil puntos, y cae formando espuma en un estanque de mármol blanco.

—En el monte somos felices,—contestó Marcelino.—La sombra de nuestros bosques es, por lo menos, tan deliciosa como la de esas magníficas alamedas; nuestros verdes prados están esmaltados de mil flores; también alrededor de nuestra casita crecen las rosas, las violetas, las azucenas y los pensamientos. ¿Cree usted que nuestras fuentes son menos bellas que los surtidores de usted? ¡Si supiera usted cómo



— Si es así, deme Vd. ese frasco..

me encanta ver salir el agua a borbotones por entre las peñas, o caer de lo alto de las colinas, para correr luego serpenteando por los floridos valles?

—¡Hijo mío, tú no sabes lo que rehusas!—dijo el cazador.—Hay en la ciudad colegios famosos en donde podrás aprender las ciencias que quieras; hay teatros en donde se recreará tu oído con el armonioso concierto de la música; hay riquísimos salones, en donde asistirás a fiestas espléndidas.

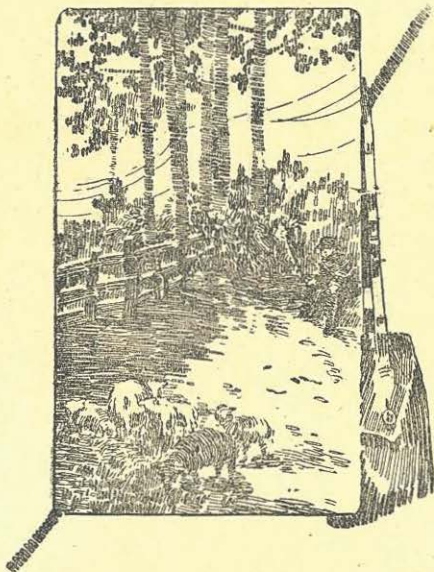
—No, no, señor,—repuso el muchacho—no iré a la ciudad. En la escuela de la aldea me enseñan todo lo que es útil y, sobre todo, el amor a Dios, a honrar a mis padres y a imitar sus virtudes. Es todo lo que necesito. ¿Acaso sus músicos cantan mejor que el ruiñeñor y el jilguero? También nosotros tenemos conciertos y fiestas. ¡Qué felices somos cuando, reunida el domingo toda la familia, nos sentamos a la sombra de los árboles, en la margen de un riachuelo que corre murmurando! Mi hermana canta y yo le acompaño con la flauta: nuestros cánticos resuenan a lo lejos, y el eco los repite; nuestros padres, dichosos al oírnos, nos contemplan con dulce sonrisa. ¡Oh, no! no iré yo a la ciudad.

Viendo el cazador que eran inútiles sus esfuerzos por llevarse al pastorcillo, le dijo:

—¿Qué te daré, entonces, para mostrarte mi agradecimiento? Toma, pues, esta bolsa llena de oro y plata.

—¿Y para qué quiero yo el dinero? Somos pobres, es verdad, pero nada nos falta; si yo acep-

tara ese dinero, me pagaría usted el servicio que le he prestado. Estaría mal hecho y mi madre me refiría, pues siempre me ha dicho que debemos socorrer a los desgraciados, pero sin interés alguno.



—Pues bien, preciso es que aceptes alguna cosa, porque si no, me causarás un sentimiento. —¿Qué quieres que te dé?

—Si es así, deme usted ese frasco que lleva a la cintura, porque me parece que hay grabados en él unos perros que persiguen a un venado.

Dióle el frasco el cazador, y el partorcillo se fué brincando de contento, como los corderos que triscan en la pradera.

TH. H. BARRAU.

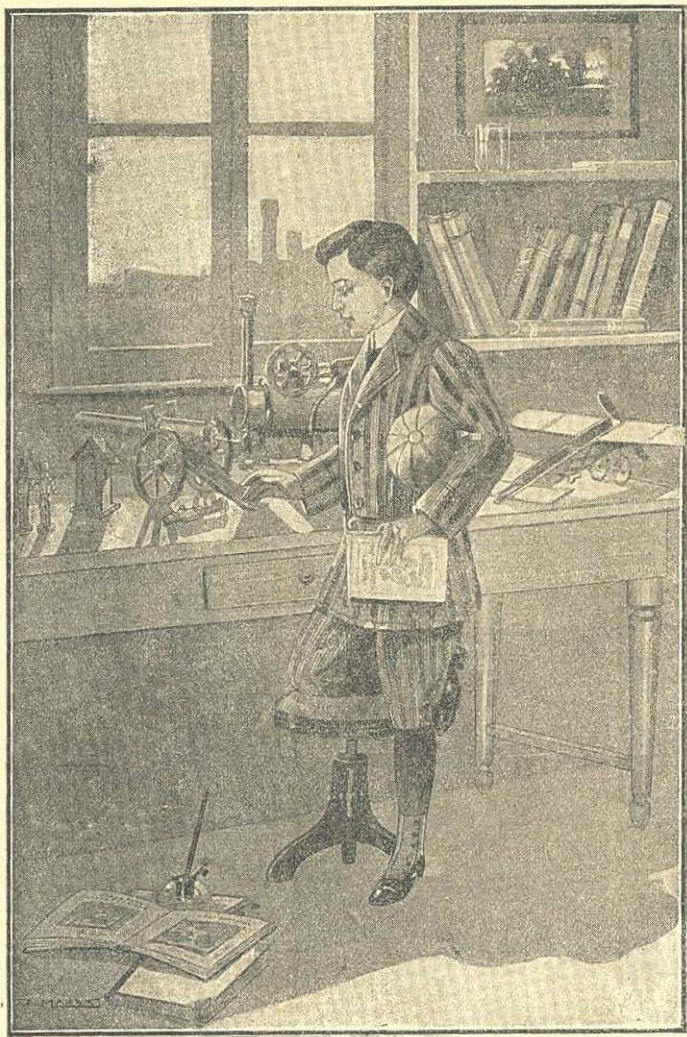
MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Si tenéis lo necesario, contentaos con ello. Ni fincas, ni palacios, ni montones de oro, pueden curar las enfermedades del cuerpo ni las del alma.

¡CÓMO ESTUDIA PEDRO!



Nada, nada, de hoy no pasa;
Estudiaré, ¡no hay remedio!
Los exámenes se acercan,
Y si sacara un *suspenso*,
Mi padre me dividía...

¿Por qué asignatura empiezo?
¿Por la *física*? ¡me carga!
¿Por la *aritmética*? menos,
Es cosa que me revienta
Eso de mixtos y enteros;
Pues la *gramática* estudio,
Pero calla, ahora recuerdo
Que se la dejé a un amigo,
Y que a verle ya no he vuelto;
Pues la *historia natural*...
¡Qué pesada! ¡qué jaleos
De tablas y descripciones
De animales y esqueletos!
¡Cuántos nombres y qué raros!
¡Cuántos nombres que no hay medio
De retener en la mente!
Y es el caso que un *suspenso*
Se lo endosan al que olvida
Que en el oído tenemos
Un *yunque*, un *lente*, un *estribo*
Y un *martillo*, y... ¡santo cielo!
¡No en balde nuestra cabeza,



Y así estudia hace seis años....

Segun me asegura el médico,
Es, aunque mal comparada,
Un baratillo completo!

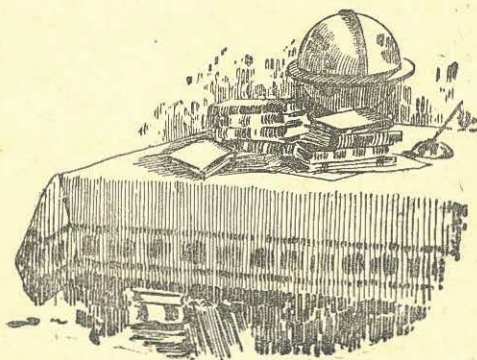
¡Pero hay que estudiar de firme!
¡Hay que estudiar, es muy cierto!..
Pero la criada llama,
Está en la mesa el almuerzo
Y se enfría... no, no,
Almorzar es lo primero;
Tomaré fuerzas, que al fin,
Para estudiar siempre hay tiempo.

.....

Y así estudia hace seis años
El mal estudiante Pedro,
Sin sacar más nota nunca
Que la nota de *¡suspenseo!*

LUIS DE VAL.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Para llegar al templo de la sabiduría no hay más que un camino, que es el estudio.



SAN LORENZO



Remontando la corriente del Paraná, el viajero divisa a la distancia dos blancas cúpulas, que en lontananza hacen la ilusión de alas de garzas que hienden el espacio; más de cerca, parecen velas de embarcaciones que se levantan sobre los bosques de las islas circunvecinas, hasta que, aproximándose a la gran cancha que lleva el nombre del fronterizo monasterio de San Lorenzo, se destacan en el horizonte su atrevida torre y su media naranja, blanqueadas, y a su inmediación un pino gigantesco, cuya forma atormentada atestigua el embate de los huracanes del tiempo.

Allí alcanzó San Martín su primer triunfo americano, y aquel pino marca el punto de partida de su gran campaña continental, cuyo teatro de operaciones fué la América Meridional, a través de los ríos, pampas, mares y montañas...

Al frente del monasterio, por la parte que mira al río, se extiende una vasta planicie horizontal, adecuada para las maniobras de la caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca acantilada, a cuyo pie se extiende la playa, media una distancia de poco más de 400 varas, lo suficiente

para dar una carga a fondo. Dos sendas sinuosas, — una sola de las cuales era practicable para infanteria formada, — establecian la comunicaci3n, como dos escaleras, entre la playa baja y la planicie superior.

Con estos conocimientos, recogidos a la luz in-



Juan Bautista Cabral.

cierta que precede al alba, San Mart3n dispuso que los granaderos saliesen del patio y se emboscasen, formados con el caballo de la brida, detr3s de los macizos claustros y tapias posteriores del convento, que enmascaraban estos movimientos; haciendo

ocupar a Escalada y sus voluntarios posiciones convenientes en el interior del edificio, a fin de proteger el atrevido avance que meditaba. Al rayar la aurora, subió por segunda vez al campanario, provisto de su antejo militar.

A las cinco de la mañana del 3 de Febrero, empezó a iluminarse el horizonte, destacándose de entre las sombras de la noche aquel pintoresco paisaje de aguas tranquilas y de resplandeciente verdura, velado de nieblas transparentes, en medio al cual el monasterio, los buques y los hombres aparecían como puntos perdidos en el horizonte. Pocos momentos después, las primeras lanchas de la expedición, cargadas de hombres armados, tomaban tierra. A las cinco y media de la mañana, subían por el camino principal dos pequeñas columnas de infantería en disposición de combate.

San Martín, bajando precipitadamente de su observatorio, encontró al pie de la escalera a Robertson, y le dirigió estas palabras: — “Ahora, en dos minutos más, estaremos sobre ellos sable en mano.” Un arrogante caballo bayo, de cola cortada al corvejón, militarmente enjaezado, se veía a pocos pasos, teniéndolo de la brida su asistente Gatica. Montó en él, apoyando apenas el pie en el estribo, y corrió a ponerse al frente de sus granaderos. Desenvainando su sable corvo, de forma morisca, con empuñadura abierta, arengó en breves y enérgicas palabras a los soldados, a quienes por la primera vez iba a conducir a la pelea, recomendándoles que no olvidasen sus lecciones, y sobre todo, que no dispararan ningún tiro, fián-

dose únicamente en sus lanzas y en sus largos sables. Después de esto, tomó en persona el mando del segundo escuadrón, y dió el del primero al capitán D. Justo Bermúdez, diciéndole: "En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos, y allí daré a usted mis ordenes."

Los enemigos habían avanzado, mientras tanto, unas 200 varas, en número como de 250 hombres, y traían al centro y un poco a vanguardia, dos piezas de artillería, marchando a paso redoblado a son de pífanos y tambores.

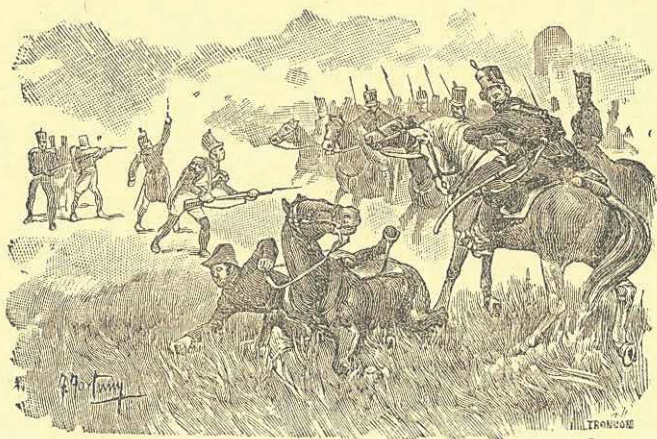
En aquel instante resonó por primera vez el clarín de guerra de los Granaderos a Caballo, que debía hacerse oír por todos los ámbitos de América, desde el Paraná hasta el pie del Pichincha. Instantáneamente salieron por las dos alas del monasterio los escuadrones, sable en mano y en aire de carga, tocando a degüello. San Martín llevaba el ataque por la izquierda, y Bermúdez por la derecha...

Las cabezas de las columnas españolas, desorganizadas por la primera carga, que fué casi simultánea, se replegaron sobre las mitades de retaguardia y rompieron un nutrido fuego sobre los agresores, recibiendo a varios de ellos en la punta de sus bayonetas.

San Martín, al frente de su escuadrón, se encontró con la columna que mandaba en persona el comandante Zavala, jefe de toda la fuerza de desembarco. Al llegar a la línea, recibió a quemarropa una descarga de fusilería y un cañonazo a metralla, que, matando su caballo, le derribó en tierra, tomándole una pierna en su caída. Trabóse a su alrededor un

combate parcial al arma blanca, recibiendo en él una ligera herida en el rostro. Un soldado español se disponía ya a atravesarlo con su bayoneta, cuando uno de sus granaderos, llamado Baigorria (puntano), lo atravesó con su lanza.

Imposibilitado de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido al fin en aquel trance, si



otro de sus soldados no hubiera venido en su auxilio, echando resueltamente pie a tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza a su jefe del caballo muerto que le oprimía, en circunstancias en que los enemigos, reanimados por Zavala a los gritos de ¡Viva el rey!, se disponían a reaccionar; y recibe en aquel acto dos heridas mortales, gritando con entereza: “¡Muero contento! ¡Hemos batido al enemigo!” Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila; era natural de Corrientes, y murió dos horas después, repitiendo las mismas palabras...

La victoria, que había tardado tres minutos en decidirse, se consumó en menos de un cuarto de hora.

Los españoles, desconcertados y deshechos por el doble y brusco ataque, se replegaron haciendo resistencia sobre el borde de la barranca, abandonando en el campo su artillería, sus muertos y sus heridos. La escuadrilla rompió entonces el fuego para proteger la retirada, y una de esas balas hirió mortalmente al capitán Bermúdez en el momento en que habiendo asumido el mando en jefe por la imposibilidad de San Martín a consecuencia de su caída, llevaba la última carga. El teniente D. Manuel Díaz Vélez, que le acompañaba, arrebatado por su entusiasmo y el ímpetu de su caballo, se despeñó de la barranca, recibiendo en la caída un balazo en la frente y dos bayonetazos en el pecho.

Estrechados sobre el borde de la barranca y sin tiempo para rehacerse, los últimos dispersos del enemigo no pudieron mantener su posición, y se lanzaron en fuga a la playa baja, precipitándose muchos de ellos por el despeñadero, por no acertar a encontrar las sendas de comunicación.

Una vez reunidos en la playa y cubiertos por la barranca como por una trinchera protegida por el fuego de sus embarcaciones, los restos escapados del sable de los granaderos consiguieron embarcarse, dejando en el campo de batalla su bandera y su abanderado, 2 cañones, 50 fusiles, 40 muertos y 14 prisioneros, llevando varios heridos, entre éstos, su propio comandate Zavala, cuya bizarra

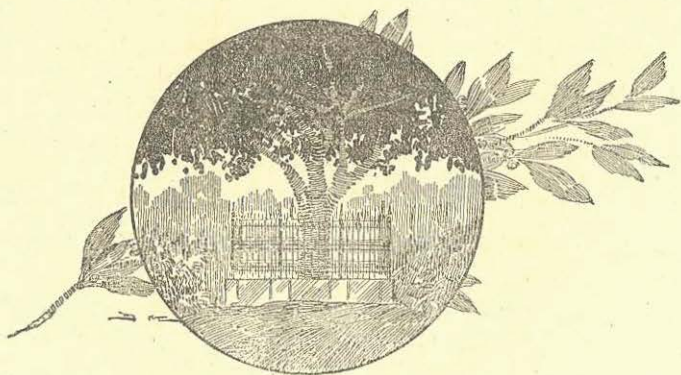
comportación no había podido impedir la derrota.

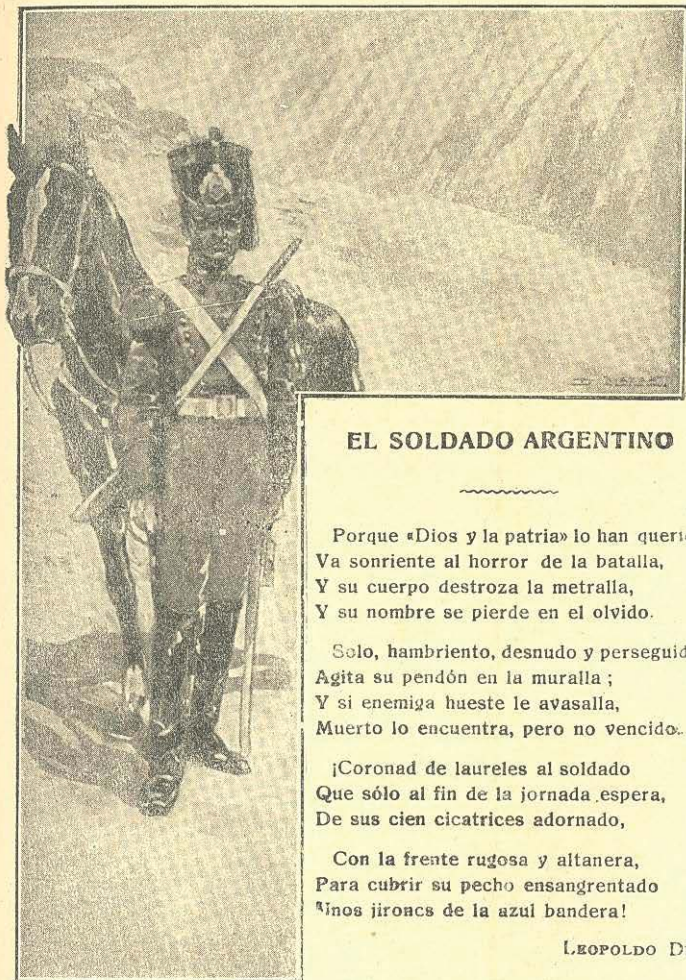
Los granaderos tuvieron 27 heridos y 15 muertos, siendo de estos últimos: dos porteños, tres puntanos, un oriental y un santiagueño, estando todas las demás Provincias Unidas representadas por algún herido, como si en aquel estrecho campo de batalla se hubiesen dado cita sus más valientes hijos para hacer acto de presencia en la vida y en la muerte...

En el huerto del convento de San Lorenzo con-sérvase aún el pino añoso, a cuya sombra, según cuenta la tradición, descansó San Martín el día 3 de Febrero de 1813, después de la jornada de aquel día, bañado en su propia sangre y cubierto con el polvo y el sudor de la victoria.

BARTOLOMÉ MITRE.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.— Derramad vuestra sangre por la patria, si ésta la necesita, pues es uno de los deberes que tenéis para con ella.





EL SOLDADO ARGENTINO

Porque «Dios y la patria» lo han querido
Va sonriente al horror de la batalla,
Y su cuerpo destroza la metralla,
Y su nombre se pierde en el olvido.

Solo, hambriento, desnudo y perseguido,
Agita su pendón en la muralla;
Y si enemiga hueste le avasalla,
Muerto lo encuentra, pero no vencido.

¡Coronad de laureles al soldado
Que sólo al fin de la jornada espera,
De sus cien cicatrices adornado,

Con la frente rugosa y altanera,
Para cubrir su pecho ensangrentado
¡Vivos jiróns de la azul bandera!

LEOPOLDO DÍAZ

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Mirad con respeto al soldado,
que lucha por las libertades de la patria.

UN CONSEJO SIEMPRE ÚTIL

En un tiempo en que todos se quejan de la escasez de metálico, será un acto de bondad indicar, a los que no tienen mucho, el medio de llenar mejor sus bolsillos. Quiero enseñarles el verdadero secreto de ganar dinero, el método infalible de llenar las bolsas vacías y de conservarlas siempre llenas.

Todo el negocio estriba en la rígida observancia de dos reglas sencillísimas.

He aquí la primera: sean la probidad y el trabajo vuestros constantes compañeros.

Segunda: gastad menos de lo que ganéis.

Observando estas reglas, vuestra bolsa vacía no tardará en empezar a henchirse, cesando los clamores de la necesidad, la persecución de los acreedores, la insoportable miseria, el hambre y la desnudez. Todo el horizonte brillará con vivísimo resplandor, y la alegría rebosará en vuestro corazón.

Apresuraos, pues, a adoptar esta regla para ser más felices. Apartad de vosotros el helado sople de tristeza, y vivid independientes. Entonces seréis hombres, y no ocultaréis vuestro rostro a la vista

del rico; no experimentaréis el disgusto de reconocer pequeños, cuando los hijos de la fortuna anden a vuestra derecha; porque la independencia, con poco o con mucho, es una suerte feliz y os coloca al nivel de los más orgullosos condecorados con el Toisón de Oro.

¡Ah! sed prudentes; sea el trabajo vuestro inseparable compañero desde por la mañana hasta el momento en que por la noche os conduzca a un apacible sueño. Que la probidad sea como el alma de vuestra alma, y no olvidéis jamás apartar un centavo después de haber satisfecho todos vuestros gastos; de este modo llegaréis al colmo de la felicidad. La independencia será vuestra coraza, vuestro escudo, vuestro casco y vuestra corona; entonces marcharéis con la cabeza erguida, sin inclinarla en presencia de ociosos cortesanos, de seres degradados o de magnates orgullosos que disfrazan su nulidad con ropajes de seda y oro; ni toleraréis ninguna especie de insulto o de afrenta, por más que brillen diamantes en la mano del insolente.

BENJAMÍN FRANKLIN.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—No hay ganancia más segura que las economías.



LECCIONES AMARGAS

EL PADRE, EL HIJO Y EL PERRO

Bramaba el viento, agitado,
cuando subían a un cerro
un padre, en su hijo apoyado,
y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
el viejo, desfallecido,
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.

Y—«marcha»,—al joven le dijo,
«no encuentres cual yo la muerte.»—
—«Pues, adiós»,—contestó el hijo,—
y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vió que, *más fiel, el alano*
quedó a morir con su dueño.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Pensad, amados niños, que
debéis amar, respetar y obedecer a vuestros padres,
pues a ellos, después de Dios, debéis la vida.

EL HIMNO

“Correspondía a la Asamblea Constituyente de 1813, dar al sentimiento nacional una expresión rítmica, en uno de aquellos arranques antiguos de la expresión revolucionaria, con el cual difundía las explosiones del alma patriótica, desde el Plata hasta el Desaguadero, arrastrando a los pueblos enardecidos con la embriaguez de las batallas y electrizados por el vértigo de la musa revolucionaria”¹.

“Favorecidas nuestras armas por la victoria, era necesario recordar al pueblo los triunfos alcanzados en ambos márgenes del Plata y en los extremos límites de la República; confortarlo en la esperanza de nuevas glorias y anatematizar al enemigo, que resistía al torrente de la opinión argentina”².

Obedeciendo a ese propósito, la Asamblea designó a dos poetas que se habían destacado como inspirados con motivo de las victorias sobre el

¹ ESTRADA. *Historia Argentina*, pág. 80, tomo II.

² JUAN MARÍA GUTIÉRREZ. Estudio sobre D. Vicente López y Planes (*Correo del Domingo*) año 1866.

ejército inglés en las invasiones de 1806 y 1807, y cuyas composiciones corrían insertas en la colección de *El Triunfo Argentino* y otras publicaciones, para que, inspirándose en las escenas del drama revolucionario y de la acción de los ejércitos libertadores, bordasen en verso el argumento de la canción nacional. A ese objeto, altamente patriótico y, por más de un concepto, difícil de realizar, porque se debía trazar en verso la descripción de la escena, el recuerdo de los triunfos hasta entonces alcanzados y el ideal del dogma revolucionario respondía la honrosa designación.

Estos dos poetas fueron el sacerdote fray José Cayetano Rodríguez y don Vicente López y Planes.

“En la sesión que realizó la Asamblea el día 11 de Mayo de 1813, se leyó la composición de López y fué declarada, por aclamación, como: “La única canción de las Provincias Unidas”. Por desgracia no se dió a la luz en *El Redactor* el acta de la sesión de aquel día y, por desgracia también, ignoramos los pormenores de las circunstancias de este acto en que los representantes del país, comprendiendo la influencia de la armonía y del estro sobre las multitudes, se constituyen jueces en un certamen poético, con el fin de añadir una fuerza más a los empeños de la Revolución.”

¡Y el *Himno* resultó! En una pobre sala, sencillamente amueblada, de una casa de adobe y techo de media agua, la señalada hoy en la calle Derú, con el número 533, cuya puerta daba a un patio de toscos ladrillos y al cual el perfume de las trepadoras, de las madreselvas, jazmines, rosas

y claveles, embalsamaban con su purísimo aroma el ambiente tibio de una serena noche de Mayo; de allí y de la mente de López, alentada por la luz y el fuego de la inspiración, surgieron a la vida las octavas del *Himno* guerrero.

Como las estrofas de Tirteo, en tiempos de la magna Grecia, llevaban a los combatientes a la lid, así también la declaración del *Himno*, arrastraría a la pelea a los ejércitos argentinos. Aquel canto guerrero de letra marcial, tenía también su lírica a la que daban brío las notas ya graves, ya fogosas, que parecían el clamor de la patria, del ritmo musical del catalán Blas Parera, cuya alma se sintió inspirada ante los éxitos de las legiones argentinas, la propaganda libertadora y acción democrática, que diseñaban los hombres y los sucesos de la Revolución. Aquel *Himno* fué, como si se dijese, el reto a muerte de la naciente nación a España.

De sus estrofas surgen las escenas de aquella acción tan movida, tan emocionante de la epopeya revolucionaria. Evoca el recuerdo de la lucha cruenta y tenaz; describe la acción del pueblo en armas, los jalones, las etapas victoriosas de los ejércitos: estalla en el grito altivo de la protesta y, al fin, levantando el vuelo de la inspiración, da la nota memorable, inscribe la inborrable exclamación luciente como la imagen del sol que remata su escudo y luce en su bandera: *Las Provincias Unidas del Sud* entre las naciones, y a la que saludan los pueblos libres de la tierra.

Ese *Himno*, que no brinda las comarcas argen-

tinias a la paz, porque éstas se ofrecen en el preámbulo de la Constitución Nacional, que, a manera de un exordio magistral, brinda la tierra donde se sancionó la Constitución a todos los hombres que quieran habitarla; ese *Himno* es guerrero, es marcial en su épica entonación.

Es guerrero y es marcial, porque fué creado en medio de las escenas emocionantes de la Revolución, que llevaba sus banderas a todas las fronteras de las Provincias Unidas. El autor, al elevarse con su numen a las regiones superiores de la inspiración, rememorando episodios, hace sonar en las cuerdas de bronce de su lira, las vibraciones más puras del patriotismo, el anhelo a la libertad y aspiración a la gloria. Por eso es que las estrofas del *Himno*, suenan como notas de clarín, tienen el redoble bélico del tambor; traen al recuerdo el eco de las dianas militares, que parece viniesen misteriosamente en alas de los vientos, a decirnos de marchas triunfales, de bayonetas resplandecientes a la luz de la victoria, allá en el lejano Norte, en las faldas de la cordillera, en la cumbre de la meseta boliviana, ante los muros de Montevideo: desde Suipacha hasta Tucumán y Salta¹.

¹ De la obra *Soberana Asamblea Constituyente de 1813*.

CARLOS M. URIEN.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Las ofrendas del trabajo y la virtud embellecen el altar de la patria.

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

CORO

*Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.*

Oid, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
¡Oid el ruido de rotas cadenas!...
Ved en trono a la noble Igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación,
Coronada su sien de laureles
Y a sus plantas rendido un León.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
La grandeza se anida en sus pechos;
A su marcha todo hace temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
De la Patria su antiguo esplendor.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor:
Todo el país se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel;
Su estandarte sangriento levantan,
Provocando a la lid más cruel.

¿No los veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz,
Y cuál lloran, bañados en sangre,
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto, llantos y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

A vosotros se atreve, argentinos,
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A esos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

¡El valiente argentino a las armas
Corre ardiendo con brío y valor!
El clarín de la guerra, cual trueno,
En los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone a la frente
De los pueblos de la ínclita Unión,

Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo León.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen;
«Aquí, el brazo argentino triunfó:
Aquí, el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.»

La Victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió,
Y azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió.
Sus banderas, sus armas, se rinden
Por trofeos a la libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando
Les repite: «¡Mortales, oid!
Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud.»
Y los libres del mundo responden:
¡AL GRAN PUEBLO ARGENTINO, SALUD!

VICENTE LÓPEZ Y PLANES.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Cuando oigáis ejecutar el Himno
de la patria, quitaos el sombrero en señal de respeto.

MEDIO

PARA HACER PROGRESOS EN LA VIRTUD

En mi juventud concebí el difícil proyecto de alcanzar la perfección moral. Deseaba preservarme de todas las faltas a que pudiera inducirme una inclinación natural, la costumbre o la sociedad, y ensayé con este fin la práctica siguiente: reuní bajo el nombre de virtudes todo cuanto se me presentó como necesario o deseable, poniendo a cada nombre un corto precepto que expresaba la extensión que daba yo a su significado.

He aquí los nombres de las virtudes con sus preceptos:

1. *Templanza*.—No comáis hasta el punto de empacharos, ni bebáis hasta trastornaros.

2. *Silencio*.—No digáis más que lo que pueda servir a los demás y a vosotros mismos, y evitad las conversaciones superfluas.

3. *Orden*.—Poned en vuestra casa cada cosa en su lugar y haced los negocios a su tiempo.

4. *Resolución*.—Tomad la de hacer lo que debéis, y no dejéis de hacer lo que hayáis resuelto.

5. *Economía*.—No hagáis gastos más que en

provecho ajeno o en el vuestro propio; es decir, no malgastéis ni disipéis.

6. *Trabajo*. — No perdáis el tiempo; ocupaos siempre en algo útil y absteneos de toda acción que no sea necesaria.

7. *Sinceridad*. — No andéis nunca con rodeos; pensad con inocencia y justicia, y hablad como pensáis.

8. *Justicia*. — No perjudiquéis nunca a nadie, sea haciéndole daño o descuidando de hacerle el bien que estáis obligados a hacerle.

9. *Moderación*. — Evitad los extremos. Guardaos bien de resentiros de los agravios tan vivamente como parecen merecerlo.

10. *Limpieza*. — No toleréis ningún desaseo en vuestro cuerpo, ni en vuestros vestidos, ni en vuestra casa.

11. *Tranquilidad*. No os incomodéis por bagatelas, ni por lances ordinarios o inevitables.

12. *Humildad*. — Imitad a Jesús.

Como mi objeto era el de contraer la costumbre de todas estas virtudes, resolví dedicarme particularmente a una de ellas durante una semana, sin descuidar por eso las demás.

Para lograrlo, hice una libreta de doce páginas, cada una de las cuales llevaba al frente el nombre de estas virtudes, y las marqué con tinta encarnada, dividiéndolas en siete columnas, una para cada día de la semana, señalando los días; tracé luego doce líneas transversales, escribiendo al principio de cada una, en abreviatura, el nombre de

una de las doce virtudes; en esta línea y en la columna del día, marcaba con un tilde todas las faltas que, en mi examen de conciencia, reconocía haber cometido.

De este modo podía hacer un curso completo en doce semanas y empezarlo de nuevo cuatro veces al año. Así como un hombre que, queriendo limpiar un jardín, no trata de arrancar de una vez todas las malas hierbas, lo cual sería superior a sus fuerzas, sino que empieza por uno de sus arriates y no pasa a otro hasta que lo deja limpio, así también esperaba yo disfrutar del lisonjero placer de ver grabados en mis páginas los progresos que iba haciendo en la virtud gracias a la disminución sucesiva del número de faltas, hasta que, por fin, al cabo de haber vuelto a empezar muchas veces, tuviera la dicha de ver ilesa a mi libreta, después de un examen diario durante doce semanas.

Me puse, pues, a ejecutar este plan, y quedé asombrado al hallarme lleno de más defectos de lo que creía; pero tuve la satisfacción de ver cómo iban disminuyendo.

Acaso sea útil que mis descendientes sepan que uno de sus antepasados debió a este medio, y a la gracia de Dios, la felicidad de toda su vida, hasta la edad de setenta años, época en que escribió estas páginas.

BENJAMÍN FRANKLIN.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — No dejéis para mañana lo que podáis hacer hoy.



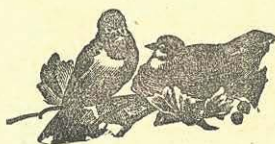
LECCIÓN INFANTIL.

— ¡Papá! ¡Papá! — decía
la tierna Rosa, del jardín volviendo —
la jaula que guardaste el otro día
no seguirá vacía,
porque he logrado el nido que estás viendo.
¡Mira qué pajaritos tan pintados!
En esa jaula les pondré su nido.
Prodigaré solícitos cuidados
a los que aprisionar he conseguido;
y les daré en constantes ocasiones,
migas de pan, alpiste y cañamones.

Luego la jaula pintaré por fuera
y mandaré que doren su alambreira.
Pero... ¿en qué estás pensando?
¿No me escuchas, papá? ¡Te estoy hablando!
—Sí, querida hija mía,
pensaba, al escuchar esa querella,
que en la cárcel me han dicho que hay vacía
una celda muy bella,
y que te pienso trasladar a ella.
Como el reglamento allí es algo fuerte,
ni tu mamá ni yo podremos verte;
pero te mandaremos cien brocados
que aumenten tu hermosura,
y haré dorar cerrojos y candados,
y de bronce pondré la cerradura.
Pero... ¡cómo! ¿Llorando estás por eso?
—Ya no lloro, papá; te he comprendido;
corro a llevar al árbol este nido,
y... ¡vuelvo por un beso!...

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—La caridad y la bondad se parecen a esas plantas que florecen en todos los climas y en todos los países, y siempre son útiles y fecundas.



UNA ANÉCDOTA

DE LA VIDA DE MIGUEL ANGEL

Miguel Ángel se paseaba triste y meditabundo por los jardines de San Marcos. Rebullían en su imaginación mil ideas colosales, mil proyectos gigantescos, que algún día habían de ser la admiración del mundo. Diferentes artistas del gran Médicis, del Médicis protector nato de los artistas, trabajaban en aquellos anchos y espaciosos jardines. Algunos conocieron a Miguel Ángel y le ofrecieron un pedazo de mármol. Por toda respuesta, el futuro artista empuñó el cincel, arrojó su blusa y empezó a transformar el mármol en una cabeza de fauno.

Al día siguiente volvió a concluir su obra, mientras que un hombre de unos cuarenta años, vestido negligentemente, estaba de pie junto a él y le miraba trabajar en silencio. Miguel Ángel trabajaba con ardor y hacía tanto caso de aquel personaje, como del polvo que el martillo levantaba. Concluido su fauno, el joven se hizo atrás, como acostumbran los artistas, para mejor juzgar del efecto de su obra,

y pareció quedar muy satisfecho. Allí le esperaba el mudo testigo de su escena. Avanzó lentamente, y poniendo su mano sobre la espalda del joven escultor:

—Amigo mío,—le dijo con ligera sonrisa,—si me lo permitieseis, os haría una observación.

Miguel Ángel se volvió bruscamente hacia él, con aquel aire burlesco e insolente que tomaría un pilluelo en nuestros días ante un ciudadano.

—¿Una observación? ¿Vos?

Estas tres palabras fueron pronunciadas con gran lentitud.

—Una crítica, si la estimáis en más.

—¿De la cabeza de mi fauno?

—De la cabeza de vuestro fauno.

—¿Y quién decidirá entre vos y yo sobre el que tenga razón?

—Os dejo decidir a vos mismo.

—Vamos a ver, caballero, podéis hablar.

Esto lo dijo Miguel Ángel cruzando los brazos sobre el pecho con profundo desprecio.

—Vuestra intención ¿no ha sido la de crear un viejo fauno que ríe a carcajadas?

—Sin duda alguna. Eso se comprende fácilmente.

—Pues bien,—añadió el crítico riendo,—¿dónde habéis visto viejos que tengan todos los dientes en su boca?

El joven se sonrojó y se mordió los labios con despecho. La crítica era justa. Esperó a que el desconocido le volviera la espalda, y entonces de un solo golpe arrancó dos dientes a su fauno. Para hacer más completa la ilusión quiso ahondar sus

encias; pero como no tenía allí instrumentos para trabajar el mármol, dejó para el día siguiente la conclusión de su obra.

A la mañana siguiente, así que se abrió el jardín, Miguel Ángel estaba en su puesto, pero el fauno había desaparecido. En su lugar, sólo encontró al desconocido del día anterior.

—¿Dónde está mi fauno?—preguntó el escultor.

—Lo han sacado de aquí por orden mía, respondió el otro con su acostumbrada calma.

—¿Y quién sois vos, caballero, para dar órdenes en los jardines de Médicis?

—Seguidme y lo sabréis.

—Os seguiré, pero será para obligaros a devolverme mi fauno.

—Quizás estaréis contentísimo del lugar en que se halla.

—Lo veremos.

El desconocido tomó el camino del palacio, siempre con la misma calma, y se disponía a subir la escalera, cuando el joven le cogió por el brazo con aire colérico.

—¿Dónde vais, caballero? ¿Creéis que así se llega a los aposentos del príncipe? En sus jardines puede pasar, porque él mismo lo permite; pero aquí nos mandaría arrojar a la calle.

Él, sin contestarle, atravesó la antecámara. Todos los que en ella estaban se levantaron, abriéndole paso y saludándole con sumo respeto.

Miguel Ángel empezó a inquietarse.

—¿Será, tal vez, un empleado de palacio?—se decía un poco turbado por su aventura.—En este

caso, he hecho mal en hablarle con tal aspereza. ¿Pero, acaso, no es mi fauno? Yo le obligaré a que me lo devuelva, y me lo devolverá. Lo único que puede pedirme es que le pague el mármol.

El desconocido, seguido siempre de Miguel Ángel, atravesó las galerías y los salones sin que nadie le impidiese el paso.

—¡Diablo!—dijo Miguel Ángel,—¿si será el secretario del príncipe a quien he tratado con tan poca cortesía? ¡Buena la hemos hecho!

El desconocido entró, por fin, en un gabinete regiamente amueblado con cuadros y objetos de valor inmenso e incalculable.

El joven escultor se quedó en el dintel de la puerta, turbado y creyéndose del todo perdido: acababa de ofender a un personaje muy poderoso sin duda, cuando entraba en el aposento de Médicis el Magnífico, sin hacerse anunciar. Quiso murmurar una excusa y, levantando los ojos, vió su viejo fauno sobre un rico pedestal.

—Ya ves, amigo mío,—le dijo aquel hombre misterioso, siempre con la misma dulzura,—que si he mandado quitar tu obra del jardín, ha sido para colocarla en el lugar que le corresponde.

—Pero, ¡Dios mío!—exclamó el artista,—¿que dirá el príncipe al hallar ese desordenado trabajo en medio de tantas obras preciosas?

—El príncipe te tiende su mano, amigo mío. Ven a estrecharla.

Otro hubiera caído de rodillas. Miguel Ángel, llorando de felicidad, inclinó la cabeza y apretó cor-

dialmente la mano que el gran duque de Médicis acababa de alargarle.

ALEJANDRO DUMAS.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Nada tan hermoso como la humildad. Sed estatuas y todo el mundo tratará de derribaros ; sed mármoles escondidos en la cantera, y todo el mundo deseará veros trocados en estatuas



LA CARIDAD

Cerca de la media noche,
en una calle desierta,
sin un rayo de esperanza.
bajo un cielo sin estrellas,
entre el zumbido del viento
y el bramar de la tormenta,
una niña de trece años,
cándida, inocente, bella,
sin ropas que en tal momento
bien abrirla pudieran,
teniendo en tan triste noche,
y efecto de la miseria,
sobre la desnuda espalda
la mojada cabellera,
lloraba pidiendo amparo
en el umbral de una puerta.

—¡Abridme, por Dios!— decía
con una expresión tan tierna,
que revelaba en su acento
la amargura de su pena.

—Abridme, que tengo miedo.
Mirad que la lluvia arrecia
y sopla el viento muy fuerte
y está la noche muy negra.
Abridme, no consintáis
Que desamparada muera.

—¿Quién eres?— pregunta entonces
por dentro una voz hueca;—
y la niña, sollozando
en medio de su tristeza,

calma un instante su llanto
y — ¡ Una huérfana ! — contesta.

A pocos momentos vióse
que abrieron aquella puerta
donde la niña lloraba
alzando sus tristes quejas.
Las gentes que allí vivían,
trabajadoras y buenas,
al recibir a la niña,
y al encontrarla tan bella,
le dieron su protección,
sin consentir que volviera
a pedir auxilio alguno
llorando de puerta en puerta.

¡ Qué dulce es la caridad !
Benditas gentes, aquellas
que calman con sus afanes
el rigor de la miseria;
que le dan un lecho al pobre
para que abrigarse pueda
de pasar desamparado
noches que le son eternas.

Benditos aquellos seres
que a los huérfanos consuelan,
cuando llaman a sus puertas,
salvándolos del abismo
a que su estado los lleva.

*Tiene el progreso social
a la caridad por lema,
y son los que la practican
gloria y honor de la tierra.*

JUAN DE DIOS PEZA

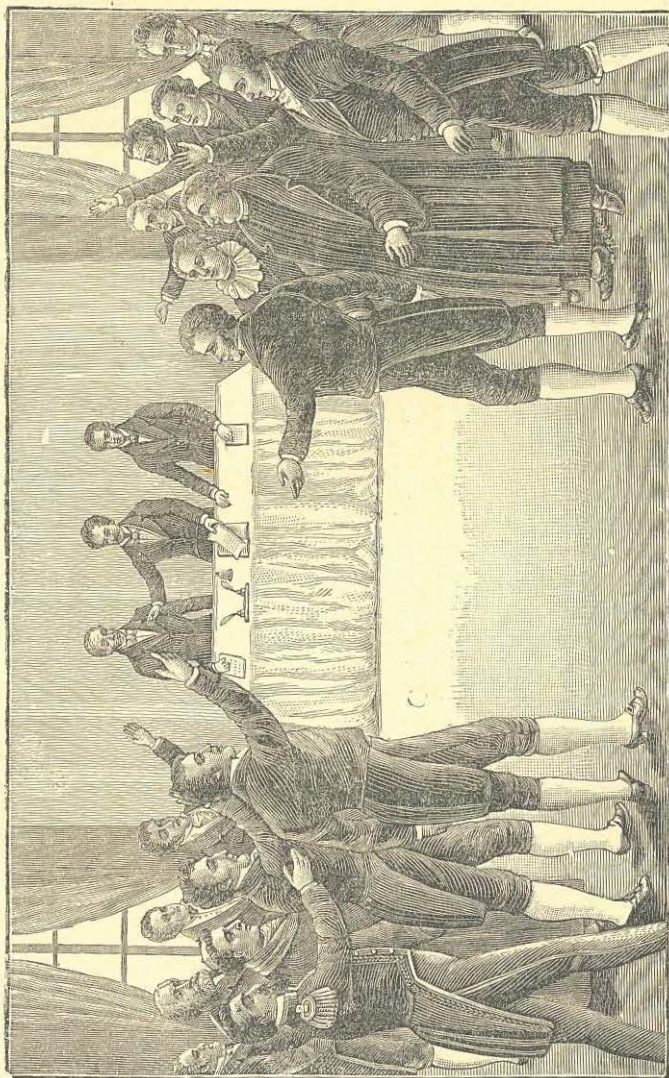
MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Amaos los unos a los otros.

ACTA DE LA EMANCIPACIÓN

DE LAS

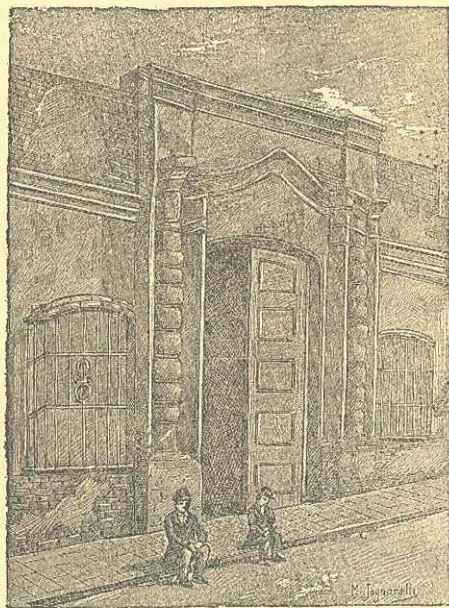
PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA

En la benemérita y muy digna ciudad de San Miguel del Tucumán, a nueve días del mes de Julio de 1816, terminada la sesión ordinaria, el Congreso de las Provincias Unidas continuó sus anteriores discursos sobre el grande y augusto objeto de la independencia de los pueblos que lo forman. Era universal, constante y decidido el clamor del territorio entero por su emancipación solemne del poder despótico de los reyes de España; los representantes, sin embargo, consagraron a tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la rectitud de sus intenciones e interés que demanda la sanción de la suerte suya, pueblos representados y posteridad. A su término fueron preguntados: si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli. Aclamaron primero llenos del santo ardor de la justicia y uno a uno reiteraron sucesivamente su unánime y espontáneo decidido voto por la independencia del país, fijando en su virtud la determinación siguiente:



Congreso de Tucumán.

Nos, los representantes de las Provincias Unidas en Sud América, reunidos en Congreso General, invocando al Eterno que preside al Universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, a las naciones y hombres todos del globo la justicia que regla



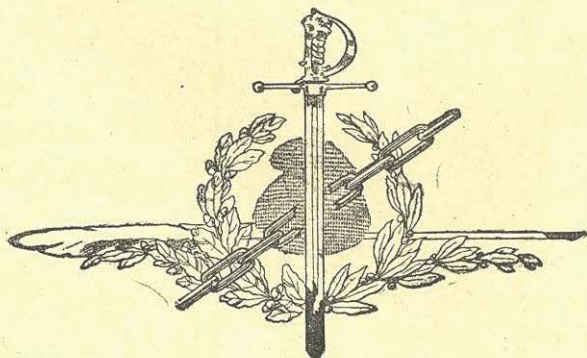
Casa en que se celebró el Congreso.

nuestros votos: declaramos solemnemente a la faz de la Tierra que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas e investirse del alto carácter de una nación libre e inde-

pendiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli y de toda otra dominación extranjera; quedan, en consecuencia, de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia e impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta su voluntad, bajo del seguro y garantías de sus vidas, haberes y fama. Comuníquese a quienes corresponda para su publicación, y en obsequio del respeto que se debe a las naciones, detállense en un manifiesto los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración. Dada en la sala de sesiones, firmada de nuestra mano, sellada con el sello del Congreso y refrendada por nuestros diputados secretarios.—*Francisco Narciso de Laprida*, diputado por San Juan, presidente; *Mariano Boedo*, vicepresidente, diputado por Salta; *Dr. Antonio Sáenz*, diputado por Buenos Aires; *doctor José Darregueira*, diputado por Buenos Aires; *Fr. Cayetano José Rodríguez*, diputado por Buenos Aires; *Dr. Pedro Medrano*, diputado por Buenos Aires; *Manuel Antonio Acevedo*, diputado por Catamarca; *Dr. José Ignacio de Gorriti*, diputado por Salta; *Dr. José Andrés Pacheco de Melo*, diputado por Chichas; *Dr. Teodoro Sánchez de Bustamante*, diputado por la ciudad de Jujúy y su territorio; *Eduardo Pérez Bulnes*, diputado por Córdoba; *Tomás Godoy Cruz*, diputado por Mendoza; *doctor Pedro Miguel Aráoz*, diputado por la capital del Tucumán; *Dr. Esteban Agustín Gazcón*, diputado

por la provincia de Buenos Aires; *Pedro Francisco de Uriarte*, diputado por Santiago del Estero; *Pedro León Gallo*, diputado por Santiago del Estero; *Pedro Ignacio Rivera*, diputado por Mizque; *Mariano Sánchez de Loria*, diputado por Charcas; *Dr. José Severo Malavia*, diputado por Charcas; *Dr. Pedro Ignacio de Castro Barros*, diputado por Córdoba; *Dr. José Colombres*, diputado por Catamarca; *Dr. José Ignacio Thames*, diputado por Tucumán; *Fr. Justo de Santa María de Oro*, diputado por San Juan; *José Antonio Cabrera*, diputado por Córdoba; *doctor Juan Agustín Maza*, diputado por Mendoza; *Tomás Manuel de Anchorena*, diputado por Buenos Aires; *Juan José Paso*, diputado por Buenos Aires, secretario; *José Mariano Serrano*, diputado por Charcas, secretario.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Inspiraos en el patriotismo de los hombres cuyos nombres acabáis de leer, y seréis una esperanza para la patria.



LA INDEPENDENCIA

1816

A LA MUNICIPALIDAD DE BUENOS AIRES

SONETO

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
La derrota doquier: nuestros campeones,
Que en la tremenda lid fueron leones,
Ven ya frustrado su arrogante anhelo

América contempla en torvo vuelo
La bandera de Mayo hecha jirones.
El enemigo avanza: sus legiones
Cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la patria, irguiéndose entre ruinas,
¡Atrás! prorrumpe; libre se proclama;
Rompe el vil yugo con potente brazo.

Y, triunfantes, las armas argentinas
Llevan la libertad, su honor, su fama,
Desde el soberbio Plata al Chimborazo.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Cuando vuestra patria os llame, no
dejéis de presentaros; pues ¿sois o no ciudadanos?

DOS PATRICIAS ARGENTINAS

MARÍA SÁNCHEZ DE THOMPSON



Larga y útil fué la existencia de la dama que acompañó con brillo a tres generaciones argentinas.

Hija de D. Cecilio Sánchez de Velasco, miembro del Consulado, regidor y alcalde ordinario y de doña María Magdalena Trillo, nació en esta ciudad el 1.º de Noviembre de 1786, la que había de ser la más famosa de las mujeres de su siglo en nuestro país. Casada en 27 de Junio de 1805 con el alférez de fragata de la real armada, D. Martín Jacobo Thompson, uno de los primeros patriotas de la Revolución que sirvió en sus ejércitos y en puestos públicos de confianza, su esposa, inteligente y entusiasta, se hizo notar desde los albores de la regeneración política y social y fué de las que contribuyó con su óbolo (tres onzas de oro) para armar la expedición libertadora del año 1810.

La tradición le señala como secretaria de la reunión del 29 de Mayo de 1812, y sus manifestaciones posteriores de intelectualidad y labor afirman esa creencia.

Viuda en 1816, contrajo segundo matrimonio con Washington Mandeville, cónsul francés, acreditado en este país.

Fué fundadora de la Sociedad de Beneficencia en 1823, su presidenta en varios períodos, y secretaria en 1826 y 1857.

Inspectora de los hospitales de mujeres, de las casas de expósitos y dementes, fundadora de lazaretos, de la primera escuela normal, de las de niñas en la campaña, su acción tan desinteresada como eficaz, se desenvolvía en iniciativas de progreso, en alocuciones oportunas, en la redacción de notas e informes que merecían el aplauso de los hombres competentes de su época, y en viajes penosos para llevar su impulso civilizador a las más retiradas comarcas.

Así no era un elogio cuando sobre su tumba expresó el inspector de escuelas, que ellas se habían enlutado al circular la noticia de su fallecimiento, porque su ausencia las dejaba en la orfandad, agregando que los "que siguen las huellas de sus pasos riegan con sus lágrimas la tierra que va a cubrir sus mortales despojos, porque pierden en ella la historia, la tradición y el consejo de la escuela argentina."

Es proverbial su lucidez, su cultura, el buen tono que se respiraba en sus salones, en "que hablaba de la patria con la voz entusiasta de los tiempos pasados, de los días magnos en que el corazón de los hombres no abrigaba otra aspiración que la libertad de la República".

Doña Mariquita Thompson, como popularmente

se la llamaba, murió a los 82 años de edad, el 23 de Octubre de 1868.

Al ser depositados sus restos, el Sr. José Tomás Guido fué uno de los que se hizo eco del dolor general en un discurso cuyo mejor concepto dice así: "Una imaginación viva y abierta a todas las impresiones de lo bello y lo bueno, una indulgencia inagotable, y una urbanidad exquisita daban a su trato, a sus confidencias, a sus cartas, un encanto que constituía un amable imperio ejercido siempre para la virtud."

REMEDIOS ESCALADA DE SAN MARTÍN



¿Qué argentino ignora que el más grande hombre de su patria fué José de San Martín?

En cambio, son pocos los que saben quién era su esposa, la digna matrona que con su enlace contribuyó a los hechos y al lustre del general de los Andes.

María de los Remedios Escalada, nació en Buenos Aires el 20 de Noviembre de 1797, y era hija del canciller de la Real Audiencia, D. Antonio José de Escalada y de D.^a Tomasa de la Quintana.

Creció entre los goces y caricias del hogar, donde fué siempre la más distinguida por su carácter y sus bellas condiciones.

Cuenta la tradición, que su padre la mimaba de tal modo, que no vivía sino consagrado a su

educación, tratando de agradarle hasta en sus caprichos.

Tenía 14 años cuando arribó a nuestras playas, tras larga ausencia, el comandante San Martín, y como la casa de los Escalada era un centro de los patriotas de la Revolución, fué de los concurrentes a ella, desde que manifestó sus intenciones de servir a la causa de la Independencia.

El después famoso adalid, llegó pobre y sin relaciones; no traía más que su buena foja de servicios en España y el anhelo de ser útil a su patria.

El viejo Escalada, quizá entrevió en aquel soldado, la pasta de un gran general, y no tuvo inconveniente en aceptar los galanteos a su hija, a pesar de la diferencia de edad entre ambos, que era casi de veinte años. Ella, niña, no muy alta, delgada y de poca salud; él, de edad proveya, estatura atlética, robusto y fuerte como un roble.

Los Escalada necesitaban un militar en su círculo, y ninguno mejor para ser incorporado que este veterano valiente y pundonoroso.

San Martín, vinculándose a esa familia, conquistaba posición y atraía a sus filas un cuadro de oficiales que, como sus hermanos políticos Manuel y Mariano y sus amigos los Necochea, M. J. Soler, Pacheco, Lavalle, los Olavarria, los Olazábal y otros, daban brillo y harían honor al regimiento que empezaba a formar.

El matrimonio se efectuó privadamente, el 12 de Noviembre de 1812, y fueron testigos "entre otros—dice la partida original—el sargento mayor de "gra-

naderos a caballo", D. Carlos de Alvear y su esposa Carmen Quintanilla."

No habían pasado tres meses de esta ceremonia, cuando el teniente coronel San Martín tuvo ocasión de recoger el primer laurel de sus triunfos, junto al convento de San Lorenzo, y desde entonces, acentuada su fisonomía militar y su importancia para la guerra, comenzó la vida pública que terminaría simultáneamente con los días de su esposa.

San Martín marchó al ejército auxiliar del Alto Perú, lo dejó por enfermedad, y cuando nombrado gobernador-intendente de Cuyo, debió trasladarse a Mendoza, pidió a su esposa que fuese a su lado.

Apenas llegó a la capital de Cuyo, Remedios fue saludada y agasajada por aquella sociedad y se hizo querer tanto que aun no se han olvidado las simpatías que inspiró en ella.

Su casa era alegre, hospitalaria; allí concurrían los oficiales, amigos del pueblo natal y los jóvenes de la localidad que se agregaron, Palma, Díaz, Correa de Saá, los Zuloaga y Corvalán, que unidos a los anteriores, cruzaron los Andes y se pasearon vencedores y aplaudidos en la ciudad de los Reyes.

Cuando el ejército marchó, en Enero de 1817, el general en jefe también dejó el hogar, y éste, desde entonces, no le vio sino de paso, antes o después de sus victorias.

Un día del año 1819, San Martín manifestó a su esposa que convenía regresase al lado de sus padres, y ella, tan tierna hija como obediente consorte, así lo hizo, llevando muy pequeña a la que des-

pués fué la señora de nuestro ministro en Francia, don Mariano Balcarce.

Vivió en Buenos Aires, en casa de sus padres, esperando siempre la vuelta anunciada de su esposo.

Estaba abatida y enferma, y la muerte de su padre agravó su malestar en 1822.

Los médicos aconsejaron que saliera al campo, y fué con toda la familia a la quinta, donde falleció, el 3 de Agosto de 1823.

“Murió como una santa—nos decía una de las sobrinas, que rodeó su lecho en los últimos instantes—pensando en San Martín, que no tardó en llegar algunos meses después, con amargura en el corazón y un desencanto y melancolía que no le abandonaron jamás.”

En el cementerio de la Recoleta, hay un pequeño monumento de mármol que hizo levantar su esposo, en 1824, y que dice: *Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín*, y cubre los restos de la que fué digna hija, virtuosa esposa, madre amantísima, patricia esclarecida y mujer merecedora del respeto general.

ADOLFO P. CARRANZA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Pensad en la patria y procurad contribuir a su mayor engrandecimiento con el estudio, el trabajo y la virtud.

LO QUE VALE EN LA VIDA



¿De qué sirve locamente
mil tesoros ostentar?
¿De qué el poder absoluto,
ni la corte de un sultán?
¿De qué los vanos placeres,
las glorias que el mundo da?
¿De qué títulos o grados?...
— *Lo que vale es la bondad.*

Otro corra presuroso,
buscando el mentido bien
del mundo en las falsedades,
del vicio en la insensatez.

Con la vergüenza reñido
y con el trabajo esté;
mas el prudente repita:
— *Lo que vale es el deber.*

El soberbio se impacienta
cuando no logra su fin;
el malo se queja y rabia
porque se juzga infeliz.

El hombre moral y justo
con firmeza varonil,
en el infortunio exclama;
— *Lo que vale es el sufrir.*

Aunque le ofrezcan un mundo
porque haga al deber traición,
el que es honrado y es bueno
y cumple la ley de Dios,
antes muere, que perjuro
ser al lema que ostentó,
y muere alegre, diciendo:
—*Lo que vale es el honor.*

Gloria, poder, hermosura...
polvo sois; menos aun:
los jardines orientales,
los filones del Perú,
¿qué son ante la conciencia
pura como un cielo azul?
¡Vanidad de vanidades!...
—*Lo que vale es la virtud.*

RODOLFO MENÉNDEZ.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—No os dejéis seducir por el fausto,
pues sólo la virtud merece ser admirada.



SAN MARTÍN Y UN ARRIERO



Gobernaba la Intendencia de Cuyo el general José de San Martín, comandante en jefe del *Ejército de los Andes*, creado por él en Mendoza, a fuerza de grandes sacrificios, con el intento de que la revolución argentina tomase la ofensiva sobre los realistas, posesionados nuevamente de Chile, y luego de vencerlos atacar a los del Perú, por el Pacífico.

No obstante el ingenio fecundo y la presión necesaria del mandatario y del general, y a pesar de los esfuerzos del gobierno central, le tomaron los últimos meses de 1816 sin el completo de los elementos de transporte requeridos para atravesar la cordillera en condiciones de éxito seguro. Mulas eran especialmente las que le faltaban, y mulas arrieras perfectamente adiestradas en caminar por laderas angostas y a través de montañas escarpadas; sin ellas, se presentaba poco menos que imposible dar principio a la campaña. Cuatro mil combatientes, el gran parque, la maestranza del ejército y la comisaría, requerían una cantidad excesivamente mayor de la obtenida por compras y donaciones, agotándose recursos y voluntad. ¡La patria antes que todo!—se dijo el guerrero; y el gober-

nador-intendente dió un decreto de expropiación general, sin reservas, de todas las mulas arrieras existentes en el territorio de su jurisdicción.

La medida era extrema por su carácter y por los intereses particulares perjudicados. El comercio de transporte daba vida a Cuyo, siendo su base la mula: de suerte que la expropiación importaba cegar la fuente principal de la subsistencia de los habitantes. Pero hubo que recurrir a ella en último trance, porque lo imponían la consolidación de la independencia nacional y libertad de un continente.

«Todos protestaron, pero ninguno escapó. Cualquiera excepción habría hecho odioso el recurso, y San Martín no era hombre de otorgarla. Se juntaron las mulas necesarias y aun más.

Durante la recolección, una tarde que San Martín salía solo de Mendoza con rumbo al campamento de *Plumerillo*, divisó a la distancia un paisano que marchaba hacia la ciudad. El general iba de traje civil con su histórico "guarapón" en la cabeza. Picó al caballo y galopó al encuentro del paisano. Éste no le conocía.

—¿Adónde va, amigo?— le preguntó.

—A la ciudad, señor.

—¿Qué asunto le lleva?

—Mi asunto es pedir al gobernador que me devuelva unas mulitas que una partida me quitó ayer; las he seguido hasta el campamento y allí me han dicho que es orden del gobernador. No hay ley, señor, para arrebatarme mis animalitos, dándome un papel por ellos; porque soy un pobre que tra-

bajo de arriero, no tengo vicios, y pereceré de miseria con mi mujer y mis siete hijos.

—Me parece que el gobernador no le atenderá. Ha mandado tomar todas las mulas de Cuyo para el servicio de la patria, y si a Vd. le restituye las suyas, tendrá que hacer lo mismo con los demás y entonces se perjudicará la patria.

—¡Qué me importa de eso, cuando yo y toda mi familia vamos a morir de hambre! Yo soy patriota, señor, y, aunque viejo, puedo todavía ser soldado. Que me haga servir donde quiera el gobernador, pero que deje las mulitas para el sostén de mi familia. No tengo otra fortuna que ellas y es una iniquidad que tan luego eso me quite la patria.*

—La patria es primero que todo, y los ciudadanos tienen el deber de sacrificarse por ella.

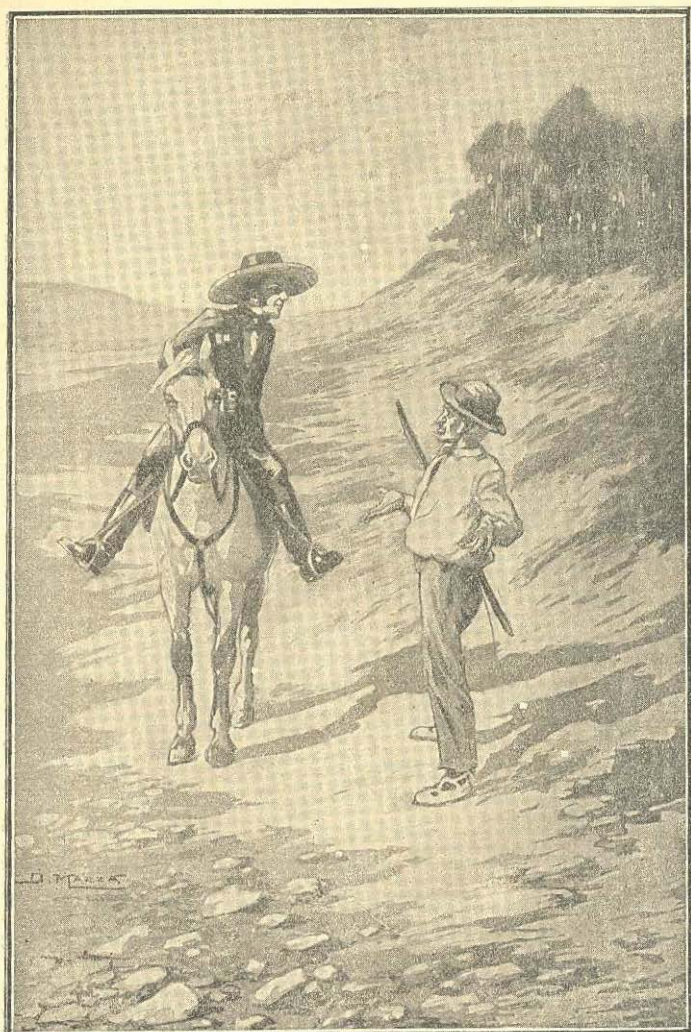
—Que me sacrifique el gobernador como quiera, pero que no sacrifique a mi mujer y a mis hijos. Entonces, ¿para qué peleamos contra los godos?

—Por más que Vd. se queje, amigo, el gobernador no hará que le entreguen sus mulas; es un hombre inflexible.

—Pues si es así, a lo menos tendré el gusto de decirle que es tirano, canalla... que nos trata peor que animales.

—No le dirá Vd. eso, porque el gobernador mandará pegarle cuatro tiros.

—¡Aunque me fusile! Yo le probaré a ese gobernador que no le tengo miedo, cuando le pido una cosa mía, sea como sea; y si no me hace justicia, lo echaré a... rodar, como echaría a cualquier otro. ¿Acaso por ser gobernador es más hombre que yo?



— Tendré el gusto de decirle que es tirano, canalla...

—Amigo, Vd. va a perderse. Si quiere, le daré un papelito para el oficial de la guardia del gobernador, que es mi conocido, a fin de que le ayude y aconseje, porque desconfío que Vd. solo salga bien. ¿Sabe Vd. leer?

—No sé leer, señor, y le acepto y agradezco el papel.

San Martín escribió con lápiz un billetito al oficial de servicio en su casa, recomendándole que retuviera al paisano hasta su regreso, sin instruirle de quién era él; lo entregó al interesado y se separaron.

Lo que menos imaginaba el dueño de las mulas era haber hablado con el gobernador-intendente.

Serían las nueve de la noche cuando San Martín regresó. Cambióse de ropa para vestirse de militar, y mandó introducir al paisano.

Tan luego como éste le vió reconoció en él a su interlocutor de la tarde; pero no perdió la serenidad. Formuló su pedido en términos humildes, encareciendo cuanto le fué posible su afligente situación.

—Lo que Vd. solicita es imposible conceder—dijo secamente San Martín.—La patria me ha confiado la defensa de su independencia y de la libertad de nuestros hermanos de América, y para cumplir sus mandatos ha sido de necesidad imponer a los ciudadanos el sacrificio que Vd. no quiere hacer. Los beneficios serán para la felicidad de todos, y Vd. está en el deber de soportar resignado las consecuencias de la resolución general que he dado.

El paisano alegó razones, pidió, suplicó; pero todo fué inútil: el gobernador no retrocedió.

Perdida la esperanza, insistió sin embargo. Empero, ya no era la restitución de las mulas la causa que le retenía, sino el deseo de cumplir cuanto le escuchó y le contradijo San Martín en la tarde, de individuo a individuo. Estaba comprometido a demostrar su carácter y la verdad de su palabra, porque sólo con mengua de su altivez varonil podía verle el gobernador retirarse en silencio, de miedo, y ante sus propios ojos quedaría deshonorado no haciéndolo. Pero ¿cómo hacerlo? Emplear los términos *criollos* de la tarde era sentenciarse a muerte, y en otros perdía su mérito el atrevido anunciado.

Una feliz inspiración le sacó airoso del conflicto. Callóse y reflexionó así: "el gobernador debe recordar bien todo lo que hablamos; con referirme a nuestra conversación, él me entenderá y quedo cumplido. Y volviendo otra vez a sus mulitas, dijo:

—¿V. E. me despacha sin consuelo, aunque mi mujer y mis hijos perezcan de hambre?

—Ya he dicho a Vd. que la patria las necesita.

—Entonces, señor gobernador: ¡LO DICHO, DICHO ESTÁ!

Giró el paisano sobre los talones y desapareció.

Había cumplido su palabra sin pronunciar un descomedimiento. *Lo dicho* era lo escuchado por San Martín particular, y lo *dicho está* importaba la repetición y confirmación ante el gobernador-intendente.

La viveza compitió con la energía moral que la

descubrió. Era un hombre a prueba aquel viejo arriero.

San Martín mandó detenerle; el siguiente día le llamó y le entregó la orden de devolución de las mulas. ¡Hacia justicia al honor salvado!

El paisano, que esperaba otro desenlace, le pidió un puesto de trabajo para él y las mulas rescatadas; el ofrecimiento fué aceptado; marchó en el parque del ejército y regresó a Mendoza, después de Chacabuco.

M. F. MANTILLA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—El ciudadano debe gozar de los derechos que le acuerdan las leyes y cumplir con todos sus deberes.



CONSEJO MATERNAL

— Ven para acá, me dijo dulcemente

Mi madre cierto día:

(Aun me parece que escucho en el ambiente
De su voz la celeste melodía).

— Ven y dime qué causas tan extrañas

Te arrancan esa lágrima, hijo mío,
Que cuelga de tus trémulas pestañas
Como gota cuajada de rocío

Tú tienes una pena y me la ocultas.

¿No sabes que la madre más sencilla
Sabe leer en el alma de sus hijos,
Como tú en la cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?

Ven para acá, pilluelo,
Que con un par de besos en la frente
Disiparé las nubes de tu cielo.

Yo prorrumpí a llorar. — Nada, le dije;

La causa de mis lágrimas ignoro;
Pero de vez en cuando se me oprime
El corazón, y lloro!...

Ella inclinó la frente pensativa,

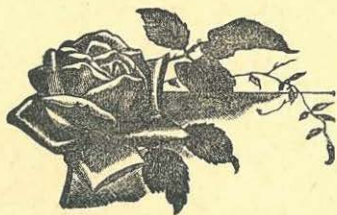
Se turbó su pupila,
Y enjugando sus ojos y los míos,
Me dijo más tranquila:

— Llama siempre a tu madre cuando sufras,
Que vendrá, muerta ó viva.
Si está en el mundo, a compartir tus penas;
Y si no, a consolarte desde arriba!...

Y lo hago así cuando la suerte ruda,
Como hoy, perturba de mi hogar la calma;
Invoco el nombre de mi madre amada,
Y entonces siento que se ensancha el alma.

OLEGARIO V. ANDRADE.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Nunca despreciéis los consejos de una madre, porque ellos se inspiran en el amor que os profesa.



PRESENCIA DE DIOS

¡Oh Dios! Siento por doquiera tu presencia en la naturaleza. Por doquiera que miro, veo tu huella luminosa. Tú no estás solamente en esos espacios lejanos donde brillan la luz y las estrellas: estás en el valle esmaltado de flores, así como en la esfera de los astros. Por doquiera, en la naturaleza, veo la huella de tu presencia.

En el bosque que tiembla al soplo del céfiro, en las mieses undosas, en la tempestad que retumba y ruga, en el torrente que resuena en la selva, en las olas del mar agitado, en el arroyo que riega el valle, en la fuente que corre por la pradera, en el rocío y la lluvia que caen... por doquiera, en la naturaleza, veo la huella de tu presencia.

En el relámpago y el trueno, siento tu presencia, ¡oh Ser invisible! Tu aliento es el que sopla al rededor de mí en la suave brisa de la tarde. Alturas y honduras, rocas y abismos, el agua, el fuego, la tierra y el aire, todo me prueba que estás cerca de mí; por doquiera, en la naturaleza, veo la huella de tu presencia.

¡Dios! ¿en dónde podré hallar un asilo contra tu cólera, si llegare a acusarme mi conciencia? Aunque saliese del mundo, siempre me alcanzarías. ¿Podría

el cielo ocultarme, si quisiera huir lejos de Ti?... ¿estás allí! ¿El abismo? ¿estás allí!—¿Podría la muerte substraerme a tu poder? Nada, ¡oh, nada puede substraerme a Ti! Por doquiera estás cerca de mí!

¿He de creer que, al hundirme en las profundidades del mar, escaparé a tus miradas? ¡Oh! allí también me descubriría tu ojo y me levantaría tu brazo. Aunque me ocultara en las tinieblas de la noche, no podrían éstas substraerme a tu vista; para Ti, son luz las tinieblas de la noche. Siempre me ase tu mano.

Nada, ¡oh! nada puede substraerme a tu poder; por doquiera estás cerca de mí!

Aunque dijese: ¡cubridme, montañas y colinas!, no estaría por esto menos en tu mano. Aun cuando, para escapar al día del juicio, volara en alas del viento del Este hasta los confines de la creación, en la soledad de la antigua nada, Tú me arrancarías a la nada, como la aurora me arranca a la noche. Nada, ¡oh! nada puede substraerme a tu poder; por doquiera estás cerca de mí!

¡Oh, Tú, que estás presente por doquiera, graba, pues, en mi corazón esta verdad: que nadie puede substraerse a tu brazo y a tu vista! Guieme siempre ella en la senda segura de la virtud, y que, a la idea de cualquiera acción mala, me grite con voz de trueno: Nada, ¡oh! nada puede substraerme a tu poder; por doquiera estás cerca de mí!

SCHILLER.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Quien no aprovecha para el bien las dotes de la inteligencia que Dios le ha concedido, tendrá a Dios y a los hombres por enemigos.

EL ÁGUILA Y LA BALA

FÁBULA

Dicen que apostó una bala
con un águila a volar,
que supola contestar:
— ¡Vete, plomo, enhoramala!
¿Quién estas plumas iguala
con que hasta los vientos domo?
Mi cuerpo de tomo y lomo
verás donde tú no subes:
que eso de andar por las nubes
no es para un *ave de plomo*.—

Tomólo por bobería
siempre la bala en sus trece,
diciendo; ¿A quién se le ofrece
negarme la primacía?
Pues ¿no es más claro que el día
que nunca mi vuelo igualas?
En mal camino resbalas,
ave infeliz, porque, en suma,
si son tus alas de pluma,
de pólvora son mis alas.—

Ni el ave la lucha esquivó,
ni la bala se convence.
— ¿Probamos a ver quién vence?
— ¡Arriba! — ¡Vamos arriba! —

Subió la bala tan viva
que dió a su rival enojos,
pues, para causarla antojos

y centuplicar sus quejas,
fué un estruendo a sus orejas
y, un relámpago a sus ojos.

Subió el águila con calma
cuando la bala caía,
y le dijo: — Amiga mía,
¿quién se llevará la palma?
Si te hundes en cuerpo y alma,
por mi parte, no desmayo.

Haz, pues, de tu capa un sayo;
pero que adviertas es bueno
que, *quien sube con el trueno,*
suele bajar con el rayo.

JUAN MARTÍNEZ VILLERGA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS: — La envidia es un defecto que no puede ocultarse; acusa y falla sin pruebas, aumenta y califica con rigor las menores faltas, habla destilando hiel, injuria sin motivo fundado y nada odia tanto como el verdadero mérito.



ORIGINALIDAD Y CARACTERES ARGENTINOS



Existe un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para despertarse, porque la poesía es, como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano, necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible; porque sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. Ahora, yo pregunto ¿qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada? Porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte. He aquí ya la poesía. El hombre que se muere en estas escenas, se siente asaltado de te-

mores e incertidumbres fantásticas, de sueños que lo preocupan despierto.

De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Ni cómo ha de dejar de serlo, cuando en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero, y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo? La obscuridad sucede después a la luz; la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo, y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada: sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué más colores para la paleta de la fantasía? Masas de tinieblas que anublan el día, masas de luz lívida, temblorosa, que ilumina un instante las tinieblas y muestra la pampa a distancias infinitas, cruzándolas vivamente el rayo, en fin, símbolo del poder. Estas imágenes han sido hechas para quedarse hondamente grabadas. Así cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesión de luz y tinieblas se continúa en su imaginación, del mismo modo que, cuando miramos fijamente el sol, nos queda por largo tiempo su disco en la retina.

¡Preguntadle al gaucho a quien matan con preferencia los rayos, y os introducirá en un mundo de idealizaciones morales y religiosas, mezcladas de

hechos naturales, pero mal comprendidos, de tradiciones supersticiosas y groseras. Añádase que si es cierto que el fluido eléctrico entra en la economía de la vida humana, y es el mismo que llaman fluido nervioso, el cual excitado subleva las pasiones y enciende el entusiasmo, muchas disposiciones debe tener para los trabajos de la imaginación el pueblo que habita bajo una atmósfera recargada de electricidad hasta el punto que la ropa frotada chisporrotea como el pelo contrariado del gato.

¿Cómo no ha de ser poeta el que presencia esas escenas imponentes?.

«Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista en su vivo anhelo
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en la mar.
Doquier campo y heredades
Del ave y bruto guaridas;
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que El sólo puede sondar;»¹

¿O el que tiene a la vista esta naturaleza engalanada?

«De las entrañas de América
Dos raudales se desatan;
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeraldas.

¹ ECHEVERRÍA, *La Cautiva*.

Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos ceibos y palmas,
Y le arrojan flor del aire,
Aroma y flor de naranja;
Luego en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas,
Se derraman en el Plata».¹

Pero esta es la poesía culta, la poesía de la ciudad; hay otra que hace oír sus ecos por los campos solitarios: la poesía popular, candorosa y desaliñada del gaucho.

También nuestro pueblo es músico. Esta es una predisposición nacional que todos los vecinos le reconocen. Cuando en Chile se anuncia por la primera vez un argentino en una casa, lo invitan al piano en el acto, o le pasan una vihuela, y si se excusa diciendo que no sabe pulsarla, lo extrañan, y no le creen, "porque siendo argentino", dicen, "debe ser músico". Esta es una preocupación popular que acusa nuestros hábitos nacionales. En efecto, el joven culto de las ciudades toca el piano o la flauta, el violín o la guitarra; los mestizos se dedican casi exclusivamente a la música, y son muchos los hábiles compositores e instrumentistas que salen de entre ellos. En las noches de verano se oye sin cesar la guitarra en la puerta de las tiendas, y tarde de la noche, el sueño es dulce.

¹ DOMÍNGUEZ.

mente interrumpido por las serenatas y los conciertos ambulantes.

El pueblo campesino tiene sus cantares propios.

El *triste*, que predomina en los pueblos del Norte, es un canto frigio, plañidero, natural al hombre en el estado primitivo de barbarie, según Rousseau.

La *vidalita*, canto popular con coros, acompañado de la guitarra y un tamboril, a cuyos redobles se reúne la muchedumbre y va engrosando el cortejo y el estrépito de las voces; este canto me parece heredado de los indígenas, porque lo he oído en una fiesta de indios en Copiapó en celebración de la Candelaria, y como canto religioso, debe ser antiguo, y los indios chilenos no lo han de haber adoptado de los españoles argentinos. La *vidalita* es el metro popular en que se cantan los asuntos del día, las canciones guerreras; el gaucho compone el verso que canta, y lo populariza por las asociaciones que su canto exige.

Así, pues, en medio de la rudeza de las costumbres nacionales, estas dos artes que embellecen la vida civilizada y dan desahogo a tantas pasiones generosas, están honradas y favorecidas por las masas mismas que ensayan su áspera *musa* en composiciones líricas y poéticas. El joven Echeverría residió algunos meses en la campaña en 1840, y la fama de sus versos sobre la pampa le había precedido ya; los gauchos lo rodeaban con respeto y afición, y cuando un recién venido mostraba señales de desdén hacia el *cajetilla*, alguno le insinuaba al oído: "es poeta", y toda prevención hostil cesaba al oír este título privilegiado.

Sabido es, por otra parte, que la guitarra es el instrumento popular de los españoles, y que es común en América. En Buenos Aires, sobre todo, está todavía muy vivo el tipo popular español, el *majo*. Descúbresele en el compadrito de la ciudad y en el gaucho de la campaña. El *jaleo* español vive en el *cielito*; los dedos sirven de castañuelas. Todos los movimientos del compadrito revelan al majo; el movimiento de los hombros, los ademanes, la colocación del sombrero, hasta la manera de escupir por entre los colmillos, todo es un andaluz genuino.

D. F. SARMIENTO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.— La grandeza de un país consiste más que en la abundancia de sus rentas y en el poder de sus fortalezas, en el número de sus ciudadanos cultos, ilustrados y de carácter.





A DOMINGO F. SARMIENTO

Vivías de la lucha. En la fatiga
Hallaba tu alma poderoso aliento ;
En la atmósfera ardiente del combate
Resplandecía tu potente genio.

¡ Luchador invencible ! ¡ Ni la muerte
Ha podido extinguir tu pensamiento,
Y aun disipa las sombras de la patria
El sol que centelleaba en tu cerebro !

GERVASIO MÉNDEZ.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad a que pertenecen.



GÜEMES

Güemes, perteneciente a una notable familia de Salta, se presenta él mismo en sus actos, en sus documentos públicos, en su correspondencia confidencial, como lo que es, como un caudillo político y militar. Este es el rasgo prominente y verdaderamente original de su fisonomía, y es el único digno de llamar la atención, sea que se le admire, sea que se le condene; porque, como caudillo, fué

funesto, contribuyendo a la desorganización política y social.

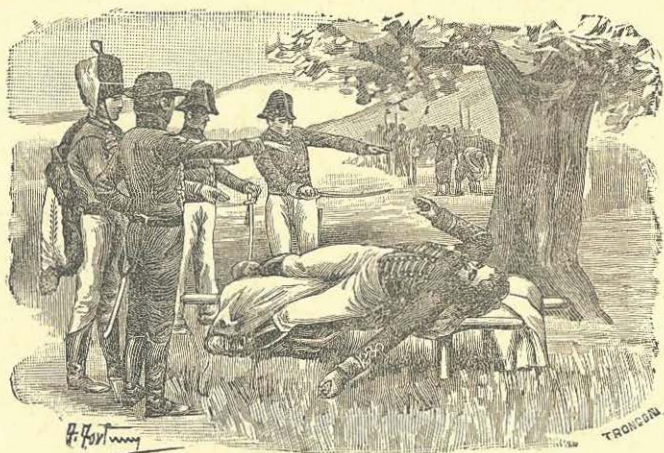
Quítese a Güemes el carácter de caudillo, y Güemes no es nada o es, cuando más, una pálida fisonomía militar que nada de extraordinario tendría en sí misma, si los hechos que ejecuta o promueve no fuesen la consecuencia de la táctica, del prestigio, de los medios de acción de caudillo representante de las masas populares, fanatizadas por la doble pasión de independencia y de la ciega adhesión a su persona, dispuestas igualmente, a un gesto suyo, ya contra el enemigo común, ya contra la sociedad.

☛Bórrase del retrato histórico de Güemes el nombre de caudillo, y Güemes, o no será nada como militar, o será cuando más el activo jefe de una vanguardia, hostilizando a un enemigo que, invadiendo un país accidentado, y cuya opinión le es contraria, viendo cortados los recursos por la resistencia de la población en masa, se ve al fin obligado a retirarse después de una serie de combates y guerrillas, lo que, si bien es meritorio, no sería por sí solo una cosa tan extraordinaria, cuando a la retirada de ese enemigo concurrieron poderosas causas más o menos inmediatas.

'Quitarle ese título, como el de *gaucho*, que él hizo glorioso y fué su nombre de guerra, es despojarle de la agreste corona que sus heroicos compañeros, aquellos hijos de la naturaleza a quienes él llamaba mis gauchos, colocaron sobre sus sienes en los bosques y valles de Salta, cuando le apellidaron el *Padre de los pobres*; sería borrar uno de

los rasgos característicos y propios de la resistencia popular que él acaudilló desde 1817 a 1821.

Güemes era, pues, un verdadero caudillo, bajo cualquiera faz que se le considere: así lo califican los contemporáneos que lo conocieron; así lo pintan sus admiradores; así lo aclamaron sus partidarios, y así se retrata él mismo.



Muerte de Güemes.

Güemes encontró el campo preparado. No inició la Revolución, ni libertó pueblos, ni imprimió dirección a los acontecimientos, ni fundó nada.

La fuerza de Güemes no residía tanto en su propia individualidad cuanto en la fuerza de las multitudes que acaudillaba y representaba, y cuya substancia, diremos así, se asimilaba; y aun cuando sin injusticia pueden negarse cualidades superiores al que así dominaba y dirigía esas masas fa-

natizadas por su palabra, conduciéndolas a la lucha y al sacrificio, no era de cierto un genio superior ni en la política ni en la milicia; ni sus hechos fueron precisamente los que decidieron de los destinos de la Revolución, que se decidían en otros campos con medios más poderosos de acción, y bajo una dirección más inteligente, más metódica y con miras más transcendentales.

Su gloria no es esa. Su gloria consiste en que, como caudillo, si bien cooperó, directamente algunas veces e indirectamente otras, a la desorganización general que ha prolongado una dolorosa revolución social, fué siempre fiel a la idea de la unidad nacional, y salvo un corto paréntesis, reconoció siempre la autoridad general, aunque a condición de hacer lo que mejor le convenía, pues era dueño y señor absoluto dentro de las fronteras de *su provincia*, como él la llamaba.

Su gloria consiste en que jamás desesperó de la suerte de la Revolución; que en los más tristes días, cuando ella era vencida en el exterior y se veía desgarrada en sus propias entrañas por las furias de la guerra intestina, él combatía solo, al frente de sus valientes gauchos, en las fronteras, paralizando las operaciones de ejércitos poderosos, y dando tiempo para que se desenvolviesen otras combinaciones positivas, que fueron en definitiva las que salvaron la Revolución. A esas operaciones concurrieron eficazmente los extraordinarios esfuerzos de Güemes, dignos sin duda de ocupar un lugar distinguido en la historia argentina; porque así como la primera conmoción revolucionaria, en

1810, determinó las actuales fronteras de la república, así también, en esa época aciaga, la espada de Güemes trazó con una línea imborrable la frontera definitiva de la Nación Argentina por el Norte.

Cuando Güemes se puso al frente de la provincia de su nacimiento, ya robustecida por la fuerza moral de los triunfos de Tucumán y Salta, por el desarrollo de las fuerzas populares que ocho años de revolución habían puesto en acción, contó además, en las cuatro primeras campañas, con el apoyo de un ejército que cubría su retaguardia y su flanco; y en la de 1817, con el de otro que iba a atravesar los Andes para dar la libertad a la América, que ya para los argentinos era un hecho irrevocable.

De ahí la energía de la resistencia de Güemes; de ahí su buen éxito.

¡Honor á las provincias del Norte, que en la época más calamitosa de la Revolución, cuando el Congreso de Tucumán, producto del cansancio más bien que de la fe, trazaba con colores sombríos el cuadro de una situación desesperada, apoyaron la declaratoria de la Independencia que inspiraron San Martín y Belgrano! ¡A ellas, que desde entonces fueron el baluarte de la Nación, cuando ardía ésta en guerra civil, y cuando esa guerra devoraba hambrienta sus ejércitos regulares! ¡Honor a Güemes, que dirigió esa heroica resistencia, en la cual rindió noblemente su vida! Pero ¡honor también a aquel que fué el primero que les reveló su fuerza, que les dió dos días de gloria inmortal,

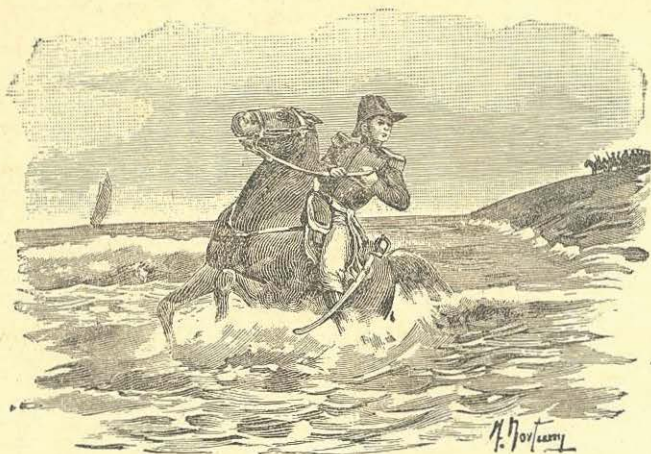
y encendió en sus corazones el fuego sagrado de la Revolución, que no había prendido en todos o se había amortiguado en algunos, cuando los llamó a empuñar las armas y a defender a la vez su credo y sus hogares en los campos de Tucumán y Salta!

Dice de él el general Paz en sus *Memorias póstumas*, que, según el Dr. Vélez Sársfield, *debe ser un texto bíblico para el historiador*: "Si Güemes mandaba con un despotismo sostenido únicamente de la plebe que acaudillaba, se veía constituido en circunstancias especiales, y por grandes que fuesen sus defectos, era el único dique que se oponía al retorno de la tiranía peninsular. Si cometió grandes errores, sus enemigos domésticos nos fuerzan a correr un velo sobre ellos; para no ver en él sino al campeón de nuestra libertad política, al fiel soldado de la Independencia y al mártir de la patria!"

BARTOLOMÉ MITRE.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Amando, obedeciendo y defendiendo a la patria demostraréis ser ciudadanos de corazón.





CHANCAY

Terrible fué la desigual demanda,
Corto grupo de torvos granaderos,
Del número acosados, cargan fieros
La ibérica legión: Pringles los manda.

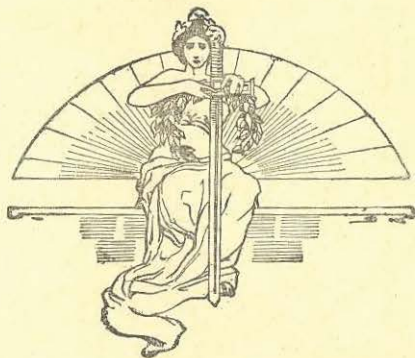
Testigo el Ponto de la lid nefanda
Brama iracundo: ¡Guay de los primeros!
Ya sucumben, períncritos guerreros,
Cuya épica figura el tiempo agranda.

Bañado en sangre, en su corcel de guerra,
Con los que aun restan, a la mar se azota
El paladín puntano embravecido.

«¡Vivid, héroes!», les grita desde tierra,
Noble, el jefe español; y en la derrota,
Por su acción inmortal, triunfa el vencido.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Acordaos sin cesar que la patria tiene derechos imprescriptibles y sagrados sobre vuestro talento, vuestras virtudes, vuestros sentimientos y vuestras acciones; que en cualquier situación en que os halléis, estáis, como soldados de guardia, obligados a velar por ella continuamente y a volar a su socorro al menor peligro.



LA HERMANA DE LA CARIDAD

I

Dios tiene sobre la tierra mensajeros de su providencia.

Esos mensajeros son criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice; criaturas que forman la transición del reino de la materia a la patria feliz de los espíritus.

¿Queréis saber el origen y la prosapia de estas afortunadas criaturas?

Son hijas del cielo.

Y madres de los desvalidos.

Y HERMANAS DE LA CARIDAD.

Viven en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y las lágrimas son rocío que fecunda toda la tierra, y los males son herencia de que participa toda la humanidad.

Por eso la santa vestidura de esos ángeles del amor flota lo mismo en las regiones del polo, que en las abrasadas llanuras del ecuador: en el campo de batalla es la enseña gloriosa de la misericordia; en las poblaciones es el emblema de la ternura y la beneficencia.

Se han sucedido en el globo horribles cataclis-

mos, entre cuyas ruinas perecieron instituciones venerandas; hace un siglo que el soplo de la revolución tiene como envenenada la atmósfera en que se agita la sociedad.

Pero sobre las ruinas que amontonaron los cataclismos, sobre el torrente desbordado de las revoluciones, ha prevalecido incólume esa raza de heroínas, magnífico monumento del catolicismo, prodigio perenne de la caridad.

Solamente a la caridad cristiana era posible hacer tales prodigios.

La filantropía que encarecen los filósofos, ama en el hombre al hombre; la caridad, y por lo tanto sus *hermanas*, aman en el hombre a Jesucristo, y en la figura del mendigo, del huerfano y del enfermo, ven con los ojos de la virtud la sacrosanta figura del Salvador.

La filantropía suele dar lo que le sobra; la caridad suele dar lo que no tiene; la caridad parece que renueva diariamente el milagro de los panes y los peces.

La filantropía se compadece de las desdichas que ve u oye; los ojos y los oídos son sus mensajeros; la caridad se compadece de las desdichas sin verlas ni oírlas; las siente en el fondo del corazón.

La filantropía remedia los males y consuela las aflicciones que le salen al encuentro; la caridad busca los males para remediarlos y las aflicciones para consolarlas.

La filantropía suele residir en los grandes palacios; la caridad vive en los hospitales y en los asilos. Allí también viven sus *hermanas*.

Allí, junto al lecho del moribundo, o junto a la cama del recién nacido, bosquéjase la figura de una mujer, cuya existencia está consagrada al bien de sus semejantes.



Su rostro apacible y sereno, como su corazón, muestra las huellas del insomnio y de la austeridad.

Cuando, en las horas lentas del padecer, apenas hay para el mísero mortal un rayo de esperanza, aparece a sus ojos la heroica hermana de la ca-

ridad, de cuyos labios brotan palabras de resignación y de consuelo.

Cuando la mano de una madre monstruo deja caer sobre la cuna de la pública caridad el fruto de sus entrañas, la mano de otra madre más tierna lo recoge y lo acaricia, y cuida de su existencia y le enseña más tarde a perdonar, a orar y ser feliz.

II

La caridad no tiene patria.

Tampoco la tienen sus *hermanas*.

La caridad salva las distancias y atraviesa los mares, si en remotas tierras o al otro lado de los mares hay lágrimas que enjugar y penas que compartir.

Y sus hermanas salvan asimismo las distancias y cruzan el océano, en busca de los pobres y de los afligidos.

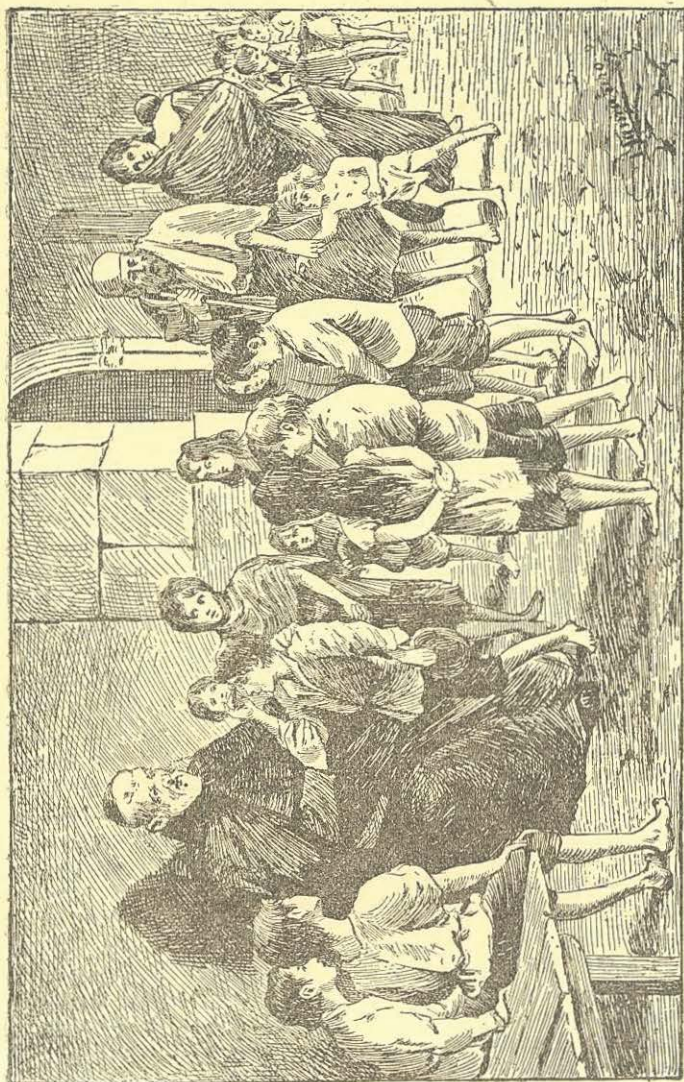
Dondequiera que el sol deja sentir su influencia; donde quiera que alienten seres racionales, allí se llora; allí está la caridad, allí viven sus hermanas.

Prodigios de ternura y de amor santo, su paso por la tierra semeja el de un astro que ilumina sin quemar, el de una ráfaga que purifica sin destruir, el de un arroyo que fecunda sin inundar.

No hay en la tierra premio para sus beneficios, ni corona para su heroísmo.

Su premio y su corona están más altos.

Solamente en el corazón de una mujer puede esconderse tal tesoro de caridad y sentimiento. ☺



San Vicente de Paul.

Ella, que está organizada para compadecerse y para sentir, es la única que puede menospreciar las grandezas y los aplausos, los triunfos de la hermosura y los halagos de la opulencia, para ocultarse en el fondo sombrío de un hospital, como perla de valor inapreciable en el fondo de una concha.

Ella, que ha nacido para amar, y para amar puramente, por más que el hombre llene de asechanzas su camino; ella, que cuando esposa y cuando madre dulcifica las horas de la vida en el hogar tranquilo de la familia, cuando madre y hermana de todos los que padecen, dulcifica y atenúa los infortunios en el recinto de la gran familia, en el seno de la sociedad.

Si la idea de madre de familia hace inconcebible y absurdo el ateísmo, la idea de hermana de la caridad hace absurdo e inconcebible el escepticismo.

Toda la arrogancia de los *espíritus fuertes* se confunde ante el pobre sayal de una mujer, que se sacrifica heroicamente en bien de la humanidad.

Los guerreros y los conquistadores producen el llanto y llenan los hospitales, y una mujer piadosa enjuga el llanto y cura las heridas.

Esos guerreros tienen más fuerza; esa mujer tiene más corazón.

Los que denigran por sistema al sexo que llaman débil; los que se burlan ridículamente de todas las mujeres, devolviendo quizá a todas la ofensa que una les hizo, que se acuerden de su propia madre: y si no han tenido la dicha de conocerla, que se acuerden de esas criaturas subli-

mes, que son madres de todos los desgraciados y hermanas de la caridad.

Cuando en época muy reciente la guerra ensangrentaba los mares y las campiñas, ya lo hemos dicho, el santo ropaje de esas mujeres ondeaba en todas partes como la enseña del bien, como la bandera santa de la ternura y de la caridad cristiana.

En los días del contagio y del conflicto, esas mujeres infatigables se multiplican, y aparecen como ángeles de consuelo en medio de la humanidad afligida y desolada.

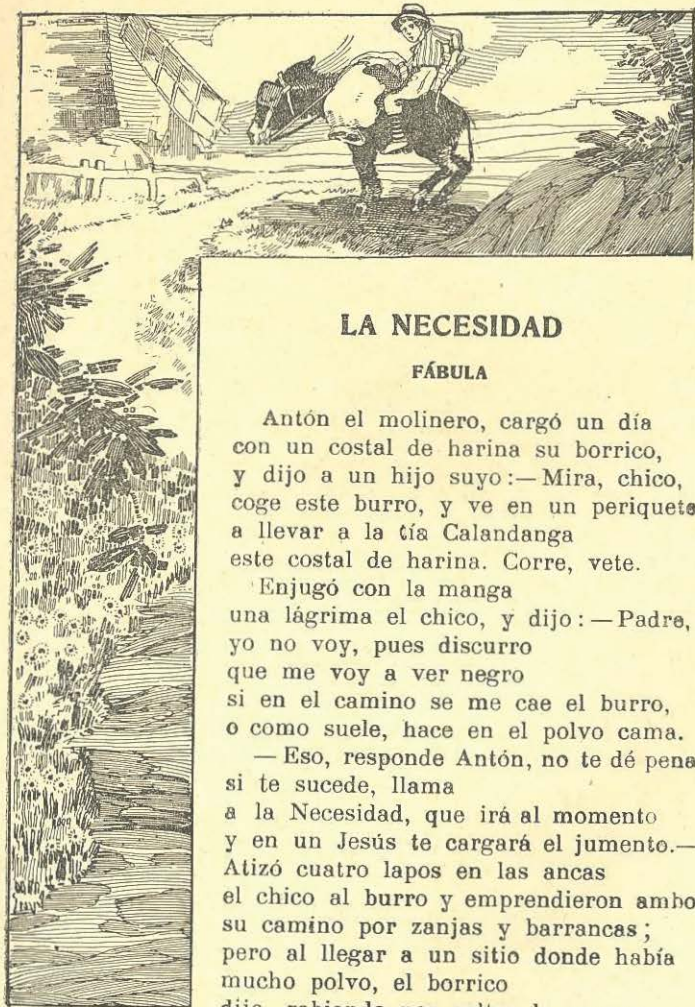
Por eso las bendice la humanidad.

La humanidad escribirá en su historia, con caracteres de luz, el nombre venerado de *San Vicente de Paúl*.

SEVERO CATALINA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Si esperáis a que os sobre para socorrer a los pobres, no los socorreréis nunca.





LA NECESIDAD

FÁBULA

Antón el molinero, cargó un día
con un costal de harina su borrico,
y dijo a un hijo suyo:—Mira, chico,
coge este burro, y ve en un periquete
a llevar a la tía Calandanga
este costal de harina. Corre, vete.

Enjugó con la manga
una lágrima el chico, y dijo:—Padre,
yo no voy, pues discurro
que me voy a ver negro
si en el camino se me cae el burro,
o como suele, hace en el polvo cama.

—Eso, responde Antón, no te dé pena;
si te sucede, llama
a la Necesidad, que irá al momento
y en un Jesús te cargará el jumento.—
Atizó cuatro lapos en las ancas
el chico al burro y emprendieron ambos
su camino por zanjas y barrancas;
pero al llegar a un sitio donde había
mucho polvo, el borrico
dijo, rabiando por soltar la carga:

—¡Ay qué polvo tan rico
para dormir la siesta!—
Y así diciendo, se tumbó a la larga.
Palo va, palo viene,
tanto el chico al jumentillo pega,
que aun en las ancas las señales tiene,
pero viendo que brega
inútilmente, le soltó la carga,
y sólo así se levantó el jumento.

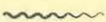
—¡Necesidad! exclama el pobre chico.
¡Necesidad! hágame usted la gracia
de cargarme este borrico.—
Espera un rato, pero nadie acude;
vuelve a llamar y nadie le responde;
y convencido al fin de que no hay nadie
que en tan penosa situación le ayude,
—La industria, dice, ayudará mi brazo.—
Y ¿qué hace? el asno arrima
en seguida a un ribazo,
y llevando el costal hasta allí a vueltas,
por fin, al asno se lo planta encima,
y a casa de la tía Calandanga,
más alegre llegó que una charanga.

Cuando volvió al molino
le preguntó su padre si le había
sucedido algún lance en el camino,
y el muchacho al momento
le contó la ocurrencia del jumento.
—Llamé, dice, cien veces
a la Necesidad, pero no vino.—
Y Antón replica:—Te equivocas mucho,
pues ella fué quien te cargó el pollino.

ANTONIO DE TRUEBA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Obedeced las órdenes de vuestros superiores y escuchad los consejos de los que tienen más experiencia que vosotros.

ORACIÓN DE LA BANDERA

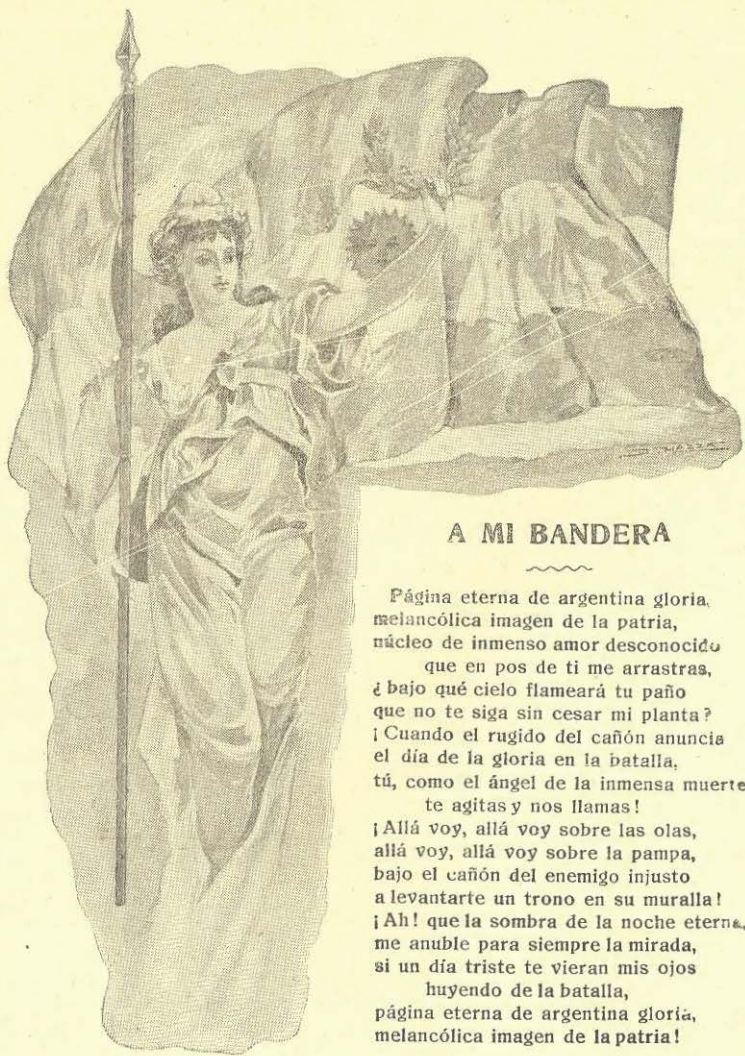


En homenaje a la patria, he compuesto con todos los elementos de nuestra historia política, militar y constitucional, esta oración, para los niños y para todo argentino.

¡Bandera de la patria, celeste y blanca, símbolo de la unión y la fuerza con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad; guía de la victoria en la guerra, y del trabajo y la cultura en la paz; vínculo sagrado e indisoluble entre las generaciones pasadas, presentes y futuras; juremos defenderla hasta morir antes que verla humillada!

Que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques, y en todo tiempo y lugar de la tierra donde éstos la condujeran; que a su sombra la Nación Argentina acreciente su grandeza por siglos y siglos, y sea para todos los hombres mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

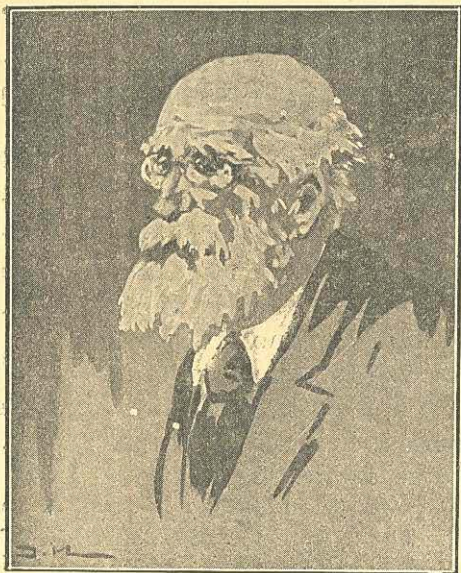


A MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de inmenso amor desconocido
que en pos de ti me arrastras,
¿bajo qué cielo flameará tu paño
que no te siga sin cesar mi planta?
¡ Cuando el rugido del cañón anuncia
el día de la gloria en la batalla,
tú, como el ángel de la inmensa muerte
te agitas y nos llamas!
¡ Allá voy, allá voy sobre las olas,
allá voy, allá voy sobre la pampa,
bajo el cañón del enemigo injusto
a levantarte un trono en su muralla!
¡ Ah! que la sombra de la noche eterna,
me anuble para siempre la mirada,
si un día triste te vieran mis ojos
huyendo de la batalla,
página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Del poder y la felicidad de la patria, depende el poder y la felicidad de cada uno. A la sombra de su bandera, trabajemos unidos para que sea más grande y más hermosa cada día en el terreno de la cultura y de la paz.



LA ÚLTIMA LECCIÓN DEL MAESTRO

I

Inusitado movimiento se nota en la escuela de la aldea. Hombres, mujeres y niños llegan silenciosos hasta la augusta casa en que el viejo maestro enseña desde hace tantos años, y de sus ojos brotan lágrimas, que arranca un profundo dolor. Es que el viejo apóstol del bien, el querido maestro, está

enfermo, tan enfermo, que hasta la esperanza de salvarle muere...

Tres generaciones han pasado por la modesta sala de su escuela, ávidas de inspirarse en su no desmentida virtud y de recibir sus lecciones sencillas y sus consejos siempre sanos, siempre sinceros, generosos siempre.

Todo el pueblo ha escuchado su palabra evangélica y ese pueblo agradecido, ante la triste realidad, solloza y ora, con el profundo pesar y la sinceridad profunda, de la madre que despide al hijo que se va para no volver jamás...

Por eso van y vienen, entran y salen, grandes y chicos, para no perder un detalle de aquella vida ejemplar que se extingue, entre afectos y lágrimas que endiosan...

¡Cuántas veces el maestro austero olvidó sus dolores para acudir en socorro del dolor ajeno! ¡Cuántas veces se le vió, como si fuera un pastor de almas, sacrificar su descanso para consolar al triste, curar al enfermo y llevar pan al hambriento! Cada casa del pueblo es una página de sus recuerdos, cada hogar un episodio honroso de su vida.

Con poca ciencia, pero con un corazón grande, abierto a todos los sentimientos altruistas, siempre ha enseñado el alfabeto poniendo sobre cada letra una máxima de virtud cristiana, ejemplificada con su propia existencia.

¡Cuántas veces en estos últimos tiempos, en momentos que jugaba con sus chicuelos, escondía una lágrima, como si un pesar oculto le torturase

el alma! Y era de notar entonces que acariciaba de un modo singular a un niño deforme y jorobado, de nombre Antonio, como si hubiera querido arrancar con sus caricias los sedimentos de odio que naturalmente iban depositando en su alma dolorida la evidencia de su desgracia y las travesuras de sus compañeros, más felices que él y que a hurtadillas de su protector y amigo, le hacían con frecuencia objeto de sus burlas.

Y Antonio reconocía la bondad del viejo maestro para con él: queriale como si fuese su propio padre.

Antonio era huérfano y por caridad había sido recogido en casa de unos labradores, donde no sobraba pan para los extraños.

Gracias a los reiterados pedidos del viejo maestro, se le había dado asilo y se le enviaba a la escuela, aun a pesar de que aquellos humildes labriegos no alcanzaban a comprender qué beneficios obtendría de ella aquel niño infeliz y contrahecho.

Y el buen maestro quería al pobre Antonio, como quieren los padres a sus hijos. Su primera caricia era para él, como lo era la primera lección de cada día...

A fuerza de sacrificios había conseguido el noble maestro algunos ahorros que empleaba en obras de beneficencia y en comprar ropa y libros para sus alumnos más pobres.

Antonio era uno de los preferidos siempre: no le faltaba un buen trajecito dominguero, ni libros, ni cuadernos, ni algún juguete de tarde en tarde.

II

La triste nueva ha corrido por el pueblo con la celeridad del rayo.

El viejo maestro ha muerto...

Doblan tristemente las campanas de la vecina iglesia, y lloran los niños, las mujeres y los hombres.

Ha caído el apóstol y su caída ha clavado un dardo en cada corazón.

Y en incesante caravana, llegan a la casa mortuoria los sencillos aldeanos, regando con sus lágrimas las flores de la gratitud que depositan sobre el féretro. Y entre los grandes, se deslizan los niños, los niños queridos del viejo maestro, que se acercan en puntillas de pie, para ver por última vez el rostro venerable de su viejo amigo, que parece sonreír, como si quisiera detener la ola de dolor que avanza, tristemente avasalladora.

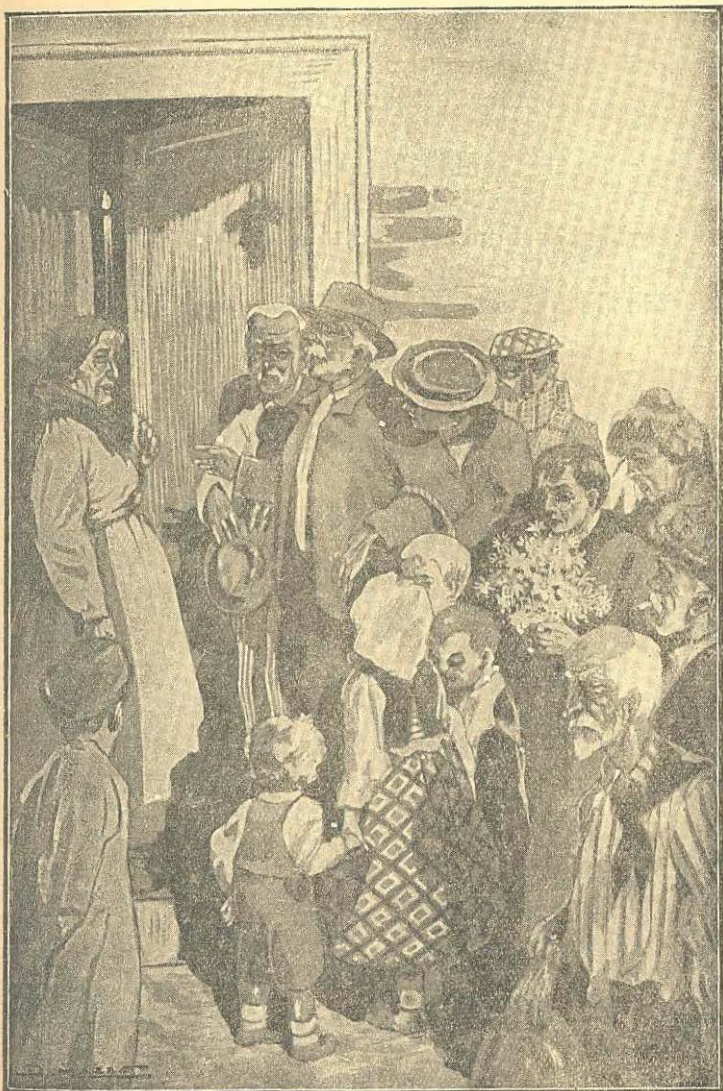
Entre los niños, está Antonio, que se ha abierto paso, con las manos cargadas de flores de los campos.

Tiene el pobrecito los ojos hinchados de tanto llorar.

Junto al ataúd, solloza y reza, semejando a la luz de los cirios que oscilan tristemente, el ángel del dolor.

III

Terminadas las honras fúnebres, tan sencillas como solemnes, decretadas con rara unanimidad por aquel pueblo agradecido al viejo maestro, se



Y en incesante caravana, llegan a la casa mortuoria los sencillos aldeanos...

hizo público el testamento de éste, que fué, podemos decirlo, su última lección.

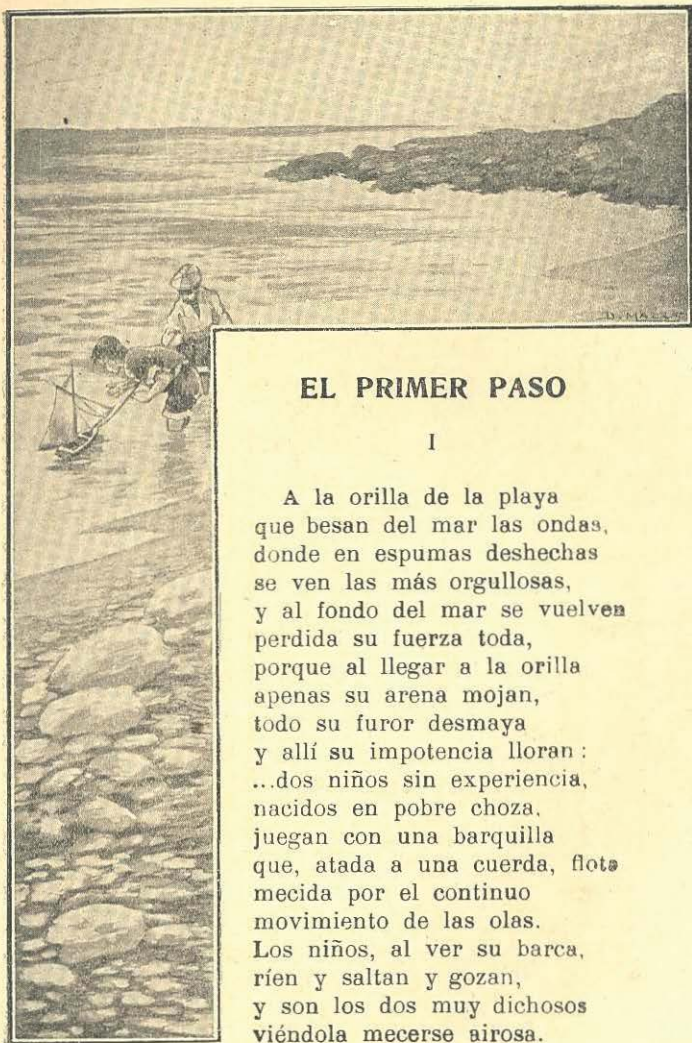
El documento, escrito con mano temblorosa, decía:

“Es el momento de morir y a Dios entrego tranquilo mi alma. No tengo bienes de fortuna, ni me preocupé nunca de adquirirlos, convencido de que la felicidad no se compra con dinero. En medio de mi pobreza, me he considerado siempre feliz, y si algún dolor ha llevado sombras a mi alma, ese dolor no ha sido el propio.

“En esta hora de prueba, me acompaña el recuerdo de este pueblo, a quien debo los días más felices de mi existencia, y veo a mis niños, hechos hombres ya, abriéndose paso a través de la vida... Sólo una sombra, pone una nota triste en el cuadro: me acuerdo de mi pobre Antonio y pienso si encontrará o no en mi ausencia el apoyo que necesita en su desgracia... ¡Ah! sí, lo encontrará, porque para él es el anillo que recibí de mi madre, quien en el momento de morir me lo entregó, diciendo:— Es talismán infalible: si a tu muerte lo hereda un ser desgraciado, las almas piadosas que por él se interesen recibirán del cielo bendiciones sin fin.”

J. J. B.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—El manantial de la felicidad más pura e inagotable son las buenas acciones y los afectos tiernos.



EL PRIMER PASO

I

A la orilla de la playa
que besan del mar las ondas,
donde en espumas deshechas
se ven las más orgullosas,
y al fondo del mar se vuelven
perdida su fuerza toda,
porque al llegar a la orilla
apenas su arena mojan,
todo su furor desmaya
y allí su impotencia lloran:
...dos niños sin experiencia,
nacidos en pobre choza,
juegan con una barquilla
que, atada a una cuerda, flota
mecida por el continuo
movimiento de las olas.
Los niños, al ver su barca,
ríen y saltan y gozan,
y son los dos muy dichosos
viéndola mecerse airosa.

De pronto la barca se hunde,
y algunas olas furiosas,
rompiendo en bullente espuma,
rodear a los niños logran.
Huyen éstos asustados,
y cuando la vista tornan
buscando la débil barca,
encuentran la cuerda rota,
y la barca, mar adentro,
que, juguete de las ondas,
si una a la playa la acerca,
otra más lejos la arroja.

—¿Qué haremos? dicen los niños:

va a estrellarse en esa roca.

—Yo entro a buscarla; ¿me sigues?

—No me atrevo; ¿y si te ahogas?

—No tengas miedo, las aguas
la acercarán... Ven... ahora.

Y aquellos niños, ansiosos
de poder salvar su obra,
entran en el mar... y el barco
cada vez más lejos flota.

Mas no se paran; desean
recobrarlo a toda costa;
las aguas de vez en cuando

la distancia les acortan,
y por lograr el vehemente
deseo que les acosa,

mar adentro tras la barca
van marchando sin zozobra,
porque el que da *el primer paso*,
nada detenerlo logra.

.....
Ya el agua cubre sus hombros,
más lejos la barca asoma;
quieren volver y no pueden;
lanzan voces angustiosas,
y se pierden con gemidos
como la barca en las ondas.

II

También en la vida hay mares
de bellas, brillantes olas;
si en esos mares un día
el hombre su planta posa,
mar adentro va arrastrado
tras los placeres que ignora,
y que esos mares le ofrecen
cada día a todas horas.
La virtud está en la orilla;
y contra esa playa chocan
las ondas más halagüeñas
y las más fascinadoras,
porque al llegar a esa playa,
apenas su arena mojan,
las ondas del vicio mueren
cuando su impotencia tocan.
Para el que da *el primer pazo*
y esas playas abandona,
tarde será cuando quiera
lanzar voces angustiosas,
que en el mar de los placeres,
siguiendo su marcha loca,
se perderán sus gemidos
como la barca en las ondas.

RICARDO SEPÚLVEDA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Corregid vuestros vicios inmediatamente que los notéis u os los hagan notar.

LEÓNIDAS EN LAS TERMÓPILAS

Jerjes, rey de los persas, a la cabeza de un ejército innumerable, marchaba contra Grecia. Las diversas repúblicas de este país se preparaban para defenderse, y mientras sus fuerzas pudiesen unirse se resolvió que enviarían tropas para guardar el desfiladero de las Termópilas, por el cual el enemigo debía pasar. Este desfiladero, situado entre el mar y unas altas montañas no tiene, en ciertos sitios, sino algunos metros de anchura.

Los lacedemonios ó espartanos estaban entonces a la cabeza (tenían la hegemonía) de la confederación griega; trescientos de ellos, bajo el mando de Leónidas, recibieron orden de ir a defender el desfiladero de las Termópilas; cuatro mil griegos de las otras ciudades marcharon con ellos: así, cuatro mil trescientos hombres iban a disputar el pasaje a trescientos mil.

Jerjes, habiendo llegado a las Termópilas, no podía creer que un número tan pequeño de soldados, se atreviese a resistirle. Escribió a Leónidas: "Si quieres someterte, te daré el imperio de la Grecia". Leónidas respondió: "Prefiero morir por mi patria a esclavizarla". Una segunda carta del

rey no contenía sino estas palabras: "Entrégame tus armas". Leónidas escribió al pie: "Ven a tomarlas".

Jerjes, ciego de cólera, ordena a una de sus divisiones que vaya a tomar esos hombres y traérselos vivos. Algunos de los soldados corren hacia Leónidas y le dicen: "Los persas están cerca de nosotros" Leónidas responde friamente: "Decid más bien que nosotros estamos cerca de ellos".

Las tropas persas avanzan; los griegos en masa las arrollan y las derrotan. Durante dos días, los ataques se renovaron con tan poco éxito, que Jerjes comenzaba a desesperar de forzar el pasaje, cuando, durante la noche, un traidor vino a descubrirle un sendero, por el cual podía atravesar la montaña y pasar a retaguardia de los griegos.

A esta terrible noticia, los jefes griegos se reunieron: "Amigos,— les dijo Leónidas — partid apresuradamente, no prodiguéis aquí vuestra vida, que la defensa común necesita. En cuanto a nosotros, las leyes de nuestra patria no nos permiten abandonar sino con la vida el puesto que nos ha sido señalado; hemos recibido la orden de defender el pasaje y lo defenderemos hasta la muerte. No os imaginéis que nuestro sacrificio sea inútil. Aumentará el valor de los griegos; y mostrando a nuestros enemigos qué clase de pueblo quieren esclavizar, los helará de espanto."

Leónidas quedó, pues, solo en el desfiladero con sus trescientos espartanos. Conmovido, sin embargo, por la suerte de dos jóvenes, unidos a él por la sangre y la amistad, dió al primero una carta y

al segundo una comisión secreta para los magistrados de Lacedemonia. "No estamos aquí para llevar despachos,—le dijeron,—sino para combatir". Tuvo que ceder forzosamente a sus instancias y no privarles del honor de morir por la patria.

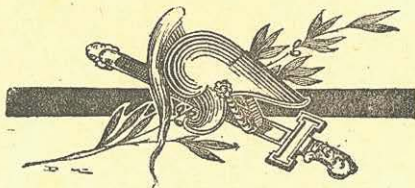
Muy luego esos generosos guerreros vieron caer sobre ellos la multitud innumerable de los persas. Leónidas sucumbió el primero, después de haber muerto un gran número de enemigos. Todos sus compañeros cayeron, cubiertos de heridas, después de haber vendido caras sus vidas.

La abnegación de Leónidas y sus compañeros produjo más efecto que la victoria más brillante; enseñó a los griegos el secreto de sus fuerzas; la admiración que inspiraron esos héroes, hizo nacer un deseo ardiente de imitarles; la ambición de la gloria, el amor a la patria y todas las virtudes, fueron elevadas a una altura desconocida hasta entonces.

En el sitio donde fueron sepultados los héroes de las Termópilas, se erigió una columna con esta sencilla inscripción: "Pasajero, ve a decir a Esparta que hemos muerto aquí por obedecer sus leyes."

BARTHÉLEMY.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—El que se sacrifica por la patria, muere contento y con gloria.





El negro Falucho

Duerme el Callao. Ronco son
Hace del mar la resaca,
Y en la sombra se destaca
Del real Felipe el torreón.
En él está de facción
Porque alejarle quisieron,
Un negro de los que fueron
Con San Martín, de los grandes,
Que en las Pampas y en los Andes
Batallaron y vencieron.

Por la pequeña azotea,
Falucho, erguido y gentil,
Echado al hombro el fusil,
Lentamente se pasea:
Piensa en la patria, en la aldea,
Donde dejó el hijo amado;
Donde su sueño adorado
Le aguarda triste y llorosa;
Y en Buenos Aires la hermosa,
Que es su pasión de soldado.

Llega del fuerte a su oído
Rumor de voces no usadas,
De bayonetas y espadas
Agudo y áspero ruido:
Un ¡viva España! seguido
De un otro viva a Fernando;
Y está Falucho dudando
Si dan los gritos que escucha
Sus compañeros de lucha,
O si está loco o soñando.

Desde los Andes, el día,
Ceñida en rosas la frente,
Abierta el ala luciente,
Hacia los mares caía,
Cuando Falucho que ansía
Dar un viva a su manera,
Como protesta altanera
Contra menguadas traiciones,
Izó, nervioso, a tirones
La azul y blanca bandera.

«Por mi cuenta te despliego
Dijo airado, y de esta suerte,
Si a tus pies está la muerte,
A tu sombra muera luego!»
Nació el sol: besos de fuego
Dióla en rayos de cariño;
Rodó el mar desde el confín
Un instante estremecido;
Y en la torre quedó erguido
El negro de San Martín.

No bien así desplegados
Nuestros colores lucían,
Por la escalera subían
En tropel los sublevados.

Ven a Falucho: airados
Hacia él se precipitan:
«¡Baja ese trapo, le gritan,
Y nuestra enseña enarbola!»
¡Y es la bandera española
La que los criollos agitan!

Dobló Falucho, entre tanto,
La obscura faz sin sonrojos,
Y ante aquel crimen, sus ojos
Se humedecieron en llanto.
Vencido al punto el quebranto,
Con fiero arranque exclamó:
«¡Enarbolar esa, yo,
Cuando está aquella en su puesto!»
Y un juramento fué el gesto
Con que el negro dijo: «¡No!»

Con un acento glacial
En que la muerte predican,
«¡Presenta el arma, le dicen,
Al estandarte real!»
Rotos por orden fatal
De la obediencia los lazos,
Alzó el fusil en sus brazos
Con un rugido de fiera,
Y contra el astabandera
Lo hizo de un golpe pedazos.

Ante la audacia insolente
De esa acción inesperada,
La inmensa turba excitada
Gritó: «¡Muera el insurgente!»
Y asustados al valiente
Cuatro fusiles brillaron...
«¡Ríndete al rey!» le intimaron,
Mas como el negro exclamó:

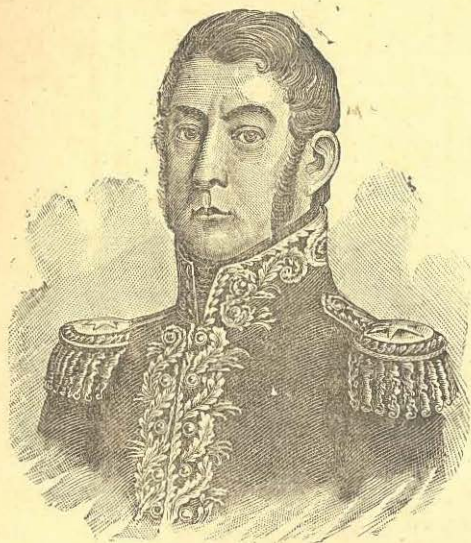
«¡Viva la patria y no yo!»
¡Los cuatro tiros sonaron!

Uno, el más vil, corre y baja
El estandarte sagrado
Que cayó sobre el soldado
Como gloriosa mortaja.
Alegres dianas la caja
De los traidores batía;
El Pacífico gemía
Melancólico y desierto,
Y en la bandera del muerto
Nuestro sol resplandecía.

RAFAEL OBLIGADO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—La patria resume en sí todos nuestros afectos más íntimos. Amarla, servirla y morir por ella, si es preciso, son deberes del ciudadano.





SAN MARTÍN Y ALVEAR

Vieron la luz en la misma zona de la América meridional, con pocos grados de diferencia, hacia el trópico, donde la vegetación de las selvas primitivas se desarrolla espléndida y hermosa.

» Ese territorio, llamado de las Misiones, era argentino y formaba parte del virreinato del Río de la Plata.

San Martín nació en el pueblo de los Reyes, conocido también con el nombre de Yapeyú; y Alvear, en Santo Ángel de la Guarda, última fundación de los jesuitas en el alto Uruguay.

Es una coincidencia curiosa, que nadie ha hecho notar hasta hoy, llamarse pueblo de los Reyes la cuna de San Martín, y llamarse ciudad de los Reyes la capital del Perú, donde detuvo sus legiones victoriosas, para proclamar la independencia de los hijos del Sol.

La casualidad destinó para los dos la misma aurora en la vida; pero San Martín, que había nacido en 1778, era un niño ya fuerte y estudiaba en el Colegio de Nobles de Madrid, cuando Alvear nació en 1789; y como más próxima la cuna de éste al volcán revolucionario de 1810, asimiló en su sangre más efluvios de aquella lava social que debía iluminar el continente, al inflamarse.

Llevándole San Martín tan marcada lejanía en los años, lo aventajaba asimismo en experiencia, en firmeza de carácter y en conocimientos militares, cuando tuvieron ocasión de conocerse en Europa.

En cuanto al valor, que no viene con los años sino con la sangre, los dos eran bravos en el combate y templados en el mismo yunque para la fatiga.

Juntos llegaron a Buenos Aires, con procedencia de Londres, el 9 de Marzo de 1812.

San Martín traía sus despachos de teniente coronel de caballería, y Alvear los suyos de alférez de carabineros reales, título honroso, que atestiguaba nobleza. La influencia de estos dos oficiales debía ser transcendental en la historia de la revolución y de la independencia americana.

El primer paso que dieron fué ofrecer sus servicios al gobierno, que los aceptó, dispensándoles la con-

sideración a que se hacían acreedores por sus manifestaciones en favor de la patria.

San Martín y Alvear, afiliados en las sociedades secretas establecidas en Europa por el general Miranda, para trabajar por la independencia de América, traían la misión de fundar una logia en Buenos Aires, que propagase la fórmula definitiva, que debía ser: independencia absoluta de la monarquía.



Alvear.

Ambos eran hombres de inteligencia no común, valientes, expertos en los negocios del mundo y que habían hecho su papel en el gran teatro de la guerra napoleónica; escuela muy aparente para formar elevados caracteres políticos y militares.

Empero, si bien las mismas lecciones y prue-

bas semejantes habían ilustrado su vida, una disparidad entre ambas naturalezas, constituía un contraste moral.

Alvear era un joven arrogante, más avezado al lujo de las cortes y costumbres palaciegas que a la ruda disciplina de los campamentos. San Martín, formado en la escuela de las ordenanzas militares, sólo sabía mandar como superior y obedecer como subalterno: hombre de talento creador y muy estudioso, era pintor hábil y matemático excelente. Perseverante por naturaleza, no se doblegaba ante el infortunio, y los reveses eran un crisol para su espíritu levantado y gallardo. Todas estas cualidades se envolvían en la densa opacidad de una modestia casi hurafía, pero sincera y constante. Esta modestia, que rayaba en humildad, nunca la ostentó más que en el día de los grandes favores de la fortuna; puede decirse, que la luz de su propia gloria le ofuscaba; y él, que sabía encumbrar su talla sobre el nivel de los más fuertes en la hora de la desgracia, carecía de coraje para afrontar los aplausos; su cabeza, que no doblegó la derrota de Cancha Rayada, no la creyó bastante segura para soportar la corona de Maipo.

Predominaba en San Martín la calma reposada del hombre reflexivo, cuya marcha no se precipita sin cálculo, y que obedece siempre en sus actos a los impulsos de una voluntad deliberada.

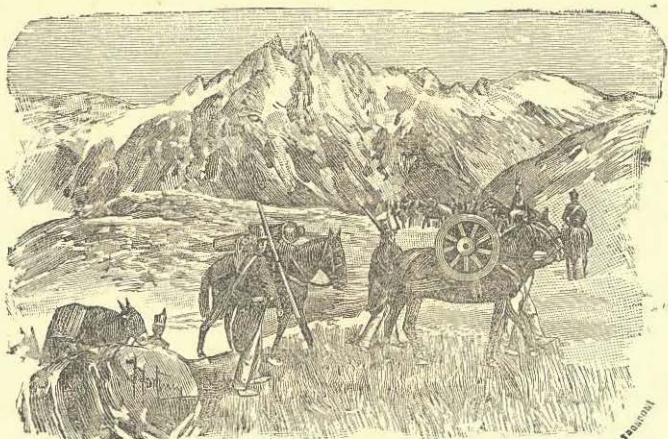
En Alvear, ya fuese por extremo de juventud, o bien por un temperamento febril, la actividad lozana de su sangre marcaba un sello de audacia, de vigor y de talento que seducía imponiéndose.

Brillante, generoso, de buen porte, podría llamarse el galán joven del drama revolucionario; pero estas cualidades, que salían resplandecientes al encuentro del observador, no eran indelebles, y en una repetida confrontación menguaban sus ventajas aparentes, a medida que la crítica sometía a su examen el valor positivo de aquellas dos individualidades.

San Martín descollaba sin contrapeso, porque, posesionado de su alto destino en el movimiento regenerador, no dejaba espacio en su alma para las ambiciones personales. Él no dividía su acción entre la patria y su propia gloria; y a trueque de conservar íntegra su idea de emancipación americana, hacía prescindencia de sí, en tanto que Alvear, lanzado en tan vasta escena, sin convicciones profundas, sin propósitos maduros, sediento de gloria y poderío, perdió muchas veces de vista la causa de la Independencia, para entregarse a especulaciones de provecho personal.

Los dos han dejado rastros marciales en el continente de América. Sus espadas invencibles trazaron el círculo de la epopeya argentina. La gloria los vistió siempre que lidiaron por la independencia y por la libertad; pero los sucesos que presidió San Martín tuvieron más relieve y un alcance más positivo y duradero en la historia. Alvear se cubrió de laureles en la conquista de Montevideo cuando apenas contaba 25 años; pero los resultados de este acontecimiento no correspondieron a los sacrificios, ni adelantaron un paso la causa de la Revolución.

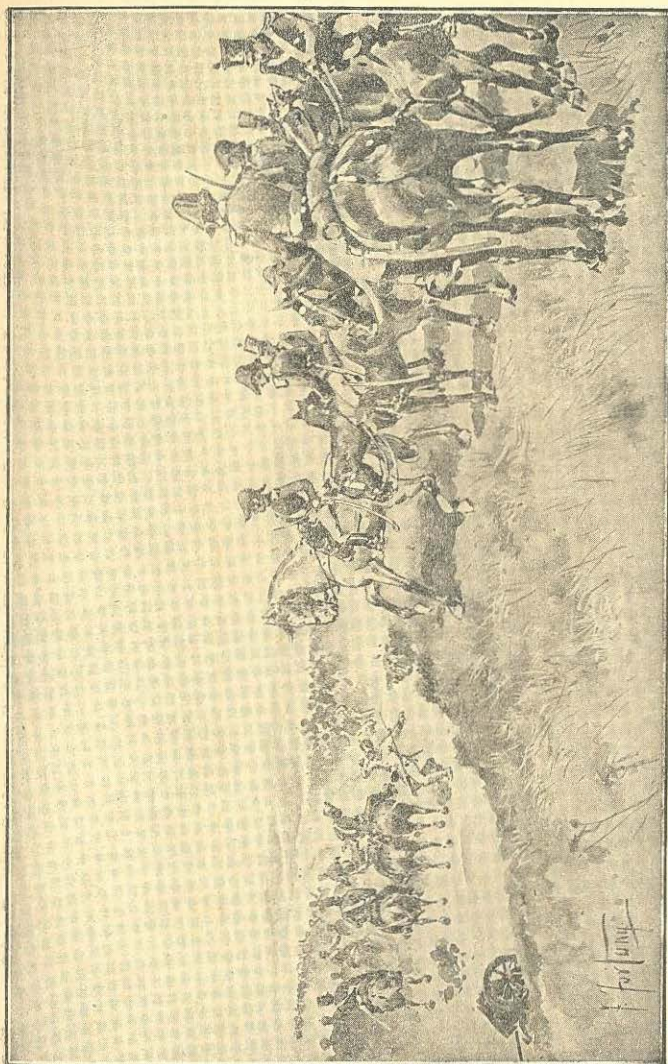
Los triunfos de San Martín, todos fueron decisivos. Chacabuco abre las puertas de la capital de Chile; Maipo, asegura su independencia; lo mismo que la batalla de Pasco, dada por sus tropas, precipitó la caída de Lima.



El paso de los Andes.

Como hombre de gobierno, Alvear no era hombre de fundar nada estable, ni asociarse a hombres de meditación y sabiduría que le ayudasen a organizar la administración y constituir el país.

En este sentido, San Martín le aventajaba; sabía administrar y elegir los colaboradores de su política. Tenía el especial tacto de buscar opuestos caracteres, para encontrar en el choque lógico de dos naturalezas diferentes, la luz radiante de la verdad. El fogoso Monteagudo y el prudente García del Río fueron sus mejores auxiliares en el gobierno del Perú; como fueron sus mejores di-



Batalla de Maipo.

plomáticos el entusiasta Alvarado y el discreto e insinuante Guido.

Alvear no era hombre de Estado; carecía de cualidades sólidas para establecer gobierno en el seno de la libertad; sólo sabía dirigir un ejército, más que por las reglas convencionales de la táctica, por su mirada rápida, y por una audacia sin ejemplo en las combinaciones estratégicas de la guerra. En Ituzaingó se condujo hábilmente; atrajo los enemigos, a su pesar, hasta el sitio que le convenía, les dió la batalla cuando los brasileños no querían batirse, y los derrotó por el esfuerzo del ejército a sus órdenes, alentado y sostenido por su palabra y por su dirección.

En las batallas de San Martín había más precaución que genio. Todo estaba calculado de antemano. La victoria y la derrota eran soluciones igualmente probables y por eso igualmente previstas en su consejo.

Alvear lo fiaba todo a su buena estrella, a su bravura y a su espada. San Martín a la organización, a la prudencia, al valor sereno.

La historia consagra nutridas páginas a estos dos beneméritos hijos de la República Argentina; sin embargo, un criterio imparcial debe dejar trazado el mérito de cada uno en la medida del éxito y de la influencia ulterior de sus actos.

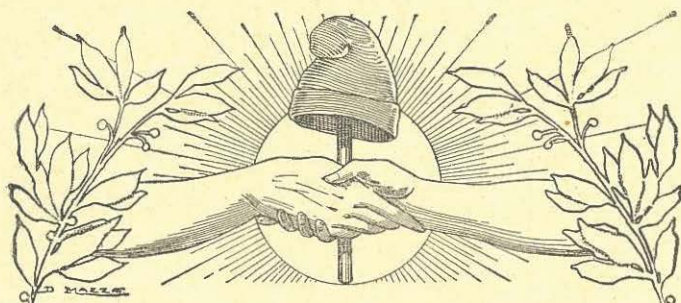
Bajo este aspecto, único que es permitido para resolver esta clase de problemas, diremos: que Alvear es el más brillante de los generales de su época; pero San Martín es el más grande hombre de guerra de la América del Sur.

El primero comprometió repetidas veces la suerte de la Revolución, subordinando a sus deseos el porvenir de todos los argentinos; el segundo no quiso terciar en las contiendas civiles, y llegó hasta desobedecer a su gobierno, antes que apuntar con sus fusiles sobre el pecho de sus hermanos. Esta acción vituperable en el absurdo de los rencores domésticos, salva a San Martín ante el juicio de la posteridad, y lo exhibe sin sombras en la historia.

MARIANO A. PELLIZA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Para que la patria sea dichosa, es preciso que los magistrados obedezcan a las leyes, y los ciudadanos a los magistrados.





RECONCILIACIÓN

Mi joven patria en el laúd del bardo
Así le canta a la materna España:
— Dulce rocío de cariño baña
Mi alma, ya libre de rencor bastardo.

¡Dame tus brazos! Con afán te aguardo.
La nube olvida que el pasado empaña.
Yo, de aquel fuego de vehemente saña
Con que luchamos, ni cenizas guardo.

Unamos nuestras dichas y pesares;
Irradie nuestra mente igual idea;
Conduzca nuestra vida igual fortuna,

Hilo eléctrico enlace nuestros lares:
¡Santa fraternidad otro hilo sea
De eterno amor que nuestras almas una!

JUAN LUSSICH.

FACUNDO QUIROGA ACOSADO POR UN TIGRE

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de



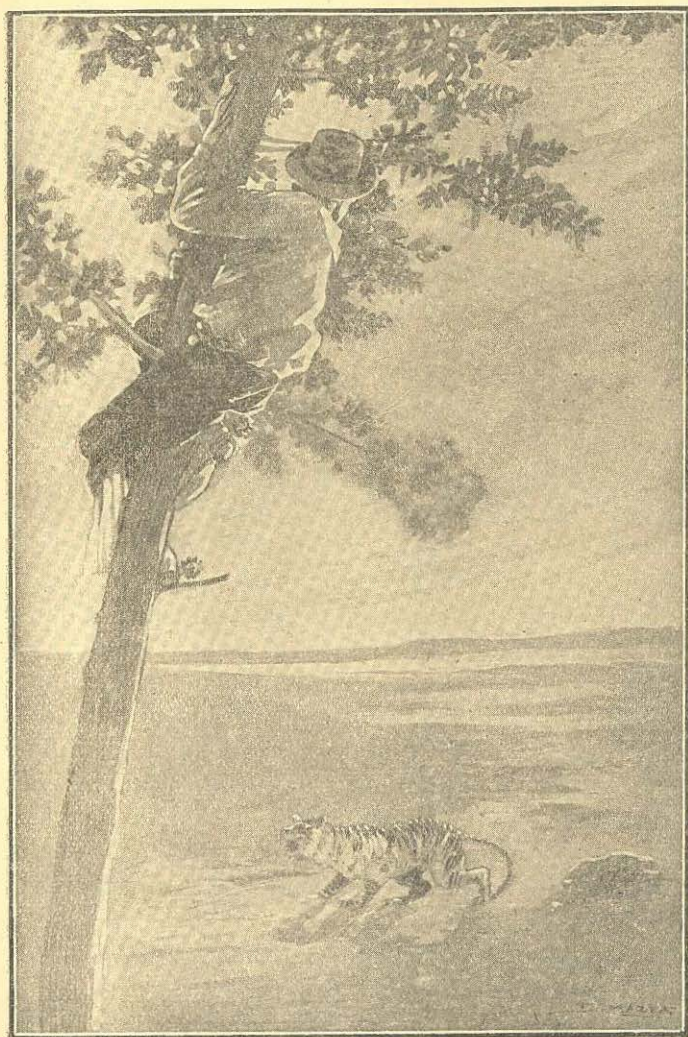
Quiroga.

aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene del Oriente no pasa la última *represa* o aljibe de campo, sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta *travesía* tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue:

Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros *gauchos*, habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis y ganar la *travesía* a pie, con su montura al hombro, a fin de escapar a las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros, tan luego como pudieran robar caballos para los tres. No eran por entonces sólo el hambre o la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, pues un tigre *cebado*

andaba, hacía un año, siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo las garras sangrientas de aquélla: entonces el tigre empieza a gustar con preferencia su carne, y se le llama *cebado* cuando se ha dado a este nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones, convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre *cebado*, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado unas seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del cerdo, pero agrio, prolongado, estridente, y que, sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte. Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin; porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía. Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco,



Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales...

felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que ésta se había separado del camino, pierde el rastro: el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarrá de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra, al fin, la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa haciendo con su peso balancearse al algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas. Desde entonces ya no bramó el tigre: acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus enormes manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaba un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente; dió vueltas en torno del árbol, midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre; y al fin, bramando de cólera, se echó en el suelo batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca.

Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho, y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que, por una fuerza invencible de atracción, no podía apartar

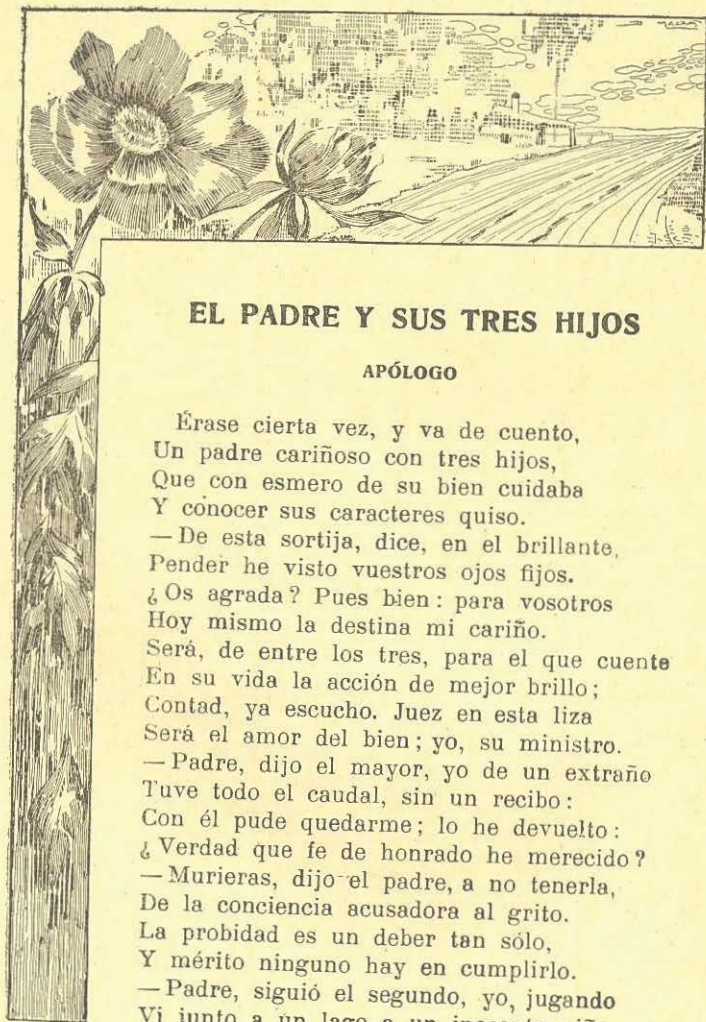
los ojos, había empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en la ancha boca de la fiera, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación. En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarle. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor, fué la obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que, en venganza de su prolongada agonía, la traspasó el que iba a ser su víctima.

"Entonces supe lo que era tener miedo", decía el general *D. Juan Facundo Quiroga*, contando a un grupo de oficiales este suceso.

DOMINGO F. SARMIENTO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Nunca apreciéis los libros por su tamaño o encuadernación, sino por lo que enseñan.





EL PADRE Y SUS TRES HIJOS

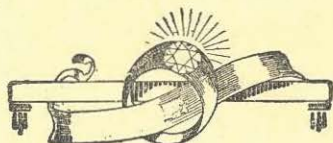
APÓLOGO

Érase cierta vez, y va de cuento,
Un padre cariñoso con tres hijos,
Que con esmero de su bien cuidaba
Y conocer sus caracteres quiso.
—De esta sortija, dice, en el brillante,
Pender he visto vuestros ojos fijos.
¿Os agrada? Pues bien: para vosotros
Hoy mismo la destina mi cariño.
Será, de entre los tres, para el que cuente
En su vida la acción de mejor brillo;
Contad, ya escucho. Juez en esta liza
Será el amor del bien; yo, su ministro.
—Padre, dijo el mayor, yo de un extraño
Tuve todo el caudal, sin un recibo:
Con él pude quedarme; lo he devuelto:
¿Verdad que fe de honrado he merecido?
—Murieras, dijo el padre, a no tenerla,
De la conciencia acusadora al grito.
La probidad es un deber tan sólo,
Y mérito ninguno hay en cumplirlo.
—Padre, siguió el segundo, yo, jugando
Vi junto a un lago a un inocente niño:

Deslizóse, cayó, presto se ahogara;
Pero yo le salvé: ¿queréis testigos?
—Fueran en vano, el padre le contesta;
Fuiste humano tan sólo en conseguirlo.
¿Si me habré de quedar con la sortija?
¡De pensarlo tan sólo me contristo!
—Yo, prosiguió el tercero, sin ser causa
Tengo ¡con qué dolor! un enemigo;
Pues bien, dormido con profundo sueño,
Al borde le encontré de un precipicio.
El menor movimiento, puesto hubiera
Fin seguro a su mísero destino.
Miréle, y por mis venas discurría
Instantáneo temblor, rígido y frío.
Pensé que si tal vez no le llamara,
Iba su muerte a hallar sin más auxilio:
Acércome en silencio; le suspendo
Y sin que él se despierte, le retiro.
—¡Ven a mis brazos, ven, hijo del alma!
Exclamó el dulce padre enternecido,
Eso es digno, eso es noble... eso es cristiano.
¡Tuyo es mi corazón... tuyo el anillo!

FERMÍN DE LA PUENTE.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Devolviendo mal por mal, imitáis lo que vituperáis; vengándoos con beneficios, haciendo bien y haciéndolo a un enemigo, dobláis vuestra gloria.



LOS LIBROS¹

No hay educación popular posible sin bibliotecas. Lo sabe por experiencia amarga el antiguo lector de librotos casuales. "Los libros piden escuelas; las escuelas piden libros. Las escuelas lanzan un contingente de hombres preparados para leer; pero que no leen por falta de libros". Por esto quiere Sarmiento que todas esas instituciones sean públicas, inclusive las técnicas de los colegios. Todo lo sacrifica a este afán. El gobierno de Chile había escuchado esta verdad, y fundó en 1856 bibliotecas públicas en todas las capitales de departamento.

La iniciativa fué aquí un fracaso. Sarmiento no tuvo colaboradores, y él mismo carecía de las dotes esenciales de administrador. La contabilidad y la distribución de la renta fueron malas. Esta última hubo de quedar suprimida por la crisis económica de 1876. El reparto no obedeció a método alguno. La elección de las obras fué generalmente inadecuada. La *Comisión protectora de bibliotecas populares*, organizada por Sarmiento con facultades autónomas, lo cual demuestra la importancia que atribuía al ramo, no estuvo a la altura de su misión.

¹ De la obra *Historia de Sarmiento*.

Fuera erróneo suponer, sin embargo, que toda esa simiente desparramada al azar se malogró en tacos de escopeta, envoltorios de almacén o cigarrillos de campaña. Que de todo hubo, según parece.

Citaré un caso que me concierne, para demostrar lo contrario.

En 1882 vivía con mis padres en el Ojo de Agua, villorrio casi fronterizo, entonces, de Santiago del Estero. La escuela local conservaba restos de una de aquellas bibliotecas: los consabidos tomos en tela verde, con el escudo argentino, dorado sobre la cubierta. Prestóme cierta vez el maestro uno de esos libros: *Las metamorfosis de los insectos*. Aquello fué la primera luz de mi espíritu, la surgencia de la honda fuente que venía a revelarme el amor de la naturaleza por medio de la contemplación científica. Y yo sé que esto ha constituido la determinación profunda de mi vida intelectual. Mi predilección por las ciencias naturales que contribuí a instituir como fundamento de la enseñanza, débolas a ese estudio infantil. De ahí partieron mis observaciones sobre el nido sepulcral del necróforo, el panal de la avispa airada, la coraza azul del escarabajo que conforme al simbolo de los antiguos panteones lleva como el mundo una bóveda cerúlea sobre su vientre negro. Así llegué a comprender la vida del agua ante cuyo cristal tiembla la libélula como una brújula loca. Y la industria de la hormiga acérrima, y la ocupación del abejorro que lleva los mensajes de las flores atareado como un cartero rural.

Durante la noche, mientras andaba sumisa y há-

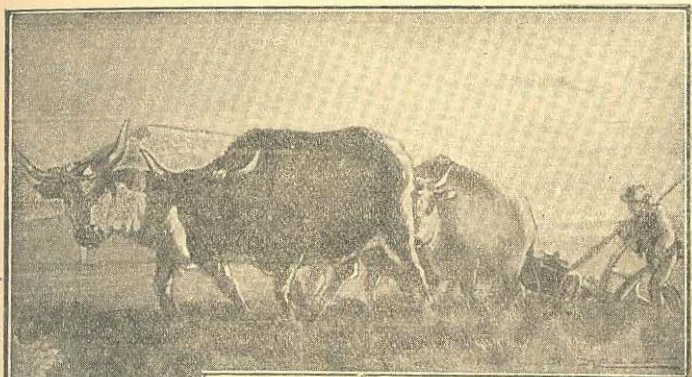
bil la costura materna, el padre leía otro libro de la descabalada biblioteca: *La Jerusalem libertada* del insigne Torcuato. Y recuerdo que me conmovió hondamente la leyenda de la selva encantada, con sus árboles sangrantes y sus láminas de pavoroso dibujo. Así conocí la poesía y vino a mi alma la Italia melodiosa, en aquella aldea serrana, bajo el silencio fecundo de la noche campestre, junto a los pequeños Ramón y Santiago que dormían en sus cunas, rubio el uno como un pollito, morenillo el otro como un perdigón.

A cuántos otros espíritus no habrán revelado cosas semejantes los libros dispersos de aquella empresa prematura. ¿Y no es, acaso, una justificación, que el grande hombre despertara con ella en el niño desconocido la noción de belleza y de verdad, puesta ahora por el biógrafo a la tarea de narrar su vida heroica?...

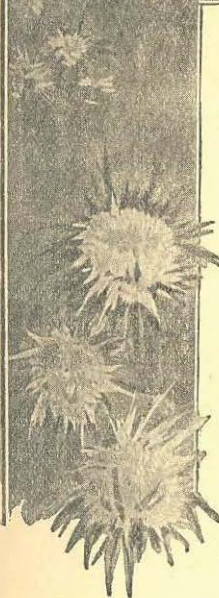
LEOPOLDO LUGONES.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Generalmente se puede conocer a un hombre por los libros que lee, como por la sociedad que frecuenta.





EL TESORO



Un labrador que, por su buena suerte
Y por su aplicación no desmentida,
Gozó de bienestar toda la vida,
Llegar sintiendo la implacable muerte,
A sus hijos llamó, y con voz entera
Y amante les habló de esta manera:

—«Hijos, nunca vendáis la pobre tierra
Que heredé de mi padre, y un tesoro
Oculta, aunque no sé dónde lo encierra.
Trabajad por hallarle, yo os lo imploro;
Trabajad a destajo,
Que tal premio merece tal trabajo:
Moved todo el terreno,
Quitadle las malezas,
Rompa el arado de la tierra el seno,
Y al cabo serán vuestras sus riquezas.»

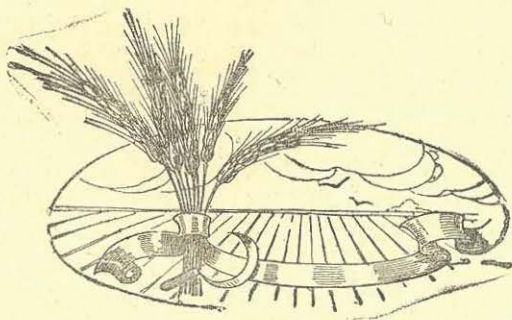
Muerto ya el labrador, seguir quisieron
El paternal consejo; mas no vieron
Los hijos el tesoro que soñaban:
En cambio, del trabajo como fruto,
Abundante cosecha aseguraban
Que pródiga la tierra dió en tributo.

No fué necia invención del pobre viejo;
El tesoro existía,
Y hoy sus hijos bendicen el consejo
Que para descubrirlo les dió un día.

*Los tesoros ¡oh niños! de aquí abajo
La honradez los conquista y el trabajo.*

M. OSSORIO Y BERNARD.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Todos los granos de trigo que
seméis han sido regados con el sudor del labrador.



LA QUENA

La flauta de los indios peruanos, inspirando a la fábula, ha despertado universal interés entre los que leyeron, u oyeron referir que la quena reproduce con sus melodiosas lamentaciones el milagro de Amphión, porque obliga a la fantasía a reconstruir el abatido imperio de los Incas y sus pulverizados monumentos.

.....

La quena existía en el Perú mucho antes de que los españoles pensaran en conquistar el imperio de los hijos del Sol. Nadie ignora tampoco, y esto explica el origen de la leyenda, que los romanos tenían una flauta llamada *tibia*, de la cual, por analogía de forma, se tomó el nombre con que hoy es conocido el hueso inferior de la pierna humana.

La quena, fabricada, generalmente, con una caña peculiar de las montañas del Perú, mide media vara de largo y dos tercios de pulgada de diámetro. Abierta por sus dos extremos, con la embocadura formada por un resorte en forma de rectángulo, pero cuyo lado superior está eliminado y el opuesto a éste cortado, como en los clarinetes,

hacia el interior y en forma de chaflán, tiene cinco agujeros en la parte superior y uno al costado, por cuya razón sólo produce semitonos fúnebres.

Los indios introducen, algunas veces, una parte de la quena en un cántaro de barro, horadado expresamente. Por medio de esta operación, las melancólicas voces de la flauta americana, adquieren una resonancia y una tristeza imponderables.

El *yaraví* o *haraví*, que se canta acompañado por la quena, existía también en la época de la dominación de los Incas. El nombre de esta composición es derivado del de Haravicus, "inventores", con que eran conocidos los elegíacos poetas peruanos.

La desgarradora tristeza del yaraví, proviene más del presentimiento del destino adverso que guardaba a la raza de los compositores, que de esa especie de nostalgia que domina a los poetas que se creen peregrinos en la tierra. La indolencia y melancolía de los antiguos indígenas del Perú, puede achacarse a una causa parecida a la que produjo el abatimiento de los hombres en el milenio.

El presentimiento de la esclavitud o de la muerte, arranca lágrimas a los débiles, mientras los fuertes se aprestan para luchar o esperan el golpe fatal sumergidos en indolente reposo. Es conocido el vaticinio de Viracocha. Cuando Huaina-Capac fué advertido de la llegada de los españoles al Perú, recordó inmediatamente que había sido anunciado que el reinado del duodécimo Inca, el imperio sería conquistado "por hombres blancos y barbudos"

Un escritor peruano dice que la música y el canto de la quena, son gemelos del *Super flumina Babilonis* del pueblo hebreo. El americano, a semejanza de los hijos de Sión, ha cantado y ha llorado su cautiverio en sentidas estancias, mezclando sus lágrimas con las aguas del lago Titicaca y con las ondas del río Apurímac. Eco de aquel quejido del Profeta, — “contemplad y ved si hay dolor semejante al dolor mío”, — lanzado desde las barbacanas de Jerusalén, es el triste y desgarrador acento de los haravicus, repetido de generación en generación, en las profundidades de las *yungas* y en las alturas de las *punas*.

“La música del yaraví, escribe Paz Soldán ¹, es por término menor, pasando muy rara vez al mayor, en cuyo caso el grave bemol, el dulce sostenido y el agradable becuadro son los que entran en su composición, que admite prodigiosas apoyaturas, oportunos ligados, calderones y los más primorosos trinos. Casi no tiene un compás determinado, ni arreglado a los principios estrechos de la música, aunque hay algunos de tres por ocho, seis por ocho y tres por cuatro. Se puede decir que son caprichos o fantasías musicales. Consiste su principal mérito, en la estrecha y admirable armonía que guarda la música, que llaman la *tonada*, con los versos, que tienen el nombre de *letra*. Las penetrantes y sentidas notas del yaraví, llenan el alma de mil inexplicables tormentos, hasta cierto punto dulces y gratos, porque nacen del amor”.

¹ *Geografía del Perú.*

En Bolivia se cree, generalmente, que la música de *La Traviata* ha sido inspirada por alguno de los yaravies más populares de esa república. Muchas personas ilustradas se adhieren a este parecer, asegurando que los principales motivos de la ópera nombrada, son americanos; lo cual no debe maravillarnos, si recordamos que *Aida*, última partitura de Verdi, ha sido escrita sobre aires populares del Egipto, recogidos por un italiano residente en el Cairo.

Los tocadores de quena ejecutan dúos inolvidables para el que es capaz de percibir, dentro de tan imperfecto instrumento, el alma sollozante del indio triste. Una de las quenas lleva el canto y otra el acompañamiento, o la primera hace una especie de reclamo, al cual responde la segunda a la distancia.

Es imponderable la sensación que produce el diálogo de las flautas, cuando se le escucha en la montaña, áspera como el camino de la vida, y en una noche nebulosa como el destino del músico desdichado. Pero aun mayor y más imponderable efecto, produce el monólogo de la flauta americana.

El dúo nos inclina a pensar en el dolor compartido: el monólogo es la querella del solitario sin consuelo. Estos monólogos suelen partir del corazón del indio errante o del alma del amante traicionado. El primero llora su libertad y su esposa, dos ilusiones perdidas: el segundo suplica a Pachacamac "el que da vida y anima al universo", o a la luna, púdica amada del padre de los Incas, que le devuelva el corazón de la mujer, a quien

pretende levantar en la montaña un altar, adornado con flores de amancai, y perfumado con resinas de sus selvas tropicales.

La música de la quena no encuentra atmósfera propicia, ejecutada a la luz del día: es música de la noche, del misterio y de la soledad.

Yo la escuché por primera vez al pie del nevado Tacora.

El agua de una acequia murmuraba no sé qué historia de la lejana vertiente, y los insectos formaban con sus zumbidos una especie de vibración de cuerdas formadas con hilos de luz.

.....

Era uno de esos instantes en que la memoria recuerda, detalle por detalle, la historia de largos y melancólicos días; instantes que nos dejan el alma herida o la frente cubierta de nieve. En las alturas del recuerdo cae nieve incesantemente; y el hombre pierde en ellas la voz, como al tocar la cima de la encumbrada montaña, después de una ascensión fatigosa. Mudo, cual todos los que en la noche, a la luz de la luna, con los ojos puestos en los Andes, y el pensamiento fijo en el amor de la patria, recuerdan y se lamentan en silencio, comprendí entonces que la voz de la quena es la voz de los dolores íntimos, la única voz capaz de expresar fielmente las amarguras de la ausencia, del peregrinaje y del olvido.

SANTIAGO ESTRADA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Sin principios, el hombre es como un buque sin timón y sin brújula, pronto a ser llevado de aquí para allá, por cualquier viento que sople.



PATRIOTISMO

TROVA

He nacido en Buenos Aires:
¡Qué me importan los desaires
Con que me trata la suerte!
Argentino hasta la muerte,
He nacido en Buenos Aires.

Tierra no hay como la mía,
Ni Dios otra inventaría
Que más bella y noble fuera.
¡Viva el sol de mi bandera!
Tierra no hay como la mía.

Hasta el aire aquí es sabroso:
Nace el hombre alegre, brioso,
Y las mujeres son lindas
Como en el árbol las guindas.
Hasta el aire aquí es sabroso.

¡Oh Buenos Aires, mi cuna!
¡De mi noche amparo y luna!
Aunque en placeres desbordes,
Oye estos dulces acordes.
¡Oh Buenos Aires, mi cuna!

Fanal de amor encendido,
Borda el cielo tu vestido
De rosas y rayos de oro:
Eres del mundo tesoro,
Fanal de amor encendido.

¿Quién al verte no te admira,
Y al dejarte no suspira
Por volver hacia tus playas?
Deidad de las fiestas mayas,
¿Quién al verte no te admira?

De tus glorias, que otros canten,
Y a las nubes te levanten
Entre palmas y trofeos:
Yo no asisto a esos torneos;
De tus glorias, que otros canten.

Tu esplendor diré tan sólo,
Si no del ya viejo Apolo
Con la lira acorde y fina,
En mi guitarra argentina
Tu esplendor diré tan sólo.

Voluptuosa te perfumas
De junquillos y *arirumas*
Cuando te adornas y encintas.
En las auras de tus quintas,
Voluptuosa te perfumas.

Goza del Plata al arrullo,
Llena de garbo y de orgullo
Criolla sin par; blasonante,
De tu destino brillante
Goza del Plata al arrullo.

Triunfa, baila, canta, ríe,
La fortuna te sonríe,
Eres libre, eres hermosa;
Entre sueños color rosa,
Triunfa, baila, canta, ríe.

¡Cuántos medran a tu sombra!
Tu campiña es verde alfombra,
Tus astros vivos topacios;
Habitando tus palacios,
¡Cuántos medran a tu sombra!

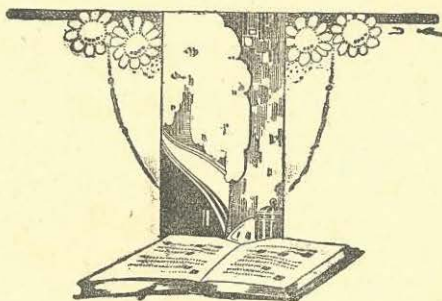
Bajo de un humilde techo
Vivo en tanto satisfecho
Bendiciendo tu hermosura;
Que bien cabe la ventura
Bajo de un humilde techo.

La riqueza no es la dicha;
Si perdí la última ficha
Al azar de la existencia,
Saqué en limpio esta sentencia:
La riqueza no es la dicha.

He nacido en Buenos Aires:
¡Qué me importan los desaires
Con que me trata la suerte!
Argentino hasta la muerte,
He nacido en Buenos Aires.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—La felicidad del hombre no es posible sin la virtud.



SAN MARTÍN EN LA EXPATRIACIÓN

Habitaba el marqués de las Marismas, en los veranos, una residencia de príncipes llamada Petit-Bourg, situada a una hora de camino por ferrocarril, entre Fontainebleau y París. San Martín le acompañaba allí con frecuencia, y tal vez por un rasgo de la independencia de su espíritu se decidió a comprar en la vecindad de aquel castillo una pequeña casa de campo en el precio de cinco mil pesos, y la cual su hijo político realizó después por una suma aun inferior.

Tal fué la célebre posesión de Grand-Bourg, que algunos viajeros antojadizos, guiados sin duda por lo sonoro del nombre, han convertido en un palacio, cuando apenas podía considerarse superior a una choza.

Allí pasó el general San Martín sus mejores días, porque la soledad del campo es para los hombres cuya vida ha sido una borrasca, una especie de re-



San Martín.

surrección infinita en que la memoria y sus imágenes reemplazan a la pasión y sus fantasmas.

Vamos a contar aquí esa existencia, con aquellos pormenores, al parecer nimios y casi insustanciales, de la vida diaria, cuyo conjunto forma, sin embargo, de continuo el más auténtico retrato de las grandes naturalezas, cuando se las ha sorprendido en el abandono de una intimidad sin testigos.

El general San Martín se levantaba con el alba, ese reloj del gallo y del soldado. Poníase a la ligera una bata de tela humilde que se conserva todavía como un recuerdo de familia, y él mismo se preparaba su bebida matinal. ¡Cosa extraña! siendo argentino, casi paraguayo, el general no hacía nunca uso del *mate* en Europa, mas por una generosa transacción con sus viejos hábitos, se servía el té o el café en aquel utensilio y lo bebía con una bombilla de caña. Igual pacto había dictado a su robusta naturaleza con el consumo de la morfina, que los dolores neurálgicos que aquejaron siempre a su estómago le acostumbraron a emplear en dosis excesivas, principalmente en el Perú.

Los cigarros habanos fueron la primera transición y en seguida picaba el tabaco de éstos en una tabla, que todavía guardan sus deudos, para envolverlo en la chala u hoja de maíz, o absorber su humo en una pipa. De estas últimas poseía el patriarca de Grand-Bourg un considerable surtido, así como una hermosa colección de armas, a las que era singularmente aficionado. Y así, con frecuencia, en aquellas primeras horas, de forzado ocio, poníase a limpiar con la prolijidad de un *asistente* aquellos

objetos. A esto llamaba él alegremente *trapichear*, tal vez por la obra lenta y paciente que había visto ejecutar en su niñez a los *trapiches* primitivos del Ibicuy, a orillas de cuyo río naciera.

En otras ocasiones, ocupábase en pequeñas obras de carpintería, de cuyo oficio tenía una caja bien surtida, o en iluminar fotografías, especialmente marinas, afición que había ganado en los cruceros de su juventud, y que jamás perdió, eligiendo para morir la orilla del océano.

Guardaba también un choco de agua que le habían regalado en Guayaquil, y al que pasaba horas enteras enseñándole pruebas de paciencia o agilidad. Consistía una de éstas en fusilarle, con un bastón, después de haberle sentenciado como *desertor*: agudezas que el animal ejecutaba a maravilla, siendo un favorito de la casa hasta su muerte de vejez.

El general San Martín cuidaba también, como un recluta, de su modesto guardarropa, y a este fin tenía siempre sobre su mesa una caja de madera que había servido de estuche a una edición microscópica de clásicos franceses, en la que guardaba su hilo, sus agujas y botones. Cuando su hija quería intervenir, alegando las prerrogativas de su experto dedal, — ¡quita allá! — decíale dulcemente el austero soldado, — ¿por qué quieres quitarme mis buenos hábitos? Y de esta suerte nunca el vencedor de Maipo se puso camisa cuyos botones no hubiese cosido él mismo; así como la camisa con que su mayor general asistiera a la Catedral de Santiago al *Tedéum* de Maipo, fué, según su confesión,

préstamo de un amigo, porque él no la tenía... ¡Hombres sublimes!

En el vestir, era el general San Martín un espartano: una levita de paño azul abotonada constituía todo su lujo. Su corbata era, cuando no el corbatín de crin del soldado, un pañuelo de algodón a cuadros, y ésta especialmente era su *toilette* de verano. Existen cuentas de la época en que este hombre original fué dictador omnipotente en Chile, y en ellas aparecen no pocas partidas por remiendo de sus botas. Esto no obstante, el general conservaba el uniforme de coronel de granaderos a caballo con que pasó los Andes, el cual ha sido reproducido fielmente sobre el original en su estatua ecuestre. Su deslumbrador uniforme de *Protector* del Perú yacía también en el rincón de un armario; mas allí han ido a desenterrarle a última hora las manos de rapaces invasores para arrancarle los botones, que se imaginaron eran de oro.

Otro tanto, por desgracia, ha sucedido con sus armas, sin que hayan valido los réclamos diplomáticos; porque ya ha quedado suficientemente sancionada por el uso, que la primera ley de la guerra, en Europa, es el *saqueo*.

Mucho mejor que estos trapos, el libertador del Perú conservaba con celosa veneración el estandarte de Pizarro, su único expolio por un reino redimido, y cuyo reciente extravío en Lima habría sido una pérdida completamente irreparable, si su hija no la hubiese reproducido por el pincel con una perfecta semejanza. De aquí la oleografía que

adorna la colección publicada en Buenos Aires con el nombre de *San Martín*.

El menaje de su habitación era, como el de su cuerpo, de una sencillez antigua. Había substituido su catre de campaña (propiedad hoy del general Mitre) por otro más sólido de hierro, pero tan común como los que se usan en los colegios, y no tenía otro mueble de regalo que una vieja e incómoda poltrona. Cuando estaba ya muy achacoso, sus hijos le hicieron aceptar a viva fuerza un *fauteuil* más cómodo; pero sólo como adorno, porque hasta lo último prefirió la antigua poltrona.

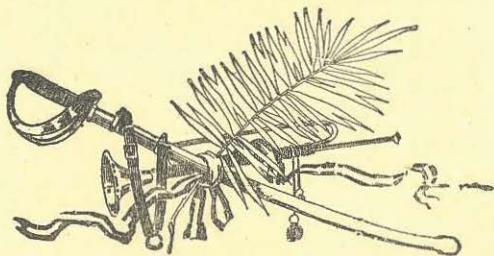
Después que el general terminaba su trapicheo matinal, montaba a caballo cuando residía en el campo, y era aquel su ejercicio predilecto. Cuando habitaba la ciudad, prefería pasear a pie por los suburbios de París, mezclándose familiarmente con el pueblo; pues, así como en Bolívar jamás desapareció el gran señor de la colonia, San Martín fué el único de los argentinos que le acompañaron a Chile, sin exceptuar al mismo glorioso Las Heras, que se mostró siempre demócrata, siempre popular.

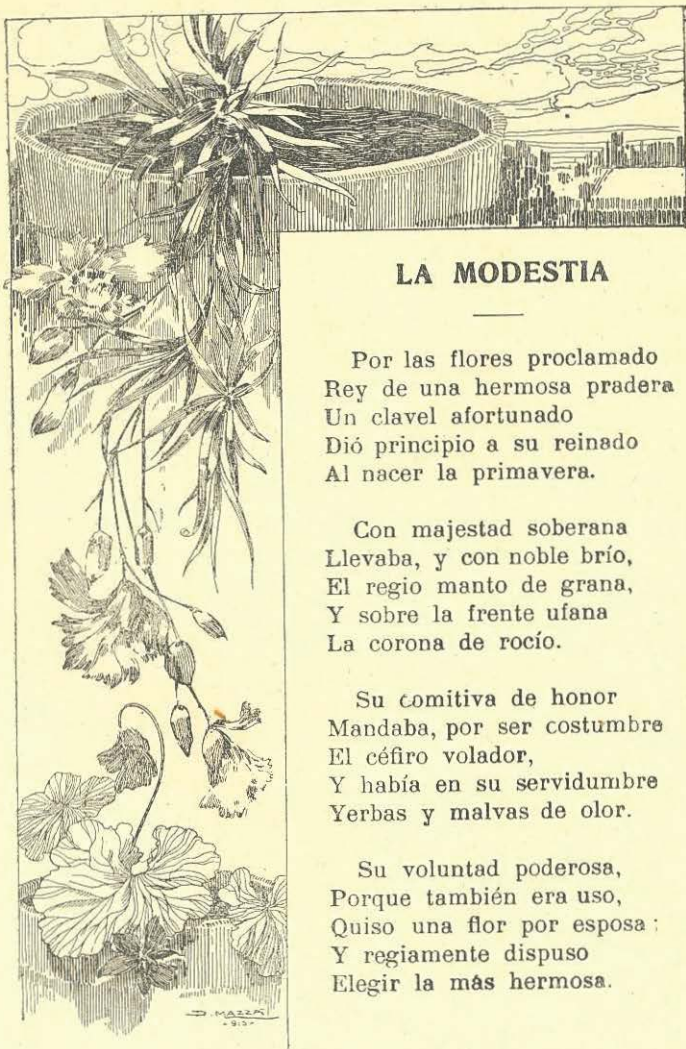
En los alimentos era de una frugalidad que es ya un título adquirido a su noble vida por la historia. Su antiguo secretario íntimo, el general Guido, asegura en algunos de los preciosos recuerdos que publicó antes de morir, que en Chile el general en jefe del ejército de los Andes comía ordinariamente en la cocina, mientras sus ayudantes y cortesanos devoraban los banquetes de su mesa de Estado. Por otra parte, su estómago enfermizo y la índole soldadesca de su naturaleza moral, le habían creado

desde su juventud esos hábitos de abstinencia y regularidad. El señor de Grand-Bourg vivía como el hacendado Montalván, y como aquel culto é ilustre soldado que habitaba, hasta hace poco, una quinta histórica en la calle de San Diego de nuestra capital. Un vaso de generosa *chicha* solía ser para éste y sus convidados el lujo de sus últimos festines. El *guiso* favorito de San Martín era el *asado*, este pan cotidiano de los argentinos, como la yerba mate es su agua.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — La más noble aspiración del ciudadano es la de ser útil a su patria.





LA MODESTIA

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera
Un clavel afortunado
Dió principio a su reinado
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana
Llevaba, y con noble brío,
El regio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.

Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre
El céfiro volador,
Y había en su servidumbre
Yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
Porque también era uso,
Quiso una flor por esposa ;
Y regiamente dispuso
Elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey.

Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se vían
Con harta envidia dispuestas
A ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla,
El rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una mansa florecilla
Entre la yerba menuda.

Y por si el regio esplendor
De su corona le inquieta,
Pregúntale con amor:
—¿Cómo te llamas?—Violeta,—
Dijo temblando la flor.

—¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey a elegir esposa?

Siempre temblando, la flor.
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo:—Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.—

El rey, suspenso la mira
Y se inclina dulcemente;
Tanta modestia le admira,
Su blanda esencia respira
Y dice alzando la frente:

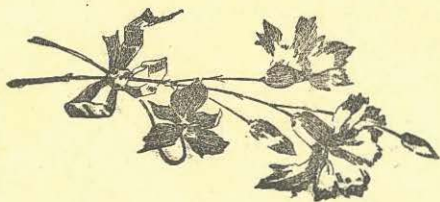
—Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta;
Sepa si alguien murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.—

Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es la esposa
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

JOSÉ SELGAS.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Sed modestos y seréis apreciados



LA MUERTE

DEL GENERAL SAN MARTÍN

Paris, 29 de Agosto de 1850.

Cumplo hoy con el doloroso deber de comunicar la más triste noticia que puede transmitirse a las repúblicas de la América del Sud: la muerte del general D. José de San Martín. En la noche del 17, salí para el puerto de Boulogne, acompañado por un compatriota con el objeto de visitar al ilustre enfermo, cuya salud se hallaba en estado alarmante, como anuncié en el mes pasado. En la mañana del siguiente día, supimos la noticia de su muerte, acaecida el mismo día de nuestra partida. D. Mariano Balcarce, esposo de la noble hija del general, nos refirió, con el corazón destrozado por el dolor y bañados los ojos en lágrimas, sus últimos momentos.

El 17, el general se levantó sereno y con las fuerzas suficientes para pasar a las habitaciones de su hija, donde pidió que le leyeran los diarios, que el estado de su vista no le permitía, desde mucho tiempo, leer por sí mismo. Nada anunciaba en su semblante ni en sus palabras el próximo fin de su existencia.

El médico le aconsejaba trajera a su lado una hermana de caridad, a fin de ahorrar a su hija las

fatigas ya tan prolongadas de sus cuidados, y a fin de que el mismo enfermo tuviera más libertad para cuanto pudiera necesitar, lo que a veces no hacía por no molestar a su hija. Esta señora no quería ceder su privilegio, tan grato para su amor filial, y de que disfrutó hasta el último instante, de asistir a su padre en su penosa enfermedad.

, El señor Balcarce salió en la mañana de ese mismo día a hacer esa diligencia, acompañado por don Javier Rosales, a quien comunicó las esperanzas que abrigaba en el restablecimiento del general, y su proyecto de hacerle viajar; tan lejos estaba de prever la desgracia que le amenazaba, y tanta confianza le inspiraba el estado, en ese día y los anteriores, de su padre. El señor Rosales procuró disipar esas ilusiones, que podían hacer más sensible un golpe, que él consideraba inmediato, y sus tristes predicciones no tardaron, por desgracia, en realizarse.

Después de las dos de la tarde, el general San Martín se vió atacado por sus agudos dolores de estómago. El Dr. Jordán, su médico, y sus hijos, estaban a su lado. El primero no se alarmó y dijo que aquel ataque pasaría como los precedentes. En efecto, los dolores calmaron, pero repentinamente el general, que había pasado al lecho de su hija, hizo un movimiento convulsivo, indicando al señor Balcarce con palabras entrecortadas que la alejara, y expiró casi sin agonía. Es más fácil comprender que explicar la aflicción de sus hijos en presencia de esa muerte tan súbita como inesperada.

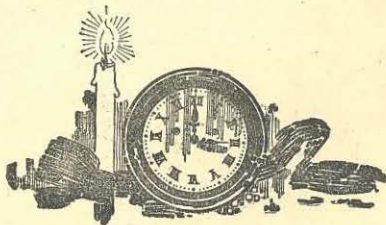
.....

En la mañana del 18, tuve la dolorosa satisfacción de contemplar los restos inanimados de este hombre, cuya vida está escrita en páginas tan brillantes de la historia americana. Su rostro conservaba los rasgos pronunciados de su carácter severo y respetable. Un crucifijo estaba colocado sobre su pecho; otro, en una mesa, entre dos velas que ardían al lado del lecho de muerte. Dos hermanas de caridad rezaban por el descanso del alma que abrigó aquel cadáver.

Bajé en seguida a una pieza inferior, dominado por los sentimientos religiosos que se levantan en el corazón del hombre más incrédulo al aspecto de la muerte. Un reloj de cuadro negro, colgado en la pared, marcaba las horas con un sonido lúgubre, como el de las campanas de la agonía, y este reloj se paró aquella noche en las tres, hora en que había expirado el general San Martín. ¡Singular coincidencia! El reloj de bolsillo del mismo general se detuvo también en aquella hora de su existencia.

FÉLIX FRÍAS.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Las leyes de la patria deben respetarse como la voluntad de una madre.





OFRENDA A LA PATRIA

Por mi Dios y por mi sangre
te hago ofrenda de mi vida:
lo que soy y lo que tengo
te lo debo, patria mía.

Lo que canto y lo que sueño,
todo el cáliz de mi vida,
ante el ara de tus héroes,
te lo brindo, patria mía.

No me arredran los embates
de la lucha por la vida,
porque sé que la victoria
siempre es tuya, patria mía.

Y si pierdo en la batalla
los alientos de mi vida,
clamará mi último grito:
«¡Vive y triunfa, patria mía!»

Lo que soy y lo que tengo
te lo debo, patria mía:
de mi vida te hice ofrenda,
¡usa, patria, de mi vida!

C. O. BUNGE.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Si la patria os necesita, no esperéis
que os llame dos veces.

LA MESA DE CONCORDIA

(EL NÚMERO 13)

De las muchas preocupaciones que la flaqueza humana lleva a cuestas por credulidad o por tradición, es una de las más generales la fatalidad del número *trece*.

¿Por qué ese número y no otro cualquiera?—se pregunta;—y la única respuesta parecida a razón que se da, es un cálculo de probabilidades de la existencia, debido a cierto matemático ilustre, según el cual muere o corresponda que muera *uno* en el año sobre cada *trece* individuos.

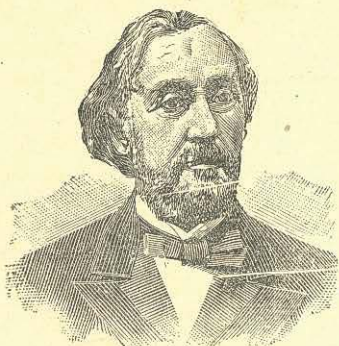
El creyente en el fatalismo del *trece* tiene siempre observaciones propias en qué fundar su obcecación, y es de ver cómo relata sucesos desgraciados que, a demostrar algo, comprueban simplemente coincidencias anotadas, pero nunca relación científica de casualidad entre el número fatídico y los hechos ordinarios de la vida, que son el resultado de leyes físicas y morales inmutables.

El *trece* debía ser más bien amado. Jesús y sus discípulos lo completaron, y no registra la historia del hombre obra más grandiosa que la redención moral consumada por ellos. Las antiguas ciudades españolas lo distinguían por eso, y la Orden mili-

tar de Santiago lo elevó a la categoría de título para ser diputado a los capítulos generales.

En la mesa es donde se teme especialmente el fatalismo del *trece*; conozco personas que prefieren dejar de comer, antes que sentarse en grupo de ese número de comensales.

De esta preocupación se hablaba un día en la mesa del general en jefe del ejército aliado, cuyo cuartel general estaba en Concordia, a propósito de completar los presentes el número fatídico.



Mitre.

La composición de la mesa había sido el resultado de coincidencias.

El general D. Bartolomé Mitre comía siempre con sus secretarios, sus ayudantes y oficial de guardia, no reuniéndose jamás trece.

Aquel día vacaron dos asientos: el de Miguel Martínez de Hoz y el de

Gaspar Campos; ambos habían solicitado pasar a mandar cuerpos para estar en mayor actividad militar. Las vacantes redujeron a doce los comensales.

Empezaba la comida cuando llegó el capitán Napoleón Uriburu con el parte de la victoria de *Yatay*. No hay a qué pintar el regocijo de todos: lo supondrá el lector. El general Mitre invitó a Uriburu, y el gallardo oficial tomó asiento y completó *trece*.

A pesar de la alegría reinante, no faltó quien notase y observase la inconveniencia del número, y de ello surgió una conversación animada sobre la preocupación fatídica.

Es de saber que el temido número merecía honores de distinción en la vida del general, pues si alguna vez pudo haber sido influido por la credulidad, la prueba la derrotó siempre, haciendo del *trece* augurio de felicidad. Dijolo así, y refirió varios hechos personales contrarios al fatalismo discutido, entre ellos el siguiente:

Hallábase en Rojas dando la última mano a la organización del ejército con que marchaba al encuentro de Urquiza. *Trece* eran las divisiones existentes, circunstancia inquietante para muchos. A fin de suprimir recelos, resolvió modificar la distribución de las tropas para completar catorce cuerpos, y trabajó con su secretario Dr. José María Gutiérrez; pero, a causa de un error de apunte, la operación dió por resultado el mismo hecho que se quería evitar, y así quedaron las cosas. Era una especie de insistencia fatalista del *trece*. El ejército abrió operaciones; libró la batalla de Pavón, y la libertad constitucional de la República fué salvada por las *trece* divisiones de Buenos Aires.

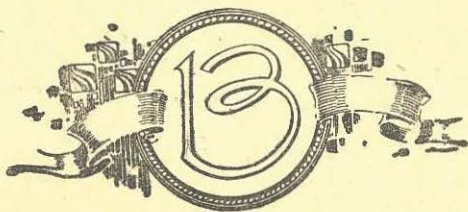
"No debe, pues, recelarse del número *trece*"—dijo el general, en conclusión;—"yo les aseguro que todos los de esta mesa volveremos sanos y con gloria de la campaña."

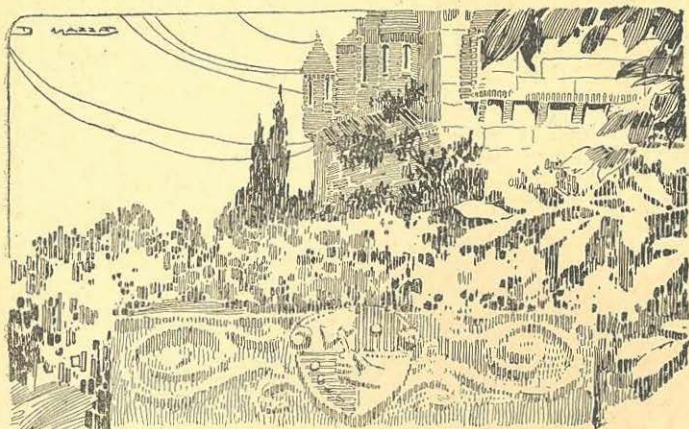
Ninguno paró mientes en *seguridad* tan problemática, quedando el preocupado con su manía y al indiferente con su desprecio.

La guerra del Paraguay fué larga, penosa y cruenta; todos los comensales de Concordia asistieron a la mayor parte de los combates y batallas; pero los *trece* salvaron la vida y conquistaron distinguidos honores.

M. F. MANTILLA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — La confianza en si mismo atrae la de los otros.





EL BIEN SUPREMO

El saber es algo, el genio es más;
pero el hacer bien es más que ambos,
y la única superioridad que no crea
ambiciosos.

F. CABALLERO.

Nada importan los timbres gloriosos
de una antigua heredada nobleza:
los palacios que alzó el privilegio,
los pendones que impuso la fuerza,
miserables y tristes despojos
son, al fin, de la humana soberbia:
la virtud sólo vive en el hombre:
hacer bien es la dicha suprema.

La hermosura es aurora esplendente
que un instante no más embelesa;
como lampo veloz se desliza
de la edad la gentil primavera.
¿Puede hallarse una dulce ventura
en la fiebre de oro, funesta?
Para el hombre sencillo y juicioso
hacer bien es la dicha suprema.

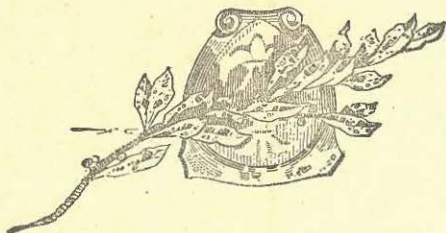
Los placeres mundanos tan sólo
los sentidos halagan y llenan;
pasajeros instantes de gloria
nos producen las frívolas fiestas.
En el vano oropel y el estruendo
con que el lujo arrogante se ostenta,
no halla el hombre ni paz ni consuelo:
hacer bien es la dicha suprema.

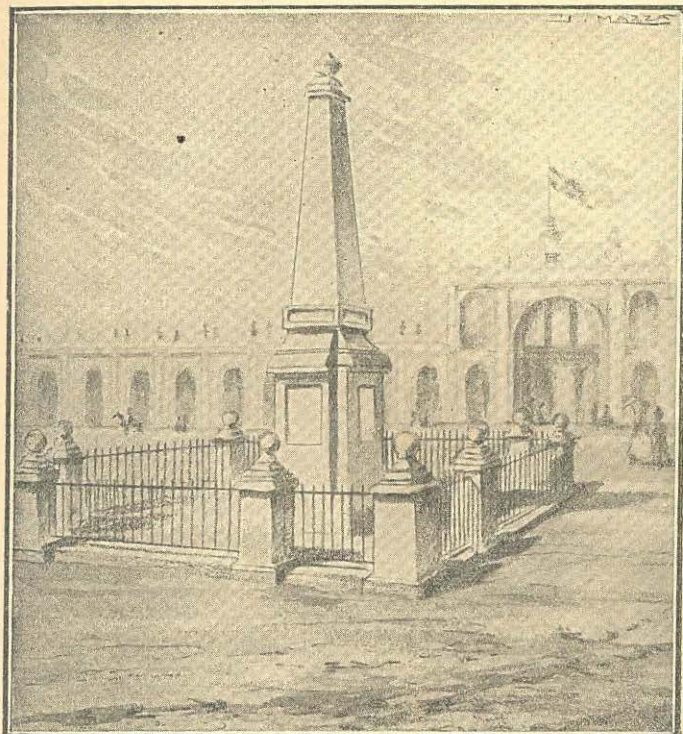
¿Qué me importan los triunfos que obtienen,
en afán desmedido y sin tregua,
la ambición, la avaricia, la usura,
las pasiones bastardas y arteras?
¡Lejos id, engañosos fantasmas!
En la vida frugal y modesta,
se halla el bien y se imparte gustoso:
hacer bien es la dicha suprema.

El saber con sus palmas hermosas,
la virtud con sus nobles presea,
el amor a los patrios hogares,
de las artes las gratas bellezas,
el progreso del mundo y sus glorias,
el sostén de las grandes ideas,—
son el culto perenne del bueno
y hacer bien es la dicha suprema.

RODOLFO MENÉNDEZ.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—La adversidad es el crisol de la virtud.





LA PIRÁMIDE DE MAYO

Modesto monumento, el más grandioso por su significado, es también el más antiguo y querido en nuestros fastos, y bueno es anotar de paso el menos dispendioso, pues desde el 6 de Abril al 21 de Mayo (1811) sólo se invirtieron “cinco mil ciento sesenta pesos y seis reales”, jornales de peones y oficiales en mano de obra, ladrillos, arena, hierros, maderas, alfajías y travesaños.

Banderas de tres naciones se arrollaron en sus umbrales, donde varias generaciones congregáronse a celebrar victorias patrias y retemplar el espíritu viril en nublados días de conturbación, y en donde se juraron la primera Constitución de Buenos Aires, como la de la Nación.

Hasta 1852, ni al exterior fué innovada.

Los toques y retoques de modernización se sucedieron en nuestros días. A plaza abierta, a ojos vista, sin que denso telón pudiera ocultarla a pasantes, en centro donde más se pasa, pudo ser substituida. Y aquí sea permitido al tradicionista de todos los monumentos del pasado en la patria grande, incrustar reminiscencias de la infancia, que fuera mayor que la de testigo ocular, en el testimonio de la generación a que pertenecemos.

El año que feneció la tiranía, como al despertar de un pueblo, resurgimiento jubiloso animaba del uno al otro extremo la reducida ciudad que actualmente puebla millón y medio de habitantes. A las fiestas mayas más solemnes en 1852, concurren multitudes de niños con trajes de fantasía, tejiendo vistosas figuras, arcos, banderas y cintas multicolores en los giros de la danza.

Las escueleros de D. Rufino Sánchez, establecimiento fundado el año de la pirámide, los de Larroque, Mariano Martínez, rivalizaban con sus músicas, alegres, cantos patrióticos y loas entusiastas:

«Los pueblos cantan,
los tiranos lloran.»

Recordamos los versos de D. Juan de la Cruz, tan vivamente declamados por su sobrino, poeta de raza, Juan Cruz Varela, en el mismo instante que empezaba a dorarse la cima de la pirámide.

« Ya raya la aurora del día de Mayo,
salgamos, salgamos a esperar el rayo
que luce primero su fúlgido sol. »

Tocónos por primera vez cantar el himno nacional en grupo, que desentonábamos Dardo Rocha, Melchor Romero, Aristides Sacristie, Juan José Romero, Luis María Campos, Martín Míguez, Marcelino Escalante, y Santiago Alcorta.

Descollantes fueron muchos de estos amados condiscípulos, con quienes sentimos profundamente aplausos. Pasados sesenta años, todavía resuenan en nuestro corazón, no por la habilidad de los niños cantores (sólo Adolfo Conde resultó tenor, no tenorio), sino por el acento de sinceridad en plácemes de viejos patriotas emocionados hasta las lágrimas, visiblemente conmovidos, el anciano gobernador, D. Guillermo Pintos, el íntimo de San Martín, general Guido, que pocas horas después mandaba la parada, Díaz Vélez; otro grupo de héroes de la Independencia, abrigado por la gloria, y rodeados de multitudes populares, niños de la nueva generación y niños de antes, coronel Escalada (abanderado de la guardia nacional en aquel inolvidable 25 de Mayo), coronel Pacheco, Olazábal' que hacía cuarenta años acarrearán materiales de construcción al paladium sagrado, in-

tangible hasta entonces, y no tocado después, testigos somos.

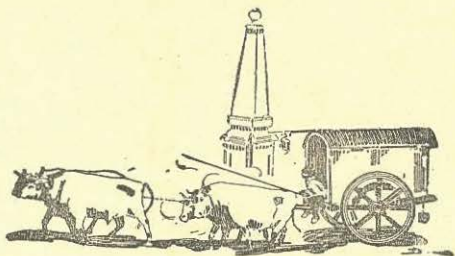
Este obelisco piramidal, que tantos recuerdos encarna, de la base a la cúspide, simboliza la idea de Mayo, con cuya iniciación conmemoraban los hombres de 1810, es, a la vez, la idea del trabajo, de la tierra, del suelo nativo y del hierro extranjero, base, la más sólida, en que se afirma nuestra nacionalidad.

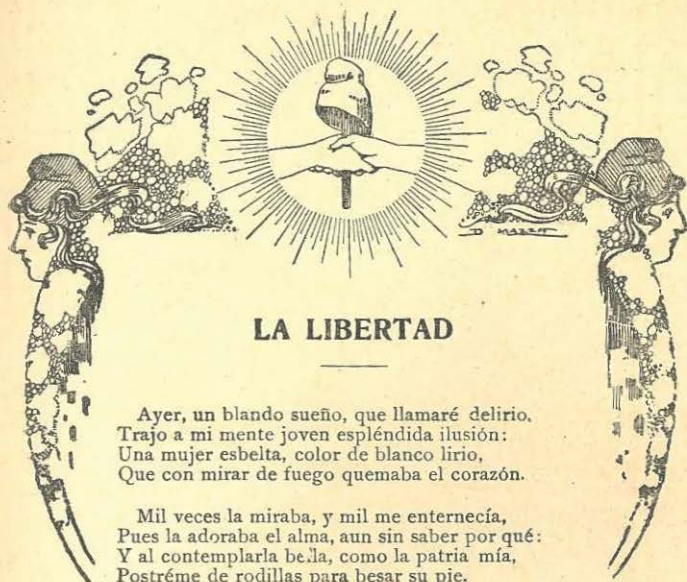
“La pirámide que acabamos de levantar en peso, menos pesada, sin duda, que las glorias alcanzadas en cien años, es la misma y única que se ha construido, la que en 1811 dedicaron nuestros antepasados a los fundadores de la patria, la misma en cuerpo y alma, en significación y recuerdos, ante la que en 1852 elevaba un himno y sus oraciones, la generación que se pone, y que, como piedra fundamental de esta hermosa patria argentina, confiamos su custodia a los que nos sucedan mientras Dios sea loado.”

1913.

PASTOR S. OBLIGADO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Niños: ¿queréis que la patria sea más grande cada día? Poned a su servicio vuestro estudio, vuestro trabajo y vuestras acciones.





LA LIBERTAD

Ayer, un blando sueño, que llamaré delirio.
Trajo a mi mente joven espléndida ilusión:
Una mujer esbelta, color de blanco lirio,
Que con mirar de fuego quemaba el corazón.

Mil veces la miraba, y mil me enternecía,
Pues la adoraba el alma, aun sin saber por qué:
Y al contemplarla bella, como la patria mía,
Postréme de rodillas para besar su pie.

Aquello ¡ay! era un sueño: pero aun tibias yo siento
Las lágrimas perdidas que en mi dormir vertí,
Cuando la lengua dijo, con atrevido acento:
— Señora, yo os adoro con santo frenesí.

Aun siento yo una mano que asió la mía helada,
Aun suena en mis oídos una vibrante voz,
La que me dijo:— ¡Adora, y nada temas, nada,
Que a mí todos me adoran, como se adora a Dios!

Arrebatado entonces, con éxtasis vehemente,
Quise lanzarme a ella; mas ¡ay! nada palpé:
Sólo quedó grabada su imagen en la mente,
Y conocí quien era tan luego desperté:

Esa mujer que adoro con la efusión del alma...
De quien miré durmiendo la noble majestad,
Y en cuya frente pura se ostenta rica palma,
¡Era el amor del hombre, era la libertad!

JUAN C. VARELA.

MAXIMAS Y CONSEJOS.— Cuando se trata de servir a la patria, deben cesar las discusiones y callarse nuestras pasiones: desaparece el hombre y sólo queda el ciudadano.

NOCHEBUENA

I

Con las primeras sombras de la noche, los chicos de la vecindad se han lanzado a la calle. Sienten la necesidad de reunirse, de charlar, de referir o de oír cuentos, para celebrar de algún modo la Nochebuena.

Y los padres, tan vigilantes otras veces, disimulan la ausencia de los hijos, entregándose a la elaboración de confituras y de pan dulce, el clásico pan de Navidad.

Todos, grandes y chicos, están contentos.

El cielo estrellado, el aire fresco, el rumor del río cercano, el eco de un canto que se apaga, todo, en fin, predispone al placer y a la fiesta.

Hay, sin embargo, en el ambiente cierto dejo de tristeza inexplicable, pues mientras unos cantan:

La Nochebuena se viene,

La Nochebuena se va,

no falta quien responda, con alguna sombra en el alma:

Y nosotros nos iremos

Y no volveremos más.

Hermoso cantar que sintetiza la vida. Vienen y van nuestras ilusiones hasta que la losa del sepulcro tiende una línea entre lo humano y lo ignoto.



II

Eduardito, el niño enfermo, el niño desgraciado, oye desde su camita los ecos de la alegría que pasa. Y lo que no oye ni ve, lo adivina.

En medio de su dolor, busca a su madre y no la encuentra. ¡Murió la infeliz hace dos años, cuando él tenía seis apenas!

No la ve, no, cerca de su cama; pero al levantar los ojos hacia el cielo, cree verla entre ángeles, y la ilusión borda en sus secos labios una débil sonrisa.

Si, la ve; ora, radiante de hermosura, tejiendo coronas de flores; ora, cargada de juguetes y de

golosinas, descendiendo presurosa hacia la tierra, donde dejó a su hijo amado, a su Eduardito, que la espera para ir juntos como otras veces a oír la misa de media noche.

Pero, no; todas son ilusiones, hijas de la fiebre que le devora.

Su madre no vendrá.

Tampoco vino el año pasado.

Lo recuerda bien, por desgracia. El año anterior fué a misa con su padre y unas vecinas.

Todavía recuerda que su padre le dijo entonces, con lágrimas en los ojos:

—No te olvides de mamá, y arrodillado pensando en ella, reza el Padre Nuestro, para que Dios la tenga en el cielo.

Y en el cielo estaba ella; la había visto hacia un instante.

Recordaba también que había preguntado muchas veces, dónde estaba el cielo, recibiendo siempre la misma contestación:

—El cielo está lejos, muy lejos, tan lejos, que es imposible volver de allí.

¡Cómo podría, pues, volver su madre!

Y la realidad le era amarga, cruel.

Su mamá en el cielo; su papá fatigado por el trabajo del día, estaba allí en un ángulo de la habitación, como una sombra que busca un hueco donde esconderse; él, enfermo, prisionero, sin poder correr, ni jugar...

¡Todos los niños eran felices, menos él!

¡Todos tenían madre, y golosinas, y juguetes, menos él!

¡Todos estaban sanos, y podían cantar, y correr, y oír cuentos... menos él!

Su único compañero era su pobre padre, que trabajaba todo el día para salvar la vida de su hijo enfermo.

Y allí estaba, en el fondo de la habitación, ahogando sus penas.

III

Los ecos y rumores de la calle llegaban cada vez más intensos a los oídos de Eduardito.

El niño hacía esfuerzos para pegar los ojos y dormirse, pero era empeño vano.

Parecía estar condenado a sufrir, y el dolor le arrancó una lágrima.

De pronto llaman a la puerta de la pobre habitación.

El padre de Eduardito, escondiendo su pena, se levanta y se acerca.

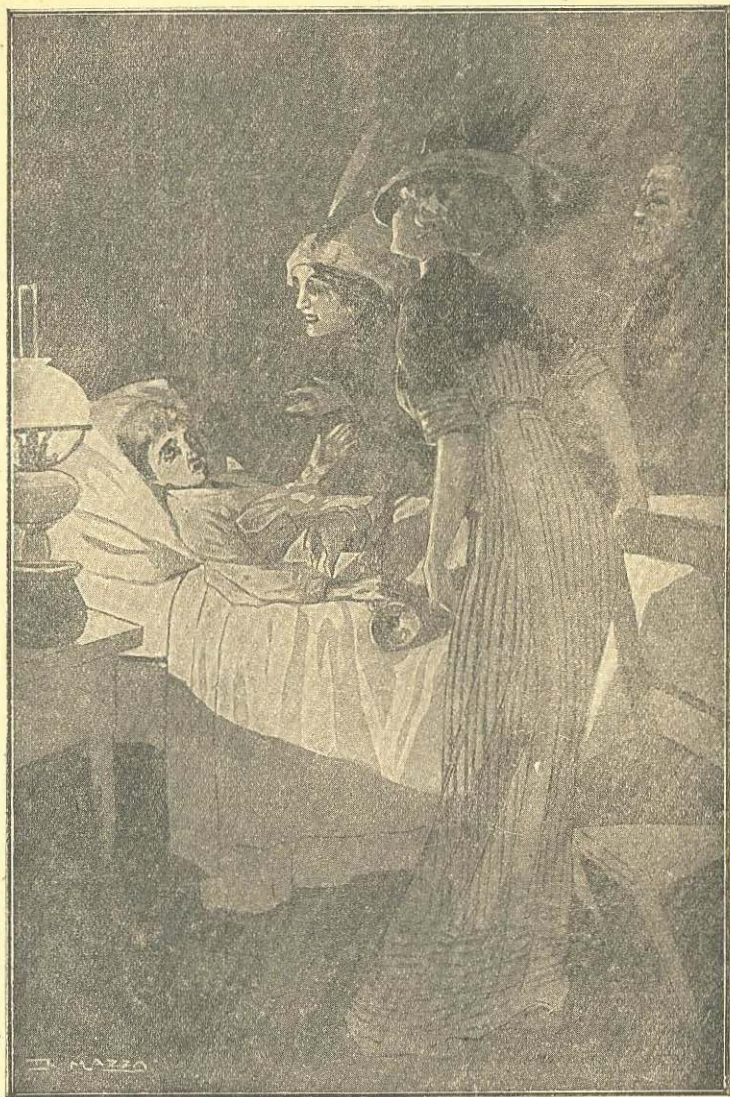
Unas señoras le preguntan por el niño enfermo y con dulzura exquisita, piden permiso para verle.

Eduardito las ve acercarse con sorpresa.

—¿Quiénes son estas señoras? se pregunta. ¿Qué quieren? ¿Vienen, acaso, a hablarme de mi madre? ¿Acaso, a consolar a mi padre triste?

Y mientras el niño busca contestación a sus preguntas, las damas visitantes han rodeado su camita y han colocado sobre ella diversidad de juguetes.

Eduardito no cree en lo que ve. Se restrega los ojos, mira alternativamente a su padre y a las se-



—¿Acaso no es este un sueño como el que tuve hace un rato...?

ñoras... se acuerda de su madre muerta y suelta otra lágrima que rueda temblorosa por su mejilla.

—¿Por qué lloras?, le pregunta su padre.

—Lloro porque estos sueños me hacen mucho daño, papá. La verdad es más triste después.

—¿Sueños, dices?

—¿Acaso no es este un sueño como el que tuve hace un rato, en que veía a mamá bajando del

cielo cargada de juguetes para mí?

—No, hijo mío, este no es un sueño.

—No, Eduardito, agregó una de aquellas buenas señoras, no estás soñando. Somos mensajeras de tu buena

madre y en su nombre te traemos este recuerdo.

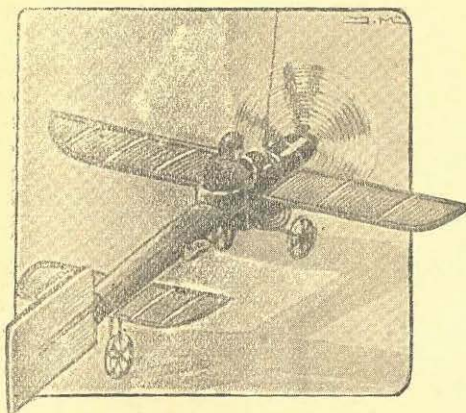
Y el niño, con ansia infinita, acarició los juguetes y mirando al cielo, vió de nuevo a su madre.

—¡Gracias, mamá! —dijo— y sonriendo le envió con la mano un beso lleno de reconocimiento infinito.

En medio de su desgracia, él también se sentía feliz ahora.

También él, como sus amigos de la escuela, tenía entre sus manos los juguetes de Navidad.

¡Se los enviaba su madre desde el cielo!



Y mientras Eduardito cantaba, haciende coro a los chicos de la vecindad,

La Nochebuena se viene,

La Nochebuena se va,

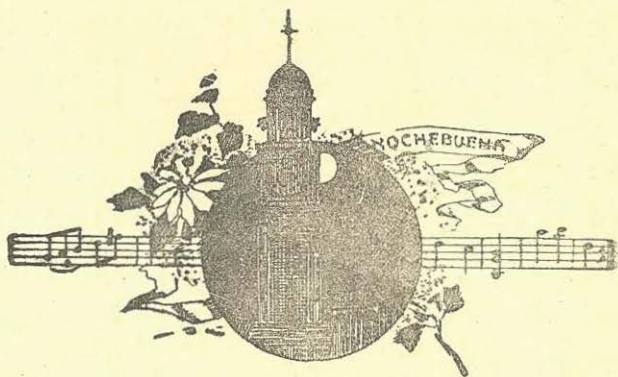
aquellas damas, que habian llevado la vida a aquel hogar, salian para continuar su piadosa peregrinación en busca de otras lágrimas, de otros dolores, de otros niños sin madre...

¿Sabéis quiénes son esas almas caritativas, tan llenas de afectos y de fe?

No preguntéis su nombre porque no os lo dirán.
Son las damas del Club de madres.

J. J. B.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—No practiquéis la caridad solamente con vuestro dinero; hacedla también con vuestros cuidados y consuelos cariñosos.





JUNTO A LA CUNA

Descansa en la cuna, que ciño de flores,
tejiendo con ellas risueño dosel;
dosel que no venzan los ciegos ardores
del sol, que en tu rostro ve un sol como él...

Duerme sin cuidado,
sueña sin temor,
que mientras duermes, está a tu lado
velando mi amor.

¿Quién sabe, paloma, qué senda en la vida
el cielo a tus plantas piadoso abrirá?
Tal vez entre sueños la pases mecida,
tal vez el tormento tu herencia será.

Su santa clemencia
sabré yo pedir;
mientras respiras en la inocencia,
puedes sonreír.

Acaso un palacio te guarda la suerte,
con triunfos y glorias y dicha sin par;
tal vez del mendigo la vida y la muerte,
sin nombre, ni amigos, ni patria, ni hogar.

Mas en tanto, niño,
duerme junto a mí,
que con los votos de mi cariño
ruego a Dios por ti

Acaso una espada fulmina tu mano;
acaso tus labios derramen piedad;
tal vez encadenes al fiero oceano,
tal vez te sepulte feliz soledad.
¡Oh! si yo pudiera
lo futuro ver!

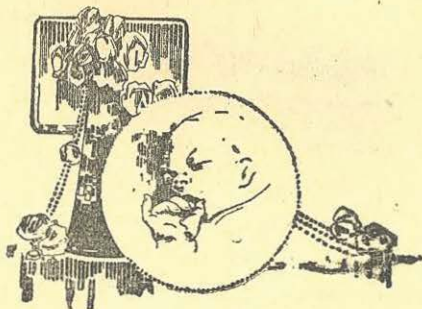
En tu sonrisa, por fin, leñera
lo que vas a ser.

Mas ¡ay! dulce prenda, doquiera te mire,
humilde o glorioso, doliente o feliz,
en tanto que amante mi pecho respire,
mi aliento y mi vida serán para ti.

Duerme sin cuidado,
sueña sin temor,
que mientras duermes, está a tu lado
velando mi amor.

ANTONIO ARNAO

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—El que hace lo que debe, es
justo; el que hace más, es generoso.



RETRATO DE SAN MARTÍN

San Martín, como ser físico, poseía una figura arrogante, altiva y en todo militar. Había nacido soldado y murió soldado. Alto, moreno, ancho de pecho, rígido como un sable; su espesa, cabellera negra caía, aun en su edad madura, en enérgicas guedejas sobre su frente atezada, según se dejaba ver en un retrato casi juvenil que de él se conservaba en la sala de gobierno de la antigua Mendoza. En su vejez, peinaba empero sus canas cortadas militarmente, con la llaneza del cuartel. Su nariz era aguileña, su barba saliente, su boca enérgica, si bien en sus últimos años su espeso bigote, completamente cano, disimulaba la languidez de sus pliegues y la pérdida de su dentadura. Su vida entera parecía, empero, concentrarse en sus ojos, de un negro brillante y sombrío, en que todas las pasiones parecían teñir de relámpagos, como los de aquel admirable tipo de la belleza guerrera, que sólo ayer se extinguió entre nosotros, su capitán favorito, Las Heras.

«La *mirada terrible* del general San Martín ha quedado en Chile como una especie de leyenda; pero, a nuestro juicio, había en la severidad de su

semblante más aparato que ira, más estrategia que pasión. San Martín, por no gritar, miraba; y una de sus pestañas causaba más miedo a un godo, que la lectura de su sentencia de muerte.

No obstante su marcial hermosura, realzada en sus últimos años por la veneración de las canas, San Martín aborrecía los retratos y aun ocultó siempre tenazmente su tostado rostro al dulce pincel de su hija. Se ha conservado de él, sin embargo, una reproducción magnífica por su semejanza gráfica, pues se puede decir de ella que el viejo campeón no sólo habla, sino que mira. Pero aun esta imagen de sus últimos días, debióse sólo a una filial estratagema y a la destreza de un fotógrafo de Bolonia, en cuyas manos el general, cuando tenía ya sesenta años, cayó por un bien meditado ardid, como si hubiera sido un niño.

De esa fotografía provienen los únicos grabados y litografías, que son una revelación verdadera de aquella vida. Los otros, como el que publicó Miller en sus *Memorias*, o el que hizo dibujar Álvarez Condarco en el cuadro de la *Batalla de Maipú*, son simplemente diseños ideales. No fué tampoco más feliz el escultor Daumas al reproducir en la rigidez del bronce su expresivo rostro. Y en éste, digámoslo de paso, ninguno de nuestros estatuarios ha tenido éxito. San Martín tiene sólo la expresión beata de un cruzado en éxtasis delante de Jerusalén...

Por lo demás, la figura del general San Martín, aun en su ancianidad, era de ese tipo de hierro que se graba eternamente en la pupila, como los

perfiles atrevidos de farallón que el mar socava. Los que le vieron, cuando niños, atravesar la plaza de Santiago con su sable corto bajo el brazo, su sombrero de hule en la cabeza y sus botas granaderas hasta la rodilla, le recuerdan con la viveza de una aparición. De su vejez se cuenta también una anécdota curiosa a este respecto. Habiendo dejado olvidado su pañuelo en un restaurant de campo, en Enghien, a cuatro leguas de París, encontró algunos años más tarde a un café de la barrera de esa ciudad, y fué grande su sorpresa al ver que la mujer del *comptoir* venia a presentarle su perdida y ya olvidada prenda. La buena huésped no sabía su nombre ni quién era, pero no había podido olvidar la mirada del *hombre del pañuelo*.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Pasarán las riquezas, las grandezas y las glorias del mundo; pero las buenas obras permanecerán.



TUCUMÁN

FRAGMENTO DEL POEMA « AVELLANEDA »

¿Conocéis esa tierra bendecida
por la fecunda mano del Creador,
de cuyo virgen seno, sin medida,
fluye como el aroma de la flor
la balsámica esencia de la vida?

Tierra de los naranjos y las flores,
de las selvas y pájaros cantores,
que el Inca poseyera, hermosa joya
de su corona regia, donde crece
el camote y la rica chirimoya,
y el naranjo sin cesar florece.

Donde el sacro laurel, ambicionado
galardón del poeta y del soldado,
al rayo desafía entre la nube
a par del cedro que gallardo sube,
y el pacará, que al viajador asombra,
cien jinetes cobija con su sombra.

Donde el zorzal y la calandria, artistas
de ingenua inspiración, en el verano
cuando reina sin par melancolía
en las selvas, el premio soberano
se disputan del canto y la armonía.

Las casas son verjeles
donde habitó la paz y la abundancia
en tiempos más felices, cuando fieles
a la costumbre y fe de sus mayores,
o avenidos tal vez con su ignorancia,
vivían sus tranquilos moradores.

Pero hoy ya no es así; de esos hogares
la paz huyó ante la civil contienda,
y quedaron el llanto y los pesares,
de las pasiones dolorosa ofrenda.

¡Cómo admirarla lograréis sin verla,
ni por bosquejo alguno conocerla
de pluma o de pincel! Cuando el invierno
con el soplo glacial de sus montañas
viene el raudal eterno
de vida a amortiguar en sus entrañas,
una virgen parece adormecida
sobre lecho de rosas,
con las galas de ayer en torno suyo,
medio marchitas ya, pero olorosas.

.....

Tierra de promisión y de renombre,
engendra en sus entrañas virginales
cuanto apetece y necesita el hombre
para vivir feliz: en animales,
en frutas y productos tropicales
en colosal vegetación.

En vano, el adusto verano
la quema con su sol; el Aconquija,
que entre las nubes fija
la nevada cerviz, de sus raudales
el tesoro derrama y la fecunda,
la baña con sus frígidlos alientos,
y sus campos sedientos
de fresca lluvia y de vigor inunda.

o ¡Cuán bella entonces es! Al pensamiento
¡cuánto inspira de luz y arrobamiento!
¡cuánto de eterna nutrición le ofrece!
La mirada de Dios bañar parece
sus campiñas y claros horizontes,
y transformar con su inefable hechizo
sus selvas y sus montes
en otro Paraíso!

E. ECHEVERRÍA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—El hombre activo está en todas partes; sus cuidados lo abarcan todo; no pierde un momento, y si le ha quedado algo por hacer, cree no haber hecho nada.



BENDICIÓN DE LA BANDERA

DEL REGIMIENTO 1.º DE CABALLERÍA DE LÍNEA

FRAGMENTOS DE UN DISCURSO

pronunciado por el doctor Nicolás Aveñaneda.

SEÑORES:

Nuestros regimientos de caballería no han tenido números que los designen durante la guerra de la Independencia; y falta este vinculo de una filiación visible, para poder decir que un cuerpo ac-



Aveñaneda.

tual es el heredero directo de un nombre heroico, de una victoria o de una derrota que pertenezca a sus antecesores. No hay la dispesión de los rayos uminosos. Hay el sol. La memoria popular ha borrado las distinciones y los nombres. No hay en la tradición los regimientos de caballería, sino la

caballeria argentina con sus guerreros inmortales.

Es San Martín, saliendo de la plaza del Retiro, con sus granaderos legendarios y llevando en su

cinto la espada, que es llamada la espada libertadora de medio mundo.

Es Lavalle, recostando su caballo sobre la roca andina para proteger en Cancha Rayada la retirada del ejército en una actitud tan firme e incontrastable como la dureza del granito.

Es Pringles, arrojándose al mar con su lanza y su caballo, arrancando a la admiración del enemigo aquel grito: ¡Honor al vencido!

Es Suárez, descendiendo por la tarde y con paso lento la meseta de Junín para abreviar su caballo nacido en las pampas argentinas, en aquel lago insondable de Reyes que da nacimiento al Amazonas majestuoso, y volviéndose a contemplar los rayos del sol poniente que iluminaban las cumbres de los Andes, mojones inmensos que eran necesarios para marcar las distancias recorridas desde el Plata al Ecuador.

¡Qué esplendoroso fué aquel día de Junín en la epopeya misma de la Independencia!

Escuchadme:

Hay una patria americana. Guerras que no son sino guerras civiles, pueden contradecirla.—Lo sabemos. Hay entre estos pueblos generaciones que se salen al encuentro, disputando con puñales, como hermanos bastardos, la herencia común. Pero todos sentimos esa patria americana. La sentimos cuando el recuerdo del pasado, purificando como una llama las pasiones del presente reanima en nuestras venas la fraternidad de la sangre. La sentimos cuando nos identificamos con su grandiosa, salvaje y portentosa naturaleza; en contacto con la tierra, con el aire, con el sol, comprendemos por el tono de

las fibras los vuelos de la mente y las abnegaciones del corazón, que no es una palabra vana—*el hombre americano*. La sentimos cuando nos extraviamos por las vastas llanuras, bosquejando los pueblos de la civilización venidera que deben realizar la plenitud del destino humano, sin muchedumbres menesterosas; o cuando confirmando con el pensamiento grave la visión gloriosa, nos sentamos por la tarde, al pie de la montaña, para hablar con el alma de este mundo nuevo, descendida con el viento desde sus altas cordilleras.

Hay, sí, una patria americana, y la hubo sobre todo cuando nacía, como un nuevo día, proyectando su luz sobre los oscuros horizontes.

La guerra era ya larga y todos se hallaban muy lejos del lugar de su partida. Allí estaba el *huaso* de Chile, el *cholo* de Cochabamba, el *costeño* del Perú, el *llanero* de Colombia, y el *gaucho* de nuestras pampas argentinas¹. Estaban todos juntos, resolviendo silenciosos el fogón del campamento, cuando se levantaron de pronto y se dijeron:—“Concluyamos”. Para ser vistos por el mundo, subieron a las altísimas planicies de Junín y allí pelearon. Pelearon brazo a brazo, pecho a pecho, apartando la lanza con la espada para estrecharse más, sin que durante las horas de combate se escuchara el estampido del cañón o siquiera el disparo de un fusil.

La América guerrera tendrá otras glorias, pero ninguna alcanzará a eclipsar la luz de aquel día en el que su independencia fué realmente sellada por el brazo

¹ *Guajiro* en Cuba; *chibecha* en Colombia; *llanero* en Venezuela.

desnudo de sus hijos. En las alturas de la historia resuena, no el trueno del cañón, como decía el cantor excelso de Junín, sino este grito: — ¡Honor a la caballería americana!

Soldados del 1.º de línea: desplegad ahora vuestra bandera. Cuando os colocáis bajo su sombra, vuestra figura se agiganta, llena la América y tenéis el derecho de hablar a las tres naciones que empapan hoy su suelo con la noble sangre de sus guerreros. Son ellos vuestros antiguos hermanos de armas.

¡Haced flamear vuestra bandera. Es para Bolivia, Suipacha y Vilcapujio; para Chile, Chacabuco y Maipú; para el Perú, Lima y el Callao, y para todos los que la vieron tremolar a la par de sus pendones patrios, en Junín y en Ayacucho, agitados por el mismo viento de la gloria. Presentémosla, ahora, ante los que combaten y pidámosles que depongan sus armas. El heroísmo se halla comprobado y el tributo del honor ha sido pagado con la sangre. Puede ya acudir sin desdoro a los medios pacíficos.

¡Soldados del 1.º de línea: agitada nuevamente vuestra bandera, para que se abra paso por los aires el llamamiento del pueblo argentino a la concordia entre tres naciones, y que arrancado al enternecimiento de los grandes recuerdos, parte hoy de esta misma plaza de la Victoria, donde resonó el grito iniciador de la independencia para la mitad de la América.

.....

Soldados del 1.º de línea:

He ahí vuestra bandera consagrada por la religión a la patria. Es nueva y vieja: es la de hoy y la de ayer. Será siempre para vosotros la que ondeó triunfante en Pavón y en Yatay.

La bandera de un regimiento es perpetuamente la misma, por más que el plomo destroce su lienzo y el sol y la lluvia apaguen sus colores; como el regimiento es también el mismo, aunque sus soldados se sucedan rápidamente cubriendo los flancos abiertos por la muerte. ¡Dios sea loado, que ha creado lo imperecedero, para que podamos adherirle en tributo nuestras vidas transitorias! Oidlo. La santa impersonalidad del soldado, la unidad del regimiento y la inmortalidad de la bandera, no son sino símbolos vivientes que se modelan sobre la eternidad de la patria!

He mencionado vuestros altos hechos y no quiero pedirlos que juréis en su nombre afrontar siempre los peligros para el cumplimiento del deber. El valor y la lealtad no son sentimientos que necesitan hoy despertarse en el corazón de nuestros soldados. En los días de perturbación y de prueba se reanima la confianza, cuando se piensa que el ejército no obedece a un hombre, no tiene pacto con los partidos, sino que pertenece irrevocablemente a la nación para defender su integridad, su gobierno y sus leyes. La espada del soldado leal puede brillar al sol. No es ella la que aleja al inmigrante, la que sobrecoge al trabajador pacífico, como no son sus pompas militares las que perturban el reposo de las ciudades.

El camino del deber es, a veces, obscuro. Pueden errar todos menos los que llevan consigo el poder de las armas, porque el error que da la muerte es un error irreparable. Así, la sociedad ha dicho al soldado: "Os eximo de la duda. Obedeced". Por eso, la obediencia es su ley y la fidelidad su honor.

Señores:

Esta bandera es la bandera de un regimiento — es la bandera del ejército — es, sobre todo, la bandera de la Nación — y pueblos compuestos de millones y millones de hombres libres, seguirán inclinando la frente a su paso, hasta la terminación de los siglos. Levantemos los corazones para saludarla en su heroísmo de ayer, en su noble simplicidad de hoy, y en su futura y portentosa grandeza.

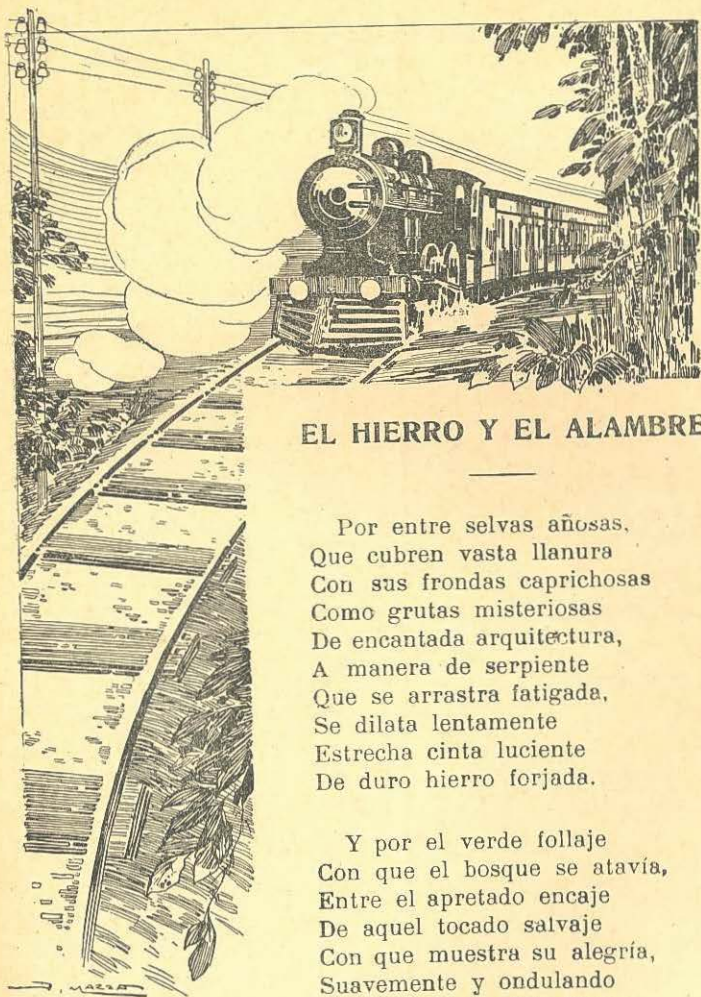
Portaestandarte del regimiento 1.º: ¡Levantad en alto la bandera!

Vamos, ahora, a cobijarnos todos bajo sus pliegues y pidámosle que calme las pasiones rencorosas, que haga brotar bajo su sombra la virtud del patriotismo, como en otro tiempo el laurel del guerrero, y que conduzca a su pueblo por la paz, por el honor, por la libertad laboriosa, hasta ponerlo en posesión de sus destinos, que le fueron prometidos por Belgrano, al desplegarla victoriosa sobre su cuna.

Buenos Aires, Abril 22 de 1880.

NICOLÁS AVELLANEDA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Tratad con el mayor cariño a vuestros compañeros de estudio, para que ellos hagan lo mismo con vosotros.



EL HIERRO Y EL ALAMBRE

Por entre selvas añosas,
Que cubren vasta llanura
Con sus frondas caprichosas
Como grutas misteriosas
De encantada arquitectura,
A manera de serpiente
Que se arrastra fatigada,
Se dilata lentamente
Estrecha cinta luciente
De duro hierro forjada.

Y por el verde follaje
Con que el bosque se atavía,
Entre el apretado encaje
De aquel tocado salvaje
Con que muestra su alegría,
Suavemente y ondulando
Se extiende un hilo ligero,
Donde las brisas, pasando,
Van deesa cuerda arrancando
Un acento lastimero.

—¿Qué haces ahí?—dijo un día
El hierro con bronco acento
Al alambre que gemía
Con honda melancolía,
Agitado por el viento.
—Y tú ¿qué haces?—dijo el hilo
Al hierro que firme y quedo,
Desafiara muy tranquilo
Todas las furias del Nilo,
Sin un asomo de miedo.

—¡Yo cumplo misión grandiosa
Que no te es dado alcanzar!—
Dijo con voz misteriosa
Aquella cinta orgullosa
Sus flancos al rechinar.
—¡Y yo,—contestó enfadado
Aquel hilo tenue y fino,—
Soy algo que no has soñado,
Pues que modesto y callado
Cumple un grandioso destino!

—¡No más grandioso que el mío!—
Replicó el hierro altanero.
Entre ese ramaje umbrío,
Colgado allí en el vacío,
¿Qué puedes tú, pobre acero?
—Y tú, inerme y perezoso,
De estos bosques a la sombra,
¿Qué haces, hierro pavoroso,
Sobre ese césped musgoso
Que el campo esmalta y alfombra?

—¡Ante mis alas potentes
Rinde sus fuerzas Luzbel,
Y abarco los continentes
Entre mis brazos vivientes!

—¿Cómo te llamas?—*¡El riel!*
—¡Pues yo supero tu vuelo,
Que nadie me aventajó,
Soy la centella del cielo!
—¡Ah!... saber tu nombre anhelo.
—*¡El telégrafo soy yo!*...

— Cuando sobre mí rodando
Va un monstruo desconocido
De negras nubes sembrando
Los espacios, y aterrando
Con su imponente silbido,
Cobra brío el moribundo,
Resurgen los campos yertos
Y ante mi impulso fecundo
Brotó bullicioso un mundo
De entre los yermos desiertos.

— Pues un genio máspreciado
Rueda por mi blanda fibra;
Y no ya el yermo callado
Sino el espíritu alado
A mi impulso siente y vibra;
¡Yo acerco los corazones
Que latén en fiera ausencia,
Y desde opuestas regiones,
Fundiendo sus emociones,
Les brindo nueva existencia!

— Soy del tiempo el vencedor.
—Y yo, de la inmensidad.
—Soy más grande.—Yo mayor.
—A mí me alienta el vapor.
—A mí la electricidad.
—A ti el hombre te encadena.
—Y a ti te mantiene preso.
—Sirvo al progreso sin pena.
—¡Y yo impulso la faena
Incesante del progreso!

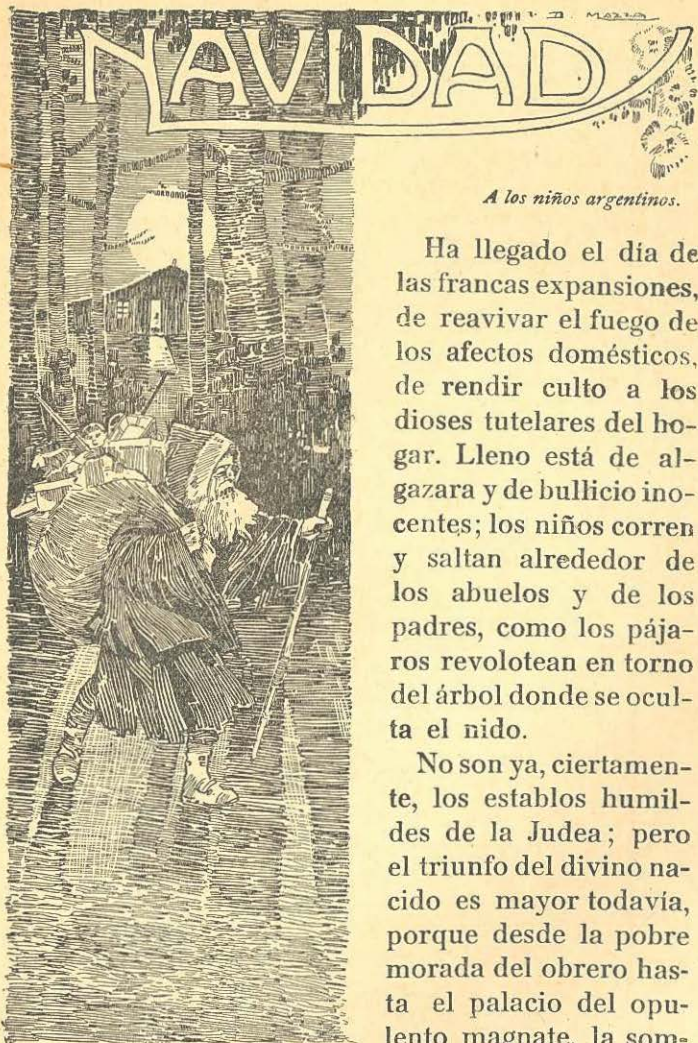
Después entrambos callaron:
El bosque lució sus galas,
Y las brisas que escucharon,
Nuevamente se agitaron
Con sus impalpables alas:
Oyóse un flébil ruído
Dilatado por el eco,
Y allá en el confín perdido,
Un algo como un latido
Firme, delicado y seco.

Y en tanto, el monstruo, rompiendo
Del bosque los verdes velos,
Iba en su orgullo estupendo
Su ígneo penacho tendiendo
En el azul de los cielos.
¡Loor al pensamiento hoy día!
Clamaba con firme acento;
Y el hilo, al par que gemía,
¡Loor eterno, repetía,
Al humano pensamiento!

CLAUDIO PINILLA.

MÁXIMAS Y CONSEJOS. — Los envidiosos son conocidos por su propio carácter, como el hierro por el orín.





A los niños argentinos.

Ha llegado el día de las francas expansiones, de reavivar el fuego de los afectos domésticos, de rendir culto a los dioses tutelares del hogar. Lleno está de algazara y de bullicio inocentes; los niños corren y saltan alrededor de los abuelos y de los padres, como los pájaros revolotean en torno del árbol donde se oculta el nido.

No son ya, ciertamente, los establos humildes de la Judea; pero el triunfo del divino nacido es mayor todavía, porque desde la pobre morada del obrero hasta el palacio del opulento magnate, la som-

bra invisible del Niño-Dios se pasea silenciosa derramando bendiciones y caricias, gracia y buenas nuevas.

Aunque hayan perdido la fe ingenua de las sociedades en infancia; aunque la razón haya envuelto y ofuscado los recuerdos de la leyenda, ella vive en los corazones, se alimenta como lumbre inmortal en el seno de todas las razas y de todas las civilizaciones.

Noel es un ideal dulce, risueño y, a la vez, profundo. La familia en nuestro tiempo no vive todo el año en íntima confidencia; la vida moderna ha introducido en ella, por reflejo las formas exteriores, los olvidos que enfrían, las preocupaciones que entristecen. Noel se acerca al umbral y con un toque apenas perceptible, llama a todos los que en el hogar habitan y su voz suavísima, que suena como música de aura pasajera, dice en cada oído: "¡Buenas noches!" y pasa y deja en cada corazón una ráfaga de amor y de paz.

Los niños lo han visto y lo han oído, porque ellos tienen visiones sublimes, las de la inocencia: es un niño sonrosado, de ojos azules y cabellos rubios, que vuela con alitas de oro, envuelto en un nimbo luminoso.

Hermosa costumbre es la de celebrar el día de Noel, porque vuelven los sentimientos perdidos o amortiguados en el rocé diario de la vida de combate, de esta eterna milicia en la cual vivimos arrebatados los humanos. Los viejos se coronan de verdes palmas, rejuvenecen sus sienes, sombra pasajera obscurece sus cabellos y sus risas resuenan en medio del bullicio infantil, confundándose con él, porque las almas puras las exhalan. Sí, almas puras, porque las de los ancianos han pasado

por el crisol candente de la existencia, y las de los niños aun no se han empañado con el dolor.

Las calles de la soberbia ciudad parecían de pasaje para infinidad de personajes y objetos extraños inventados para la infancia; de todas las tiendas salían a cuestras, salpicando el animado concurso diario, las muñecas de ojos inmóviles y caritas rientes, arlequines traviesos, trajes, músicos automáticos, señoras y niños de peluca blanca, carruajes adornados de seda rosa o celeste con tules blancos, caballos enjaezados, locomotoras y vapores, torres y puentes, y cuanto el hombre ha ideado para impulsar el progreso del mundo, allí está en miniatura sirviendo de juguete a los niños, como los grandes inventos de hoy lo serán mañana para los hombres mismos.

Allí, en medio del salón deslumbrador del palacio del rico, se alza el árbol cargado de frutos de todas las especies: árbol maravilloso entre cuyas ramas salpicadas de luces penden también los dulces, los muñecos, los artefactos, los ángeles y los mil juguetes que hacen la delicia de la alborotada muchedumbre.

Así es, en efecto, el árbol de Navidad, símbolo de la sabiduría y del amor supremos, inagotable, infinito en dones y beneficios.

Es el niño nacido en Bethleem de Nazareth el que ha venido a poner allí para sus compañeritos de la tierra todo lo que ha de hacerlos dichosos; es él quien inunda de júbilo sus rostros radiantes y sus pupilas movedizas, para que pase a los corazones de los padres, sentados con gravedad de

dioses lares, — como dijo un ilustre poeta de su anciana madre, — en el mullido sofá del gran salón señorial, contemplando tranquilos el grupo de la humanidad que ha de reemplazarlos y que les infunde fe, serenidad y alegría para contemplar el más allá.

¡Qué felices son los niños de las grandes ciudades, cuán estrepitosas sus carcajadas y radiosa su alegría! Pobres y ricos tienen a la vista, o en las manos, la maravillas del arte inventado para ellos. Y la concepción del ideal Noel debe ser la de un Dios alegre, juguetón, rico y generoso, porque tantas cosas les envía.

Bien, pues, vosotros que sois tan felices, recordad que tenéis hermanos en todos los rincones de la tierra argentina, tanto en la ciudad melancólica y modesta de los Andes lejanos, como en el rancho miserable del desierto. Y allí también hay niños, nacidos como Jesús en indigentes establos, y tienen madres pobres, viven muchos de ellos, sufriendo del sol ardiente y del hambre aniquiladora. Pero esos niños son argentinos como nosotros; son los que más tarde empuñan las armas para defender a la patria y los que mueren sonriendo porque mueren por ella: aquel pedazo de tierra pobre y desolado donde vieron la luz del sol.

¿Cómo creéis vosotros, oh adorables, criaturas que el Niño-Dios se aparece en esos ranchos del desierto? Si lo viérais tal vez no podríais reconocerlo: ¡tan pobrecito y desnudo viene a inclinarse sobre el lecho de ordinaria jerga en donde duermen los hijos de los campesinos, nuestros compatriotas, nuestros hermanos!

Al verlo en sueños, aquellos niños también sonríen como si contemplaran un mundo de riquezas; él los besa en la frente, dejándoles la esperanza y la fe, y con ellas se hacen hombres robustos y fuertes para luchar contra las privaciones y la aridez de la tierra.

Pero también les deja regalos preciosos, desconocidos para vosotros que vivís en las cómodas habitaciones de la ciudad y entre el perfume de los parques y de los jardines. Al día siguiente, después de la visita del Niño-Dios, el cielo se nubla, la lluvia riega los campos y los regocija; las antes mustias almas, empuñan el arado y todos arrojan la semilla, y en breve las mieses llenan el granero; ábrense los pechos bronceados por el sol para aspirar el sagrado incienso de los campos, ese incienso que sube como acción de gracias hasta aquel trono donde saben que el Niño invisible de la Nochebuena tiene su silla de oro!

Y cuando la tierra se ha cubierto de verdura y las flores silvestres de esas llanuras congregan millares de aves de canto nunca oído de vosotros, es de ver la escena conmovedora del rancho del labrador. Encima de un altar cubierto de flores rústicas, adornado con mieses nacientes, de brotes ternísimos y de primicias de la tierra, la familia del campesino, con los niños medio desnudos, pero sonrientes, se arrodilla y reza al Niño-Dios, hecho de cera y acostado sobre una camita de hierba en flor, fresca y olorosa, de la que ellos llaman el *pasto del Niño*, porque saben, ellos también, que Dios nació sobre una cama de hierbas.

Anoche fué de halagos y de presentes, de árboles repletos de confites y juguetes, de músicas y de besos amantes en todos los hogares de la capital argentina: fué la Nochebuena de las promesas opimas, de los votos de ventura, de los regocijos y de las intimas expansiones. Noel es uno y múltiple, y por eso al mismo tiempo que envía a los niños de Buenos Aires sus regalos espléndidos, no descuida las viviendas de los hijos del pobre, perdidas en la soledad de la pampa, en la espesura de la selva o en las ríscas y ásperas montañas de nuestra tierra.

Nuestros votos son por la dicha de los hermanos de Noel que viven en todo el territorio: a los de las ciudades, prosperidad y salud; a los que viven en los inmensos campos, lluvias generosas, mieses abundantes y fe en el trabajo y en el amor de la patria.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—El poder no pertenece sino a los trabajadores; los perezosos son siempre impotentes.



A DIOS

Señor, en el murmullo lejano de los mares,
Oí de tus plantas la augusta majestad,
Oílas susurrando del monte en los pinares,
Y en la de los desiertos callada soledad.

Tu voz cruza en las brisas y en el perfume leve
Que brota a los columpios de la silvestre flor;
Tu sombra, entre las aguas, magnífica se mueve,
Tu sombra que es tan sólo la inmensidad, Señor.

Tú diste a la esperanza las formas de una hada;
Purísima inocencia le diste a la niñez;
Si diste sed al hombre, le diste la cascada;
Si hambre, en cada espiga la aprisionada mies.

Y el niño y el anciano te llaman en su cuito,
Y acaso en sus delirios el réprobo también;
Te llaman los lamentos de la viudez proscrita,
Y el trovador que llora «Jehová, te dice, ven».

Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas
Con cifras misteriosas que el hombre no leyó;
Porque jamás supieron ni sabios ni poetas
El inmortal arcano que en ellos se encerró.

ABIGAIL LOZANO.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—Dios nos ha hecho a semejanza
suya, esto es, racionales, para que podamos conocerle como
la verdad infinita y amarle como a la inmensa bondad.

LA NACIONALIDAD ARGENTINA



Hay que decirlo: ni la patria consiste en el simple pedazo de tierra propia, ni la soberanía se alcanza con el solo hecho material de romper un yugo. De un país que es a la vez libre y tributario, libre en cuanto le falta un amo y tributario en todas las manifestaciones orgánicas de su propia vida, puede afirmarse sin miedo que es libre en el dicho, pero "colonia" en el hecho... Salvar del caos el cuño nacional; que muere en este momento entre la policromía advenediza de los aluviones extranjeros, y fundar la serie de sus derivaciones subsiguientes y concordantes: una ciencia nacional, un arte nacional, una literatura, un comercio, una industria, una línea nacional, en fin: eso sería "hacer patria" según la benemérita y honda expresión de nuestros padres. "Hacer patria", decían, no obstante ser ya la independencia un hecho consumado, porque comprendían que no bastan para poseerla, una extensión geográfica de tierra en la plenitud del dominio eminente, un puesto en la lista de los estados libres y una bandera en la página policroma de los almanaques de Gotha...; "hacer patria", decían anteponiendo al vocablo sagrado este verbo ejecutivo y rico... ¡In-

tuición bendita que permite a un hombre de las generaciones actuales exhumar del vocabulario de sus mayores una frase grande y breve como una semilla, tremolante como un penacho y estimuladora como un dogma, pues que "hacer patria" pudiera ser el programa predilecto y único de las actuales direcciones argentinas!

Se pretende que somos un país de inmigración: que nuestra fisonomía se está formando y que cuando se haya plasmado del todo, plasmadas estarán también las derivaciones subsiguientes y concordantes; pero apresurémonos a reparar que si somos en la actualidad un país de inmigración, lo seremos con mayor motivo en el futuro, lo que prolongaría indefinidamente el problema, y repararemos asimismo que la fisonomía no es un accidente que se recoge en marcha, sino un hecho primario que se salva, si ha de salvarse, a través de todas las evoluciones y transfiguraciones...

Y el problema es más hondo de lo que parece. El alto comercio, la alta banca, la gran industria, el ferrocarril, el telégrafo, todo lo que en los índices de un estado pone la etiqueta, está en manos extranjeras; y el atrio electoral, que era el último recinto adonde, por virtud de sucesivos desalojos, había llegado a concentrarse la energía nativa, ha dejado de ser el coliseo de los que luchan para convertirse secamente en la Bolsa de los que mercan.

Corre a orillas del Rhin una tierna y tristesísima leyenda. Una noche, bajo un cielo sin estrellas que envuelve en sombras a un camino solitario, una

partida de bandoleros ha arrebatado a una pobre madre viajera, la joven y bella hija que la acompañaba. La madre se ha batido como una leona, ha implorado, ha imprecado, ha gemido en vano; y cuando agotada por el dolor y vertiendo sangre de las heridas abiertas, ve, allá, a lo lejos, a la hija que se va para siempre, conducida por los salteadores que la arrastran, cae de rodillas, alza a Dios los ojos y murmura una plegaria misteriosa. Queda así largo rato, en la petrificación de la suprema angustia, bajo el cielo sin luna que parece desplegarse como un manto de luto sobre aquella desolación sin consuelo. De pronto su fisonomía se dulcifica, una como aureola de luz parece circundarla, recobran sus ojos la serenidad aparente de los días felices, y balbuciendo: ¡gracias! — cae rígida... Había pedido a Dios la muerte y Dios, clemente, se la enviaba. ¡Que los argentinos que quedan, argentinos en el corazón, en el anhelo, en la voluntad, en la intimidad y en la esperanza, no sientan algún día, al ver a toda su patria en manos mercenarias, la necesidad de caer de rodillas como la mujer de la leyenda germana y alzar a Dios la plegaria inútil del dolor y la impotencia!

¡Pero no será; no será mientras haya en el interior de la república grupos orgánicos que levanten en sus manos la bandera abandonada por los grandes centros; no será mientras quepa en lo posible inocular en la conciencia de las actuales generaciones el concepto de que por virtud de un complicado veredicto de la historia les está reservada

la misión vestal de organizar por segunda vez la nacionalidad y consumir, en sus proyecciones complementarias e ineludibles, la definitiva independencia de la nación!

Ello no puede ser difícil en un país prologado por una epopeya capaz de abrillantar el escudo de mil generaciones sucesivas, epopeya que de tal suerte compendia y totaliza las más altas palpitaciones del alma humana en punto a libertad, que así como un mismo día marca para todos los fieles de la tierra el día venturoso de la Ascensión, esa epopeya llegará a señalar alguna vez, para la conciencia de todos los hombres libres del orbe, el día también fecundo en que un soldado americano ascendió serenamente a la montaña, redimió pueblos, sacudió yugos, rompió dogales y realizó después el milagro no repetido de eliminarse, temeroso de que sus propios laureles gravitaran demasiado pesadamente sobre la libertad que acababa de fundar...

Tengo para mí, por otra parte, que las emociones del centenario próximo van a determinar entre nosotros un inesperado y súbito proceso de homologación social. El colono extranjero más inmune a las saturaciones del país, izará ese día al tope de su cabaña, por virtud de una volición casi inexplicable para él mismo, orgullosamente y en medio de la progenie enardecida, el pabellón de la república... Apoderarse de ese fenómeno para traducirlo en orientaciones inmediatas, sería la obra de ilustres directores. Y urge pensar en ello porque pisamos ya los umbrales del onomástico. Un año más, y como un trasunto magni-

ficado del que brilla en los cielos, el sol de nuestra bandera marcará, en la explosión triunfal del júbilo argentino, la opulencia gloriosa de su minuto meridiano... Será aquel un día inmenso. Y no incurramos en la vulgaridad de alistarnos entre los que se desviven por la falta de preparativos: nuestro temperamento los va a reemplazar con ventaja; somos un país de repentes caudalosos; y después de todo, para conmemorar un hecho histórico que no tuvo anterioridades coordinadas, que no tuvo caudillo, y que, por no tener, ni a tener llegó el vil metal, de indispensable actuación en las jornadas presentes,—más y mejor que pomposos ceremoniales preconcebidos es dejar al pueblo soberano que se eche a la calle e improvise el festejo de la propia manera como el otro se echó a la plaza e improvisó la libertad de América...

.....

La muchedumbre creará ver, como esbozadas en lienzos inasibles, las escenas salientes del drama glorioso; y los bien amados de su corazón, los varones insignes que complementaron muy luego la obra magna, aparecerán también; y como si un telón se hubiera descorrido, asomará de pronto, allá en la altura, la mansa, la profunda, la evangélica fisonomía de Mitre; y ante la presencia solidaria de sus dos predilectos, pensarán las multitudes, en una última fórmula definitiva y concreta, que el héroe de los Andes fué el Mitre de la epopeya y Mitre el gran capitán de las instituciones... Estaremos asistiendo a una como enérgica consagración de soberanía. La imagen de los hom-

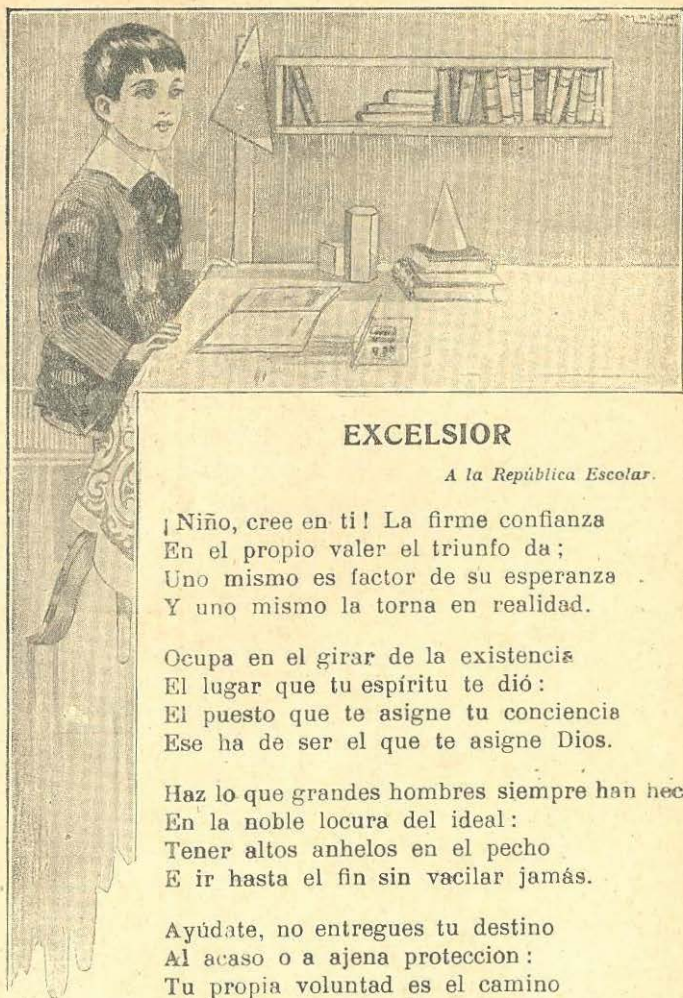
bres del Cabildo abierto, difundida por el cromo ofrendario, presidirá con severidades de estampa sagrada, la mesa larga de los hogares patriarcales; e imagino la cara vieja de nuestros padres, de los que viven aún, al levantar la copa para beber por la patria en la íntima cena de familia, teñirse de un jubiloso resplandor desconocido, como si la aurora de la república, que ellos pudieron ver de cerca en su niñez, se derramara de nuevo en aquél instante sobre el plateado bendito de sus canas... Todo parecerá grande a nuestro alrededor. Los versos del himno, que ahora no llegan hasta nuestra emoción porque tropiezan en nuestra literatura, asumirán ese día una majestad desconocida; y el pueblo repetirá augustamente, como poseído de unción sacerdotal las palabras legendarias: "Oid, mortales, el grito sagrado"... "Coronada su sien de laureles"... "Desde un polo hasta el otro resuena"... y parecerá que asume tonalidades de trompeta bíblica la voz argentina y fuerte que se levanta sobre las otras para decir:

Y los libres del mundo responden:
¡Al gran pueblo argentino, salud!

1909.

BELISARIO ROLDÁN.

MÁXIMAS Y CONSEJOS.—La libertad de un pueblo no consiste en palabras, ni debe existir en los papeles solamente



EXCELSIOR

A la República Escolar.

¡Niño, cree en ti! La firme confianza
En el propio valer el triunfo da;
Uno mismo es factor de su esperanza
Y uno mismo la torna en realidad.

Ocupa en el girar de la existencia
El lugar que tu espíritu te dió:
El puesto que te asigne tu conciencia
Ese ha de ser el que te asigne Dios.

Haz lo que grandes hombres siempre han hecho
En la noble locura del ideal:
Tener altos anhelos en el pecho
E ir hasta el fin sin vacilar jamás.

Ayúdate, no entregues tu destino
Al acaso o a ajena protección:
Tu propia voluntad es el camino
Y la fuerza tu propio corazón.

No sólo es héroe el que en febril combate
Obtiene un triunfo de sangrienta lid;
Más grande es el que lucha y no se abate.
El que mira de frente el porvenir.

Lo que eleva a la cumbre desde abajo,
La recta escala que conduce al bien,
Es la virtud, la ciencia y el trabajo
Movidos por la fuerza del deber.

Trabajar es vivir, y en lontananza
Ha de haber un objeto, un ideal;
Pues lo que alienta al hombre en la esperanza
Es la voz que le dice: ¡más allá!

El que vacila, el que en su afán no sabe
Cuál es la ruta que conduce a un fin,
Es como en negra tempestad el ave
Que arrastra el huracán hasta morir.

¿Cuál, pues, será el objeto? En lo profundo
De nuestra voluntad está el poder;
¡Y quedan tantas cosas en el mundo
Que nosotros pudiéramos hacer!

¡Sueña, ten fe y trabaja! Su desaire
La suerte no lo muestra al que soñó:
Hacer altos castillos en el aire
No es locura cuando es aspiración.

Álzate, sí; pero egoísta idea
No manche el timbre de tu esfuerzo audaz;
Piensa en ti mismo y en los otros; sea
Tu más alta pasión la humanidad.

ISAÍAS GAMBOA.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

ALGUNAS PUBLICACIONES DE LA CASA

- EL NENE**, I, por don Andrés Ferreyra.
EL NENE, II y III, por Andrés Ferreyra y J. M. Aubin.
LA PALABRA, I y II, por don Ángel Graffigna.
LA BASE, por don José A. Natale.
EL ALMA ARGENTINA, por don Rafael Fragueiro.
LA MAMÁ, por don Carlos N. Vergara.
EL ARGENTINO, por don Mariano Pelliza.
LECTOR NACIONAL DE ESTRADA, I, II, III y IV, por el Dr. Juan García Purón.
BIBLIOTECA INFANTIL, Colección de nueve tomos, por don Eduardo Colombo Leoni.
AVENTURAS DE UN NIÑO, I y II, por don Andrés Ferreyra.
ESTUDIO, por don J. J. Berrutti.
LOS CUENTOS DE LA ABUELITA, por don José M. Aubin.
SENTIMIENTO, por don José M. Aubin.
AMENO Y ÚTIL, por la señora Carolina Freyre de Jaimes.
ANECDOTARIO ARGENTINO, por don José M. Aubin.
EL BUEN LECTOR, I, II y III, por la señora Julia S. de Curto.
LA NOTA ALEGRE EN LA ESCUELA, comedias y zarzuelas, por la señora Emma C. de Bedogni.
LIBRETA MENSUAL DE CLASIFICACIÓN "Estrada".
PATRIA, HOGAR Y FRATERNIDAD, por la señorita Petronila Wagiler Sosa.
MEMORÁNDUM, por don Eduardo Colombo Leoni.

Supl.
21223
46

LL
1925
BERR